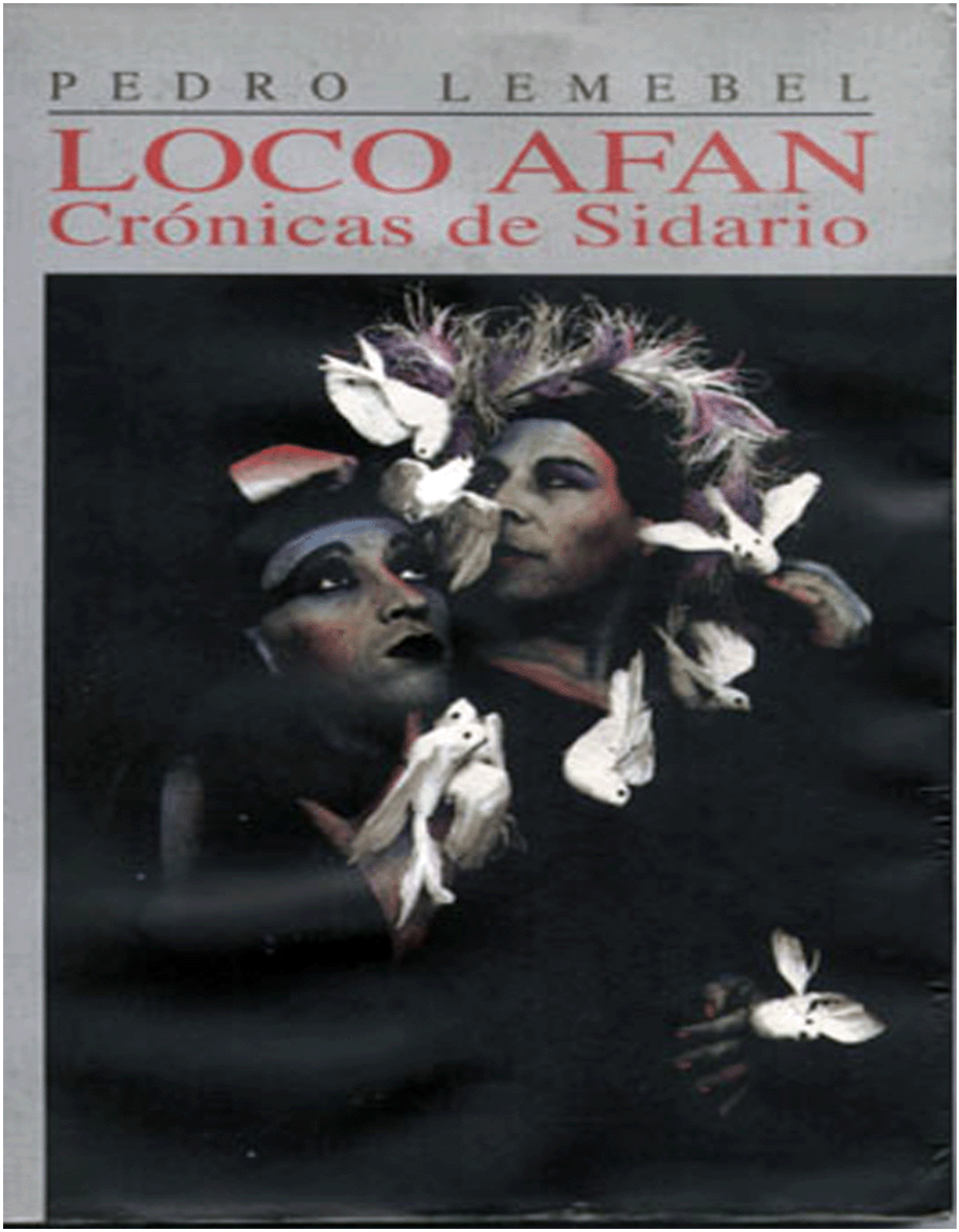
Loco afán

PEDRO LEMEBEL



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Pedro Lemebel

Loco afán

Crónicas de sidario

A Olga Lemebel, mi abuela materna, madre soltera y ternura errante.

A Violeta, la mujer que me dio la voz.

A Carmen Berenguer, por la amistad de su pluma indomable.

A Francisco Casas, por las " Yeguas del Apocalipsis» y las huellas de ese carnaval ceniciento.

A Polo Escárate, le decíamos la Pola Negri.

A Elías Jamet, vivía en la calle París.

A Néstor Perlongher, nos encontramos en Valparaíso, la última vez.

A Juan Edmundo González, lo despedí en el Paseo Ahumada, vitrineando

A Sigifredo Barra, recuerdo su sombrero con cinta de leopardo.

A la bendita suerte.

A la peligrosa pasión.

A tantos.

La plaga nos llegó como una nueva forma de colonización, por el contagio

Reemplazó nuestras plumas por jeringas, y el sol por la gota congelada de la luna en el sidario.

“Demasiado herida”

LA NOCHE DE LOS VISONES
(o la última fiesta de la Unidad Popular)

Santiago se bamboleaba con los temblores de tierra y los vaivenes políticos que fracturaban la estabilidad de la joven Unidad Popular. Por los aires un vaho negruzco traía olores de pólvora y sonajeras de ollas, «que golpeaban las señoras ricas a dúo con sus pulseras y alhajas». Esas damas rubias que, pedían a gritos un golpe de Estado, un cambio militar que detuviera el escándalo bolchevique. Los obreros las miraban y se agarraban el bulto ofreciéndoles sexo, riéndose a carcajadas, a toda hilera de dientes frescos, a todo viento libre que respiraban felices cuando hacían cola frente a la UNCTAD para almorzar. Algunas locas se paseaban entre ellos, simulando perder el vale de canje, buscándolo en sus bolsos artesanales, sacando pañuelitos y cosméticos hasta encontrarlo con grititos de triunfo, con miradas lascivas y toqueteos apresurados que deslizaban por los cuerpos sudorosos. Esos músculos proletarios en fila, esperando la bandeja del comedor popular ese lejano diciembre de 1972. Todas eran felices hablando de Música Libre, el lolo Mauricio y su boca aceituna, de su corte de pelo a lo Romeo. De sus jeans pata de elefante tan apretados, tan ceñidos a las caderas, tan apegados a su ramillete de ilusiones. Todas lo amaban y todas eran sus amantes secretas. "Yo lo vi. A mí me dijo. El otro día me lo encuentro". Se apresuraban a inventar historias con el príncipe mancebo de la televisión, asegurando que era de los nuestros, que también se le quemaba el arroz, y una prometió llevarlo a la fiesta de Año Nuevo. A esa gran comilona que había prometido la Palma, esa loca rota que tiene puesto de pollos en la Vega, que quiere pasar por regia e invitó a, todo Santiago a su fiesta de fin de año. Y dijo que iba a matar veinte pavos para que las locas se hartaran y no salieran pelando. Porque ella estaba contenta con Allende y la Unidad Popular, decía que hasta los pobres iban a comer pavo ese Año Nuevo. Y por eso corrió la bola que su fiesta sería inolvidable.

Todo el mundo estaba invitado, las locas pobres, las de Recoleta, las de medio pelo, las del Blue Ballet, las de la Carlina, las callejeras que patinaban la noche en la calle Huérfanos, la Chumilou y su pandilla travesti, las regias del Coppelia y la Pilola Alessandri. Todas se juntaban en los patios de la UNCTAD para imaginar los modelitos que iban a lucir esa noche. Que la camisa de vuelos, que el cinturón Saint-Tropez, que los pantalones rayados, no, mejor los anchos y plisados como maxifalda, con zuecos y encima tapados de visón, suspiró la Chumilou. “De conejo querrás decir linda, porque no creo que tengas un visón." “Y tú regia. ¿De qué color es el tuyo?” "Yo no tengo", dijo la Pilola Alessandri, “pero mi mamá tiene dos.” "Tendría que verlos.” "Cuál quieres. ¿El blanco o el negro?” “Los dos”, dijo desafiante la Chumilou. “El blanco para despedir el 72, que ha sido una fiesta para nosotros los maricones pobres. Y el negro para recibir el 73, que con tanto güeveo de cacerolas se me ocurre que viene pesado.” Y la Pilola Alessandri, que había ofrecido los abrigos, no pudo echarse para atrás, y esa noche de fin de año llegó en taxi a la UNCTAD, y después de los abrazos, sacó las pieles sustraídas a la mamá, diciendo que eran auténticas, que el papá los había comprado en la Casa Dior de París, y que si algo les pasaba la mataban. Pero las locas no la escucharon, envolviéndose en los pelos posando y modelando mientras caminaban a tomar la micro para Recoleta, comentando que ninguna había probado bocado, menos la Pilola que en el apuro por sacar los abrigos se había perdido la cena familiar con langosta y caviar, por eso estaba muerta de hambre, con el estómago hecho un nudo, desesperada por llegar donde la Palma a probar los pavos de la rota.

Al cruzar el grupo frente a una comisaría, las regias se adelantaron para no tener problemas, pero igual los pacos algo gritaron. Entonces la Chumilou se detuvo, y haciendo resbalar el visón por su hombro, sacó un abanico y les dijo que estaba preparada para la noche. Después en la micro no dejó de arrastrar el tapado por el pasillo haciéndose la azafata. Cantando un cuplé, transformando el viaje en un show de risas y tallas que respondían las otras acaloradas por el verano nocturno. Cuando llegaron, no quedaban rastros de pavo; una ponchera de vino con frutas y trozos mordidos de canapés regaban la mesa. La Palma pidiendo disculpas, corriendo de un lado a otro porque habían llegado las regias, las famosas, las pitucas culturales, las chupas de muelas bajando del avión. Esas rucias estiradas que en la calle Huérfanos le hacían desprecios, las mismas locas jai que odiaban a Allende y su porotada popular. Ellas, que derramaban chorros de perlas, lagrimeras porque a la mamá los rotos le habían expropiado el fundo. La Astaburuaga, la Zañartu y la Pilola Alessandri, tan peladoras, tan conchudas, tan elegantes con sus abrigos de visón Porque llegaron hasta Recoleta con abrigos de visón como la Taylor, como la Dietrich, en micro. No te digo. El barrio se despobló para verlas, a ellas, tan sofisticadas como estrellas de cine, como modelos de la revista *Paula*. Y las viejas pobladoras no lo podían creer, se quedaron sin habla cuando las vieron entrar a la casa de la Palma. A esa fiesta coliza que ella había preparado por meses. Y al verlas llegar, **t**odas empieladas con ese calor, mirando con asco la casa, diciendo de reojo: Reg**i**o tu plaqué niña por los candelabros de yeso que decoraban la mesa, la pobre mesa con mantel plástico donde nadaban algunos huesos de pollo y restos de comida, la Palma no hallaba dónde meterse, dando explicaciones, reiterando que había **t**anta comida; veinte pavos, champaña por cajas, ensaladas y helados de todos los sabores. Pero estas locas rotas son tan hambrientas, no dejaron nada, se lo comieron t**o**do. Como si viniera una guerra

Toda la noche salpicaron las cumbias maricuecas ese primer amanecer del año 73. Al **c**orrer la farra con nuevas botellas de pisco y de vino que mandaron a comprar las reglas, los matices sociales se conf**u**ndieron en brindis, abrazos y cal**e**nturas desplegadas por el patio engalanado con globos y se**r**pentinas. Alianzas de gueto, seducciones comunes, agarrones de **n**algas y apretones de los vecinos obreros que Regaban a saludar a las regias P**o**mpadour, amigas de la **d**ueña de casa. Conchazos y más ironías que estallaban en risas e indirectas por la aus**e**nte comilona. En medio de la música, la Pilola gritaba: «Se te volaron los pavos **n**iña» y otra vez la Palma volvía a las explicaciones, juntaba los andam**i**os descarnados y las plumas, mostrando un cementerio de hu**e**sos que fue arrumbando en el centro de la mesa. Al comienzo fue el **b**ochorno sonrojado de la dueña de casa disculpándose, cuando paraban **l**a cumbia y las regias gritaban: «Ataja ese pavo niña», pero después el alcohol y l**a** borrachera transformó la vergüenza en un juego. Por todos lados, las locas juntaban huesos y los iban arreglando en la mesa como una gran pirámide, como una fosa común que iluminaron con velas. Nadie supo de dónde una diabla sacó una banderita chilena que puso en el vértice de la siniestra escultura. Entonces la Pilola Alessandri se molestó, e indignada dijo que era una falta de respeto que ofendía a los militares que tanto habían hecho por la patria. Que este país era un asco populachero con esa Unidad Popular que tenía a todos muertos de hambre. Que las locas rascas no sabían de política y no tenían respeto ni siquiera por la bandera. Y que ella no podía estar ni un minuto más allí, así que le pasaran los visones porque se retiraba. ¿Qué visones niña?, le contestó la Chumilou echándose aire con su abanico.

Aquí las locas rascas no conocemos esas cosas. Además, con este calor. ¿En pleno verano? Hay que ser muy tonta para usar pieles linda. Entonces el grupo de pitucas cayó en cuenta que hacía mucho rato no veían las finas pieles. Llamaron a la dueña de casa, que borracha, aún seguía coleccionando huesos para elevar su monumento al hambre. Buscaron por todos los rincones, deshicieron las camas, preguntaron en el vecindario, pero nadie recordaba haber visto visones blancos volando en las fonolas de Recoleta. La Pilola no aguantó más y amenazó con llamar a su tío comandante si no aparecían los abrigos de la mamá.

Pero todas las locas la miraron incrédulas, sabiendo que nunca lo haría por temor a que su honorable familia se enterara de su resfrío. La Astaburuaga, la Zañartu y unas cuantas arribistas solidarias con la pérdida se retiraron indignadas jurando no pisar jamás ese roterío. Y mientras esperaban en la calle algún taxi que las sacara de esos tierrales, la música volvió a retumbar en la casucha de la Palma, volvieron los tiritones de pelvis y el mambo número ocho dio inicio al show travesti. De pronto alguien cortó la música y todas gritaron a coro: «Se te voló el visón niña. Ataja ese visón. »

El primer amanecer del 73 fue una gasa descolorida sobre las bocas abiertas de los colizas durmiendo desmadejados en la casa de la Palma. Por todos lados las cenizas de los cigarros bajo el parrón las guirnaldas pisoteadas. Leves quejidos de ensarte se oían en las revueltas camas. Vasos a medio tomar, mecidos por el vaivén de una cacha en reposo, risitas calladas recordando el vuelo del visón. Y esa luz hueca entrando por las ventanas, esa luz de humo flotando a través de la puerta abierta de par en par. Como si la casa hubiera sido una calavera iluminada desde el exterior. Como si las locas durmieran a raja suelta en ese hotel cinco calaveras. Como si el huesario velado, erigido aún en medió de la mesa, fuera el altar de un devenir futuro, un pronóstico un horóscopo anual que pestañeaba lágrimas la cera de las velas, a punto de apagarse, a punto de la última chispa social en la banderita de papel que coronaba la escena.

Desde ahí, los años se despeñaron como derrumbe de troncos que sepultaron la fiesta nacional. Vino el golpe y la nevazón de balas provocó la estampida de las locas, que nunca más volvieron a danzar por los patios floridos de la UNCTAD. Buscaron otros lugares, se reunieron en los paseos recién inaugurados de la dictadura. Siguieron las fiestas más privadas, más silenciosas, con menos gente educada por la cripta, del toque de queda. Algunas discotecas siguieron funcionando porque el régimen militar nunca reprimió tanto al coliseo corno en Argentina o Brasil. Quizás, la homosexualidad acomodada nunca fue un problema subversivo que alterara su pulcra moral. Quizás, había demasiadas locas de derecha que apoyaban el régimen. Tal vez su hedor a cadáver era amortiguado por el perfume francés de los maricas del barrio alto. Pero aun así, el tufo mortuorio de la dictadura fue un adelanto del sida, que hizo su estreno a comienzos de los ochenta.

De aquella sinopsis emancipada sólo quedó la UNCTAD, el gran elefante de cemento que por muchos albergó a los militares. Luego la democracia fue recuperando las terrazas y patios, donde ya no quedan las esculturas que donaron los artistas de la Unidad Popular. También los enormes auditóriums y salas de conferencias, donde hoy se realizan foros y seminarios sobre homosexualidad, sida, utopías y tolerancias.

De esa fiesta sólo existe una foto, un cartón deslavado donde reaparecen los rostros colizas lejanamente expuestos a la mirada presente. La foto no es buena, pero salta a la vista la militancia sexual del grupo que la compone. Enmarcados en la distancia, sus bocas son risas extinguidas, ecos de gestos congelados por el flash del último brindis. Frases, dichos, muecas y conchazos cuelgan del labio a punto de caer, a punto de soltar la ironía en el veneno de sus besos. La foto no es buena, está movida, pero la bruma del desenfoque aleja para siempre la estabilidad del recuerdo. La foto es borrosa, quizás porque el tul estropeado del sida entela la doble desaparición de casi todas las locas. Esa sombra es una delicada venda de celofán que enlaza la cintura de la Pilola Alessandri, apoyando su cadera marícola en el costado derecho de la mesa. Ella se compró la epidemia en Nueva York, fue la primera que la trajo en exclusiva, la más auténtica, la recién estrenada moda gay para morir. La última moda fúnebre que la adelgazó como ninguna dieta lo había conseguido. La dejó tan flaca y pálida como una modelo del Vogue, tan estirada y chic como un suspiro de orquídea. El sida le estrujó el cuerpo y murió tan apretada, tan fruncida, tan estilizada y bella en la economía aristócrata de su mezquina muerte.

La foto no es buena, no se sabe si es blanco y negro o si el color se fugó a paraísos tropicales. No se sabe si el rubor de las locas o las mustias rosas del mantel plástico, las fue lavando la lluvia y las inundaciones, mientras la foto estuvo colgada de un clavo en la casucha de la Palma. Difícil descifrar su cromatismo, imaginar colores en las camisas goteadas por la escarcha del invierno pobre. Solamente un aura de humedad amarilla el único color que aviva la foto. Solamente esa huella mohosa enciende el papel, lo diluvia en la mancha sepia que le cruza el pecho a la Palma. La atraviesa, clavándola como a un insecto en el mariposario del sida popular. Ella se lo pegó en Brasil, cuando vendió el puesto de pollos que tenía en la Vega, cuando no aguantó más a los milicos y dijo que se iba a maraquear a las arenas de Ipanema. Para eso una es loca y tiene que vivir en carnaval y zambearse la vida. Además con el dólar a 39 pesos, la piñata carioca estaba al alcance de la mano. La oportunidad de ser reina por una noche al costo de una vida. Y que fue, dijo en el aeropuerto imitando a las cuicas «Una se gasta lo que tiene nomás.»

Y fue generoso el sida que le tocó a la Palma, callejeado, revolcado con cuanto perdido hambriento le pedía sexo. Casi podría decirse que lo obtuvo en bandeja, compartido y repartido hasta la saciedad por los viaductos ardientes de Copacabana. La Palma sorbió el suero de Kapossi hasta la última gota, como quien se harta de su propio fin sin miramientos. Ardiendo en fiebre, volvía a la arena, repartiendo la serpentina contagiosa a los vagos, mendigos y leprosos que encontraba a la sombra de su Orfeo Negro. Un sida ebrio de samba y partusa la fue hinchando como un globo descolorido, como un condón inflado por los resoplidos de su ano piadoso. Su ano filántropo, retumbando panderetas y timbales en el ardor de la colitis sidosa. Así fuera una fiesta, una escola de samba para morir lentejuelada y dispersa en el tumbar de las favelas, en el perfume africano suelto, mojando che la rúa, la avenida Atlántida, la calle de Río siempre dispuesta a pecar y a cancelar en carne los placeres de su delirio.

La Palma regresó y murió feliz en su desrajada agonía. Se despidió escuchando la música de Ney Matogrosso, susurrando la saudade de la partida. En otra fiesta nos vemos, dijo triste mirando la foto clavada en las tablas de su miseria. Y antes de cerrar los ojos, pudo verse tan joven, casi una doncella sonrojada empinando la copa y un puñado de huesos en aquel verano del 73. Se vio tan bella en el espejo de la foto, arrebozada por el visón blanco de la Pilola, se vio tan regia en la albina aureola de los pelos, que detuvo la mano huesuda de la Muerte para contemplarse. Le dijo a la Pálida espérate un poco, y se agarró un momento más de la vida para saciar su narciso empielado. Luego relajó los párpados y se dejó ir, flotando en la seda de ese recuerdo.

La foto no es buena, la toma es apresurada por el revoltijo de locas que rodean la mesa, casi todas nubladas por la pose rápida y el «loco afán» por saltar al futuro. Pareciera una última cena de apóstoles colizas, donde lo único nítido es la pirámide de huesos en el centro de la mesa. Pareciera un friso bíblico, una acuarela del Jueves Santo atrapada en los vapores de la garrafa de vino que sujeta la Chumilou, como cáliz chileno. Ella se puso al centro, ocupó el lugar de Cristo a falta de luminarias. Empinada en los veinte centímetros de sus zuecos, la Chumilou destaca su glamour travesti. El visón negro de la Pilola, apenas resbalado por la blancura de los hombros, en un abrazo animal que entibia su frágil corazón, su delicado suspiro de virgen nativa. Toda capullo, toda botón de rosa enguantada en el ramaje del visón. Alguna foto del cine la recuerda altiva en la mejilla que ofrece un beso. Sólo un beso, parece decir la Chumilou al lente de la cámara que arrebata gesto. Un solo beso del flash para granizarla de brillos para dejarla encandilada por el relámpago de su propio espejo. Su mentiroso espejo, su falsa imagen de diva proletaria apechugando con el kilo de pan y los tomates para el desayuno de su familia. Jugándoselas todas en la esquina del maraqueo sodomita, peleando a navajazos su territorio prostibular. La Chumilou era brava, decían las otras travestis. La Chumilou era de armas tomar cuando alguna aparecida le quitaba un cliente. Ella era la preferida, la más buscada, el único consuelo de los maridos aburridos

que se empotaban con su olor de maricón ardiente. Por eso, el aguijón sidoso la eligió como carnada de su pesca milagrosa. Por trágatelas todas, por comenunca, por incansable cachera de la luna monetaria. Por golosa, no se fijo' que en la cartera ya no le quedaban condones. Y eran tantos billetes, tanta plata, tantos dólares que pagaba ese gringo. Tanto maquillaje, máquinas de afeitar y cera depilatoria. Tantos vestidos y zapatos nuevos para botar los zuecos pasados de moda. Tanto pan, tantos huevos y tallarines que podía llevar a su casa. Eran tantos sueños apretados en el manojo de dólares. Tantas bocas abiertas de los hermanos chicos que la perseguían noche a noche. Tantas muelas cariadas de la madre que no tenla plata para el dentista, Y la esperaba en su insomne madrugada con ese clavo ardiendo. Eran tantas deudas, tantas matrículas de colegio, tanto por pagar, porque ella no era ambiciosa como decían los otros colas. La Chumilou se conformaba con poco, apenas una pilcha de la ropa americana, una blusita, una falda, un trapo ajado que la madre cosía por aquí, entraba por acá, pegándole encajes y brillos, acicalando el uniforme laboral de la Chumi. Diciéndole que tuviera cuidado, que no se metiera con cualquiera, que no olvidara el condón, que ella misma se los compraba en la farmacia de la esquina, y tenía que pasar la vergüenza de pedirlos. Pero esa noche no le quedaba ninguno, y el gringo impaciente, urgido por montarla, ofreciendo el abanico verde de sus dólares. Entonces la Chumi cerró los ojos y estirando la mano agarró el fajo de billetes. No podía ser tanta su mala suerte que por una vez, una sola vez en muchos años que lo hacía en carne viva, se iba a pegar la sombra. Y así la Chumi, sin quererlo, cruzó el pórtico entelado de la plaga, se sumergió lentamente en las viscosas aguas y sacó pasaje dé ida en la siniestra barca. Fue un secuestro inevitable, decía. Además, ya he vivido tanto, han sido tan largos mis veinticinco años, que la muerte me cae y la recibo como vacaciones. Solamente quiero que me entierren vestida de mujer; con mi uniforme de trabajo, con los zuecos plateados y la peluca negra. Con el vestido de raso rojo que me trajo tan buena suerte. Nada de joyas, los diamantes y esmeraldas se los dejo a mi mamá para que se arregle los dientes. El fundo y las casas de la costa para mis hermanos chicos, que merecen un buen futuro. Y para las colas travestis, les dejo la mansión de cincuenta habitaciones que me regaló el Sheik. Para que hagan una casa de reposo para las más viejas. No quiero luto, nada de llantos, ni esas coronas de flores rascas compradas a la rápida en la pérgola. Menos, esas siemprevivas tiesas que nunca se secan, como si uno no terminara nunca de morirse. A lo más una orquídea mustia sobre el pecho, salpicada con gotas de lluvia Y los cirios eléctricos, que sean velas. Muchas velas. Cientos de velas por el piso, por todos lados, bajando la escalera, chispeando en la calle San Camilo, Maipú, Vivaceta y La Sota de Talca. Tantas velas como en el apagón, tantas como los desaparecidos. Muchas llamitas salpicando la basta mojada de la ciudad. Como lentejuelas de fuego para nuestras lluviosas calles. Tantas como perlas de un deshilvanado collar, miles de vela como monedas de una alcancía rota. Tantas velas como estrellas arrancadas del escote. Tantas, como chispas de una corona para iluminar la derrota... Necesito ese cálido resplandor para verme como recién dormida. Apenas rosada por el beso murciélago de la muerte. Casi irreal, en la aureola temblorosa de las velas, casi sublime sumergida bajo el cristal. Que todos digan: Si parece que la Chumi está durmiendo, como la bella durmiente, como una virgen serena e intacta que el milagro de la muerte le borró las cicatrices. Ni rastros de la enfermedad; ni hematomas, ni pústulas, ni ojeras. Quiero un maquillaje niveo, aunque tengan que rehacerme la cara. Como la Ingrid Bergman en Anastasia, como la Betty Davis en Jezabel, casi una chiquilla que se durmió esperando. Y ojalá sea de madrugada, como al regresar a casa de palacio, después de bailar toda la noche. Nada de misas, ni curas, ni prédicas latosas. Ni pobrecito el cola, perdónelo señor para entrar en el santo reino. Nada de llantos, ni desmayos, ni despedidas trágicas. Que me voy bien pagá, bien cumplida como toda cupletera. Que ni falta me hacen los responsos ni los besos que me negó el amor... Ni el amor. Mírenme que ahí voy cruzando la espuma. Mírenme por última vez, envidiosas, que ya no vuelvo. Por suerte no regreso. Siento la seda empapada de la muerte amordazando mis ojos, y di o que fui feliz este último minuto. De aquí no me llevo nada, porque nunca tuve nada. Y hasta eso lo perdí.

La Chumilou murió el mismo día que llegó la democracia, el pobre cortejo se cruzó con las marchas que festejaban el triunfo del NO en la Alameda. Fue difícil atravesar esa multitud de jóvenes pintados, flameando las banderas del arco iris, gritando, cantando eufóricos, abrazando a las locas que acompañaban el funeral de la Chumí. Y por un momento se confundió duelo con alegría, tristeza y carnaval. Como si la muerte hiciera su camino y se bajara de la carroza a bailar un último de cueca. Como si aún se escuchara la voz moribunda en la Chumi, cuando supo el triunfo de la elección. Denle mis saludos a la democracia, dijo. Y parecía que la democracia en persona le devolvía el saludo, en los cientos de jóvenes descamisados que se encaramaron a la carroza, brincando sobre el techo, colgándose de las ventanas, sacando pintura spray y rayando todo el vehículo con grafitis que decían: Adiós Tirano. Hasta nunca Pinocho. Muerte al Chacal. Así, ante los horrorizados ojos de la mamá de la Chumí, la carroza quedó convertida en un carro alegórico, en una murga revoltosa que acompañó el sepelio por varias cuadras. Después retomó su marcha enlutada, su trote paquidermo por las desiertas calles hacia el cementerio. Entre las coronas de flores, alguien ensartó una bandera con el arco iris vencedor. Una bandera blanca cruzada de colores que acompañó a la Chumi hasta su jardín de invierno.

Tal vez, la foto de la fiesta donde la Palma es quizás el único vestigio de aquella época de utopías sociales, donde las locas entrevieron aleteos de su futura emancipación. Entretejidas en las muchedumbres, participaron de aquella euforia. Tanto a la derecha como a la izquierda de Allende, tocaron cacerolas y protagonizaron, desde su anonimato público, tímidos destellos, balbuceantes discursos que irían conformando su historia minoritaria en pos de la legalización.

Del grupo que aparece en la foto, casi no quedan sobrevivientes. El amarillo pálido del papel es un sol desteñido como desahucio de las pieles que enfiestan el daguerrotipo. La suciedad de las moscas fue punteando de lunares las mejillas, como adelanto maquillado del sarcoma. Todas las caras aparecen moteadas de esa llovizna purulenta. Todas las risas que pajarean en el balcón de la foto son pañuelos que se despiden en una proa invisible. Antes que el barco del milenio atraque en el dos mil, antes, incluso, de la legalidad del homosexualismo chileno, antes de la militancia gay que en los noventa reunió a los homosexuales, antes que esa moda masculina se impusiera como uniforme del ejército de salvación, antes que el neoliberalismo en democracia diera permiso para aparearse. Mucho antes de estas regalías, la foto de las locas en ese Año Nuevo se registra como algo que brilla en un mundo sumergido. Todavía es subversivo el cristal obsceno de sus carcajadas, desordenando el supuesto de los géneros. Aún, en la imagen ajada, se puede medir la gran distancia, los años de la dictadura que educaron virilmente los gestos. Se puede constatar la metamorfosis de las homosexualidades en el fin de siglo; la desfunción de la loca sarcomida por el sida, pero principalmente diezmada por el modelo importado del estatus gay, tan de moda, tan penetrativo en su tranza con el poder de la nova masculinidad homosexual. La foto despide el siglo con el plumaje raído de las locas aún torcidas, aún folclóricas en sus ademanes ilegales. Pareciera un friso arcaico donde la intromisión del patrón gay todavía no había puesto su marca. Donde el territorio nativo aún no recibía el contagio de la plaga, como recolonización a través de los fluidos corporales. La foto de aquel entonces muestra un carrusel risueño, una danza de risas gorrionas tan jóvenes, tan púberes en su dislocada forma de rearmar el mundo. Por cierto, otro corpus tribal diferenciaba sus ritos. Otros delirios enriquecían barrocamente el discurso de las homosexualidades latinoamericanas. Todavía la maricada chilena tejía futuro, soñaba despierta con su emancipación junto a otras causas sociales. El «hombre homosexual» o «mister gay», era una construcción de potencia narcisa que no cabía en el espejo desnutrido de locas. Esos cuerpos, esos músculos, esos bíceps que llegaban a veces por revistas extranjeras, eran un Olimpo del Primer Mundo, una clase educativa de gimnasia, un fisicoculturismo extasiado por su propio reflejo. Una nueva conquista de la imagen rubia que fue prendiendo en el arribismo malinche de las locas más viajadas, las regias que copiaron el modelito en New York y lo transportaron a este fin de mundo. Y junto al molde de Superman,

precisamente en la aséptica envoltura de esa piel blanca, tan higiénica, tan perfumada por el embrujo capitalista. Tan diferente al cuero opaco de la geografía local. En ese Apolo, en su imberbe mármol, venía cobijado el síndrome de inmunodeficiencia, como si fuera un viajante, un turista que llegó a Chile de paso, y el vino dulce de nuestra sangre lo hizo quedarse.

Seguramente, el final común que compartieron la Palma, la Pilola Alessandri y la Chumilou habla del sida como de un repartidor público ausente de prejuicios sociales. Una fatídica generosidad ostenta la mano sidada en su clandestina repartija. Parece, decir: Hay para todos, no se agolpen. Que no se va a agotar, no se preocupen. Hay pasión y calvario para rato, hasta que encuentren el antídoto.

Quizás, las pequeñas historias y las grandes epopeyas nunca son paralelas, los destinos minoritarios siguen escaldados por las políticas de un mercado siempre al acecho de cualquier escape. Y en este mapa ultracontrolado del modernismo las fisuras se detectan y se parchan con el mismo cemento, con la misma mezcla de cadáveres y sueños que yacen bajo los andamios de la pirámide neoliberal. Quizás la última chispa en los ojos de la Palma, la Pilola Alessandri y la Chumilou fue un deseo. Más bien tres deseos que se quedaron esperando el visón perdido en esa fiesta.
Porque nunca se supo dónde fueron a parar las regias pieles de la Pilola. Se esfumaron en el aire de aquella noche de verano, como un sueno robado que siguió construyendo la anécdota más allá de la nostalgia. Especialmente en el invierno cero positivo de las locas, cuando el algodón nevado de la epidemia escarchó sus pies.

LA REGINE DE ALUMINIOS EL MONO

A sabiendas que la plaga es una luciérnaga errante por los arrabales de Santiago, una luminaria peligrosa que reemplaza el entumido alumbrado de sus callejones. La mortecina penumbra que apenas deja ver la miseria de trapos, cartones y rastrojos de fruta donde patina, el taco aguja de la Regine. La loca da un tropezón medio borracha, medio mareada por el AZT que tanto cuesta conseguir. Y sin embargo llega de contrabando, o se consigue a mitad de precio con movidas brujas. El sagrado AZT, la bencina para prolongar un poco más la farra en vida del cuarto piso. El palacio de la Regine que siempre está en plena función, iluminado al rojo vivo por el neón de Aluminios El Mono. Así fuera una película del cincuenta, donde siempre hay una ventana y un luminoso que relampaguea entrecortando los besos, pintando las caricias con su fluorescente. Más bien, poniéndole precio a cada toqueteo con su propaganda mercantil. Y aunque el conventillo tambalea con los temblores, y las murallas rociadas de meado apechugan con el deterioro, la Regine se vive la resta de su estigma «Como si fuera esta noche la última vez». Como si en cualquier momento la película del cincuenta fuera a terminar con un adiós de la niña en la ventana. Y sólo quedara el neón de
Aluminios El Mono tiritando en la pantalla para contar su historia.

Todo el barrio Mapocho conoce y ama la caminada de la Regine, cuando bolsa en mano culebrea entre los puestos de la Vega Central, justo al frente. Apenas cruzando la calle transpirada, igual que el pecho de los cargadores gritándole: Regine, estoy verde. Regine, esta noche. Regine, no te mueras nunca, tocando la fruta con su mano de caracol, riendo y chachareando con las mujeres de tetas infladas como melones. Diciéndole: Tan flaca que está

usted, Regine. ¿Qué régimen está siguiendo? Mire, si ya no tiene ni poto. Llévese estas naranjas para que tome jugo y descansé. No le dé tan duro que los hombres no se van a acabar. Pero la Regine sabe que no es una adicta, ni son los hombres; es ella la que se acaba en cada risa, en cada talla que contesta aceitunada y coqueta mordiendo un damasco. Es ella la que se evapora, como el color de las guindas que cuelga de sus orejas. Es ella la que se aleja, confundida con los olores de canela dulce y orégano para la pizza que le gusta a su hombre.

Así, la Regine es reina de su contorno de marisquerías y pescados que tornasola con su encanto de sirena travesti. ¿Qué va a llevar princesa?, le dicen los hombres con las manos llenas de escamas. ¿No le gusta este congrio colorado? Mire está jugoso. ¿No quiere unos mariscos para la caña? ¿O unos picorocos rosados para la mona de Aluminios El Mono que anoche le dieron frisca? Hasta la madrugada se escuchó la música en el cuarto piso. Era la Palmenia Pizarro con su valsecito cruel, ese famoso «En vano quieres matar mi orgullo. No has visto ni verás llanto en mis ojos», murmuraba la Regine colgada de su milico cantándole despacito, soplándole la canción en las orejas morochas al pelao que dicen que tiene media bayoneta. «Y dicen que le hace pero no le hace, tan chiquitito y quiere casarse», con la loca porque lo tiene como un chiche. Su mamá le dejaba los calzoncillos tan blancos. A puro cloro, a puro resfregado le quitó el olor a pata al cabro que ahora, se ve bonito y oloroso cuando le dan permiso en el regimiento. Cuando sale con la Regine a tomarse un helado en las tardes sofocantes de La Vega.

Fue el único que se quedó con ella después que se acabó la dictadura. El único pelao flaco que la Regine apadrinó como su amante oficial, después de pasarle lista a la tropa completa. A las hileras de conscriptos que entraban en su ano marchando vivos. Y salían tocados levemente por el pabellón enlutado del sida.

Eran camionadas de hombres que descargaban su pólvora hirviendo en el palacio de Aluminios El Mono. Noche a noche, había derrame para todos; cazuela de potos en la madrugada para la tropa ardiente. A toda hora, a media noche, al alba, cuando el toque de queda era una campana de vidrio sobre la ciudad, cuando algún grito trizaba esa campana y llovían balas sobre los habitantes. Cuando ese mismo grito empañaba el cristal en una gota de sangre. Solamente la luz del cuarto piso era un faro para las patrullas cansadas de apalear gente en el tamboreo de la represión. Entonces el **t**eniente a cargo de la patrulla mandaba a un pelao, donde la Reg**i**ne a preguntarle si los podía recibir, si podían pasar un rato a descansar los chiquillos, que **t**raían una botella de pisco y que ella no se preocupara. Per**o** la Regine igual se preocupaba. Y de la nada inventaba una sopa, un levantamuertos, como les decía a los caldos calientes que les preparaba a los milicos. Con harta cebolla y ajo, para que se les pare el carajo. Después, todos desfilaban por las piezas de las locas. Todos menos el Sergio; ese pelao sureño, negro como cochayuyo. Ese milico que se hacia el difícil diciendo que estaba cansado, que quería dormir, que prefería quedarse sentado en la escala, cagado de frío, tiritando diente con diente, antes que encularse a un maricón.

Era el úni**c**o que no tomaba pisco y fumaba y fumaba con rabia, mascando el h**u**mo, llenando todo de humo para nublar los cuadros eróticos que d**e**sfilaban en los sillones de la Regine. Como si no quisiera ve**r,** como si quisiera tapar con humo la capilla sixti**n**a de la sodomía. Como si quisiera evitar la tentación de los cul**o**s rosados tragándose las bayonetas. Porque el Sergio nunca quiso hacer el servicio militar, o**d**iaba a los milicos y estaba en ésa sólo por obligación. Quizás por **e**so, repetía y repetía que estaba cansado, que por favor lo dejaran tranquilo las locas corriéndole ma**n**o, diciéndole ¿Por qué estas triste? ¿Qué te pasa? ¿Quer**í**s una chupa? No lo dejaban en paz meneándole la cola, siguiéndolo a todas part**e**s, hasta que la Regine gritó que lo dejaran de güeviar. Si no quiere, no quiere, no se dan cuenta. Hay un montón de pelaos pa' regodiarse y ustedes molestando a este po**b**re cabro. Ni tan pobre, le contestó el Sergio mirándo**l**a de frente. Yo tengo conciencia. ¿Y qué es eso lindo? La

Regine, manos en caderas, con la bata china abierta mostraba un pezón plano. Tengo sentimientos. Pero ésta es la casa del sentimiento corazón. Usted no entiende. ¿Y qué tendría que entender, ah? Las cosas que están pasando. ¿Qué cosas? Yo veo que todo está bien. Yo estoy súper bien. ¿No me encontrai regia? La Regine amasaba su pezón afeitado. Le estoy hablando de otras cosas. Que cosas poh, a ver dime. Al Sergio se le atragantó la voz, y no pudo contestar esquivando la punzante mirada de la Regine. Dime poh, a qué le tenís miedo. Qué te pasa. Cuéntame, yo soy tumba. Venga, le dijo el Sergio arrastrándola hasta la ventana, hasta el alféizar enrojecido por el neón de Aluminios El Mono. Santiago había desaparecido en un mar de alquitrán. A la distancia, resplandores de fogatas desahuciaban la noche protesta. Detonaciones, disparos y ladridos rompían el peso plomo del aire. ¿No se da cuenta?. preguntó el Sergio apuntando con los ojos el horizonte insomne por el tamboreo de la balacera. Suena bonito, dijo la Regine con tristeza, podríamos bailarlo. Pero no ando con tacos, y yo bailo sólo con tacos. Espérate un poco, voy y vuelvo. Y desapareció al tiempo que un bombazo cortó la electricidad dejando todo oscuro. En la casa las locas gritaron Viva Chile, anudándose calientes a los hombres protectores de la patria. No pasa nada, no pasa nada, gritaba el teniente, sobándole el lomo terso a una loca jovencita. Los terroristas, mi teniente, que no dejan cu..., perdón, vivir en paz.

Pasadas las risas, el Sergio volvió a mirar la ciudad, esta vez más impenetrable en la ciénaga del apagón. La ventana había perdido su marco luminoso, y el neón apagado recortaba el esqueleto del mono sobre un cielo de tragedia. El ulular de una ambulancia lo sobresaltó en el momento que vio venir por el pasillo una claridad amarillosa. Una vela como aureola para la cara de la Regine, maquillada, con encajes negros y tacoaltos. Ahora sí bailarnos, le susurró queda en la oreja, batiéndole la punta de la lengua en los pliegues cerosos. El Sergio se dejó lamer el oído para no escuchar los timbales de la pólvora. Dejó que esa succión apagara los gritos de mujeres agarradas a los hombres que él arrastraba a culatazos hasta los camiones. Y él también se dejó arrastrar en la ebullición babosa de la Regine, para no escuchar el gemido del nylón al rasgarse las camisas de dormir de esas mujeres, que él separaba de sus familiares. Ahora, la punta de la lengua recorría su patilla y una mano empollaba sus colgajos viriles. La retiró brusco, pero dejó que la lengua de la Regine cosquilleara su mejilla. Porque era como la lengua de una perra que limpia las heridas de la noche, su gran abismo de cadáveres, aún vivos, lamiéndole las manos agarrotadas por el arma. Esa lengua tibia era un trapo mojado acunando el músculo tenso de la barbilla. Era un animal doméstico relajando el hueso mármol del pómulo, donde culebrea una lágrima. Una sola gota que se suelta de su apretado corazón. Una redoma que lo nubla y rueda lenta por su cara al encuentro de esa lengua que la sorbe. Como si la Regine se bebiera un sorbo de su pena, sin hablar, sin decir nada, sin siquiera emitir un sonido, la lengua parlanchina siguió dibujando la cara triste del Sergio. Como un pincel le dibujó la boca tajeada por la amargura. Su boca apretada que se dejó pintar por ese pájaro de saliva. Ese pincel salado que besó sus ojos y su frente. Y cuando estuvo más tranquilo, la Regine se despegó del cuerpo del Sergio con la mirada húmeda, esquivando las pupilas de ese hombre, que en la negrura seguían brillando. Está bien, le dijo después de un rato, simulando la quebrada. Ahora hablemos.

Nadie supo qué habló el Sergio con la Regine esa noche, pero nadie los volvió a separar. Seguían pasando las patrullas a relajarse en el palacio de Aluminios El Mono, hasta la madrugada que los encontraba piluchos enlazados por las sábanas moquientas, abrazados a una loca. La luz pálida del alba entraba por las ventanas evaporando los pétalos de la orgía. Por todos lados colillas de cigarros y vasos a medio tomar. Por todos lados fragmentos de cuerpos repartidos en el despelote sodomita. Un abrazo acinturando un estómago, una pierna en el olvido de la encajada. Un torso moreno con el garabato de la loca derramada en su pecho. Unos glúteos asomados por el drapeado de las sábanas, goteando el suero proletario de la tropa. Una mano abierta que soltó la matraca para agarrar algo, y se quedó hueca y muerta en el gesto vacío. Pares de piernas trenzadas, sobajeando la lija velluda del mambo culeante. Así, restos de cuerpos o cadáveres pegados al lienzo crespo de las sábanas. Cadáveres de boca

enroscados a sus verdugos. Aún acezantes, aún estirando la mano para agarrar el caño desinflado en la eyaculada guerra. Aún vivos, incompletos, desmigados más allá de la ventana, flotando en la bruma tísica de la ciudad que aclaraba en los humos pardos de la protesta.

Sin duda eran cadáveres de fiesta, parcelas de piel estrujadas en el arrebato del clímax. Miembros en reposo, que al primer rayo de sol saltaban preocupados preguntando la hora. Buscando las partes del uniforme, las camisas y pantalones de camuflaje confundidos con los tacoaltos y pantys, el fusil coronado por una peluca rucia. Despertaban limpiando los cascos de guerra ocupados como ceniceros. Aquí y allá y hasta la ventana, flameaban los slips de tosco algodón que les proporcionaba la patria. Se peleaban por encontrar el propio, lo reconocían por el color de los pendejos. Había un colorín del norte, un mapuche de la araucanía, un albino de ojos lacres que nunca encontraba sus anteojos y corría por las piezas sangoloteando su guaripola lacia y enorme. En el despelote el sargento preguntaba por el Sergio. Está durmiendo en el camión, le decían. ¿En el camión? Sí, allá abajo, solo en el camión, contestaba la Regine abriendo las piernas para que saliera un cabro flacuchento y primerizo. ¿Pero el Sergio y usted...? El Sergio y yo somos amigos. Nada más. ¿No van a tomar desayuno? Y la Regine se iba a la cocina poner el agua, dejando al teniente con la pregunta colgando.

Mucho después que pasó la dictadura, el teniente y la tropa iban a entender el amor platónico del Sergio y la Regine. Cuando los calambres y sudores fríos de la colitis les dieran el visto positivo de la epidemia. Para entonces Madame Regine ya estaba bajo tierra, plantada como una fruta que recibió todos los homenajes del barrio La Vega el día plateado de su funeral. Esa tarde se despoblaron los puestos, una nevada de pétalos cayó desde el cuarto piso cuando los cargadores bajaron el ataúd. La Regine estaba tan pesada, se hinchó la pobrecita y tuvimos que soldar el cajón para que no goteara, decían las viejas. Pero igual iba goteando lágrimas sucias, que quedaron en la escala y la calle por mucho tiempo. Unas manchas moradas que la gente rodeó de velas como si fueran sombras milagrosas. Del Sergio nunca más se supo, la acompañó hasta el último día, en que la Regine pidió que los dejaran solos una hora. Desde afuera, las locas, pegadas a la puerta, trataban de escuchar, pero nada. Ningún suspiro, ni un ruido. Ni siquiera el crujido del catre. Hasta que pasaron meses después del entierro, cuando una loca limpiando encontró el condón seco con los mocos del Sergio, y lo fue a enterrar en la tumba de la Regine.

LA MUERTE DE MADONNA

Fue la primera que se pegó el misterio en el barrio San Camilo. Por aquí, casi todas las travestis están infectadas, pero los clientes vienen igual, parece que más les gusta, por eso tiran sin condón.

Ella sola se puso Madonna, antes tenía otro nombre. Pero cuándo la vio por la tele se enamoró de la gringa, casi se volvió loca imitándola, copiando sus gestos, su risa, su forma de moverse. La Madonna tenía cara de mapuche, era de Temuco, por eso nosotros la molestábamos, le decíamos Madonna Peñi, Madonna Curilagüe, Madonna Pitrufquén. Pero ella no se enojaba, a lo mejor por eso se tiñó el pelo rubio, rubio, casi blanco. Pero ya el misterio le había debilitado las mechas. Con el agua oxigenada se le quemaron las raíces y el cepillo quedaba lleno de pelos. Se le cala a mechones. Nosotros le decíamos que parecía perra tiñosa, pero nunca quiso usar peluca. Ni siquiera la hermosa peluca platinada que le regalamos para la Pascua, que nos costó tan cara, que todos los travestis le compramos en el centro juntando las chauchas, peso a peso durante meses. Solamente para que la linda volviera a trabajar y se le pasara la depre. Pero ella, orgullosa, nos dio las gracias con lágrimas en los ojos, la apretó en su corazón y dijo que las estrellas no podían aceptar ese tipo de obsequios

Antes del misterio, tenía un pelo tan lindo la diabla, se lo lavaba todos los días y se sentaba en la puerta peinándose hasta que se le secaba. Nosotros le decíamos: Éntrate niña, que va a pasar la comisión, pero ella, como si lloviera. Nunca le tuvo miedo a los pacos. Se les paraba bien altanera la loca, les gritaba que era una artista, y no una asesina como ellos. Entonces le daban duro, la apaleaban hasta dejarla tirada en la vereda y la loca no se callaba, seguía gritándoles hasta que desaparecía el furgón. La dejaban como membrillo corcho, llena de moretones en la espalda, en los riñones, en la cara. Grandes hematomas que no se podían tapar con maquillaje. Pero ella se reía. Me pegan porque me quieren, decía con esos dientes de perla que se le fueron cayendo de a uno. Después ya -no quiso reírse más, le dio por el trago, se lo tomaba todo hasta quedar tirada y borracha que daba pena.

Sin pelo ni dientes, ya no era la misma Madonna que tanto nos hacía reír cuando no venían clientes. Nos pasábamos las noches en la puerta, cagadas de frío haciendo chistes. Y ella imitando a la Madonna con el pedazo de falda, que era un chaleco beatle que le quedaba largo. Un chaleco canutón, de lana con lamé, de esos que venden en la ropa americana. Ella se lo arremangaba con un cinturón y le quedaba una regia minifalda. Tan creativa la cola, de cualquier trapo inventaba un vestido.

Cuando se puso la silicona le dio por los escotes. Los clientes se volvían locos cuando ella les ponía las tetas en la ventana del auto. Y parece que veían a la verdadera Madonna diciendo: Mister, lovmi plis.

Ella se sabía todas las canciones, pero no tenía idea lo que decían. Repetía como lora las frases en inglés, poniéndole el encanto de su cosecha analfabeta. Ni falta hacía saber lo que significaban los alaridos de la rucia. Su boca de cereza modulaba tan bien los tuyú, los miplís, los rimernber lovmi. Cerrando los ojos, ella era la Madonna, y no bastaba tener mucha imaginación para ver el duplicado mapuche casi perfecto. Eran miles de recortes de la estrella

que empapelaban su pieza. Miles de pedazos de su cuerpo que armaban el firmamento de la loca. Todo un mundo de periódicos y papeles colorinches para tapar las grietas, para empapelar con guiños y besos Monroe las manchas de humedad, los dedos con sangre limpiados en la muralla, las marcas de ese rouge violento cubierto con retazos del jet set que rodeaba a la cantante. Así, mil Madonnas revoloteaban a la luz cagada de moscas que amarilleaba la pieza, reiteraciones de la misma imagen infinita, de todas formas, de todos los tamaños, de todas las edades; la estrella volvía a revivir en el terciopelo enamorado del ojo coliza. Hasta el final, cuando no pudo levantarse, cuando el sida la tumbó en el colchón hediondo de la cama. Lo único que pidió cuando estuvo en las despedidas fue escuchar un cassette de Madonna y que le pusieran su foto en el pecho.

Nemesio Antúnez y Madonna

Seguramente entonces, por allá en los años ochenta, cuando el arte corporal era el boom de la cultura chilena. Cuando el cuerpo expuesto podía representar y denunciar los atropellos de la dictadura. Quizás, en ese alambrado marco cultura nadie hubiera imaginado que la metáfora «LO QUE EL SIDA SE LLEVÓ» se coagularía en varios de los personajes que participaron de aquella acción de arte en la calle San Camilo. Un perdido reducto del travestismo prostibular que desaparecía en Santiago.

La intervención escenografíaba un homenaje, una estrellada nocturna desplegada en el cemento sucio. Una parodia de Broadways en el barro de la sodomía latinoamericana.

Las estrellas, pintadas en positivo y negativo, reafirmaban la poética del título de la acción «LO QUE EL SIDA SE LLEVÓ». El montaje hollywoodense de los, focos y cámaras de filmación, las travestis más bellas que nunca, engalanadas para la premier, posando a la prensa alternativa, mostrando la silicona recién estrenada de sus pechos. Todo el barrio deslumbrado por el fulgor de los flashes. Y toda la resistencia cultural en dictadura, políticos artistas, teóricos del arte, fotógrafos y camarógrafos sapeando la performance de «Las Yeguas del Apocalipsis», que regaron de estrellas el paseo comercial del sexo travesti.

Así, el barrio pobre por una noche se soñó teatro chino y vereda tropical del set cinematográfico. Un Malibú de latas donde el universo de las divas se espejeaba en el cotidiano tercermundista. Calle de espejos rotos, donde el espejismo enmarcado por las estrellas del suelo, recogía la mascarada errante del puterío anal santiaguino.

Allí la Madonna fue la más fotografiada, no por bella, sino más bien por la picardía tramposa de sus gestos. Por ese halo sentimental que coronaba sus muecas, sus contorsiones de cuerpo mutante que se reparte generoso a las llamaradas de los fotógrafos.

Fue la única que se la creyó del todo estampando sus manos gruesas en la cara del asfalto. La única que eligió a una camarógrafa mujer para que la videara. La única que le posó desnuda bajo la ducha. Tal como dios la echó al mundo, pero ocultando la vergüenza del miembro entre las nalgas. El candado chino del mundo travesti, que simula una vagina echándose el racimo para atrás. Una cirugía artesanal que a simple vista convence, que pasa por la timidez femenina de los muslos apretados. Pero a la larga, con tanto foco y calor, con ese narciso tibio a las puertas del meollo, el truco se suelta como un elástico nervioso, como un péndulo sorpresa que desborda la pose virginal, quedando registrado en video el fraude quirúrgico de la diosa.

Pasó el tiempo, vinieron los cambios políticos y la democracia organizó la primera muestra oficial del arte negado por la dictadura. El Museo Nacional de Bellas Artes y su

repuesto director, Nemesio Antúnez, dieron el vamos al Museo Abierto, una gran muestra plástica que abarcaba todos los géneros, incluyendo la performance, la fotografía y el video.

Una de las salas del edificio se habilitó para exhibir las producciones de los videístas, y fue numeroso el público que repletó el espacio de libertad creativa propuesto por Nemesio Antúnez. La exposición no tenía censura previa, por lo que la Madonna de San Camilo pasó colada en el video «Casa Particular», que Gloria Camiruaga había realizado con las «Yeguas del Apocalipsis» en la calle travesti. Solamente a mediodía, cuando los colegios visitan los museos con su algarabía revoltosa, en ese tiempo libre que la educación destina al arte, una patrulla scout de niños ecológicos se instaló con su jefe Daniel Boom en la sala de videos para culturizar sus prácticas de salvataje. Y tras correr y correr las cintas testimoniales, las películas lateras de los videistas que quieren ser cineastas, las escenas intelectuales y narrativas del nuevo video pop, y tanto, tanto sopor de los cabros chicos obligados a gozar el arte. En medio de esa clase aburrida, la pantalla se ilumina con, el cuerpo desnudo de la Madonna y estallan en aplausos los críos, sobre todo los más grandecitos. Hasta el instructor Daniel Boom se puso lentes para seguir el paneo de la cámara por el cuerpo depilado de la loca; su perfil nativo, sus hombros helénicos, apretados en el gesto tímido de la ninfa, sus pequeños pezones abultados al juntar los brazos. Y los brazos, y su estómago plano donde la cámara resbala como en un tobogán. Y todos acezantes, los péndex agarrándose sus tulitas verdes. Los más grandecitos sofocados por la excitación de la cámara bajando en silencio por esa piel del vientre. Los pantalones cortos de los scouts levantando la carpa del marrueco, casi al mismo tiempo que el ojo de la pantalla aterriza en los pastizales púbicos. Todos en silencio, apretados de silencio, pegados a la imagen recorriendo esa selva oscura, ese pliegue falso, esa hendidura de la Madonna conteniendo el aliento, sujetándose la próstata entre las nalgas, simulando una venus pudorosa para las bellas artes, para la cámara que hurga intrusa sus partes pudendas. Entonces, el elástico se suelta y un falo porfiado desborda la pantalla. Casi le pega en la nariz al jefe de brigada. Y en un momento todo es risa y aplausos de los péndex, todo es sorpresa cuando el desborde genital, de la Madonna se convierte en un grito morse que escandalea la sala. Todo es fiesta cuando la sala se repleta de otros escolares que visitaban el museo, tocándose, jugando a los agarrones, viendo una y otra vez la rápida metamorfosis, la repetición incansable del video reiterado en la cinta. Todo es emergencia para los empleados del museo tratando de cortar la película. Para el jefe de los scouts gritando que pararan esa obscenidad, ese escándalo sin nombre para los menores que se apretaban la guata riendo. Y una y otra vez el miembro reventaba la imagen. Una y otra vez la Madonna mostrando el truco, la verga travesti que campaneaba como un péndulo llamando a todo el museo, haciendo que corrieran las secretarias y auxiliares hasta la sala, provocando tanto despelote, tanto grito de los profesores y del jefe scout tocando el pito, vociferando que cortaran esa suciedad, que eso no era arte, eso era pornografía, pura mugre libertina que desprestigiaba a la democracia. Que cómo el director, el respetado Nemesio Antúnez, había permitido la exhibición. Que alguien lo llamara para que se hiciera responsable del bochorno. Porque sólo él podía dar la orden de parar la cinta. Entonces llegó Nemesio, que nunca habla visto el video, y después de conocer a la Madonna con su títere juguetón, dio orden de cortar la cinta. Y dando disculpas, dijo que en ese caso era aplicable la censura.

Tal vez la Madonna de San Camilo nunca supo del problema que le costó a Nemesio Antúnez un, tirón de orejas del presidente. Nunca supo de las canas verdes que le hizo salir a Nemesio asediado por los periodistas preguntando: ¿Por qué la censura ahora que estamos en democracia? Jamás supo que su inocente performance provocó una serie de expulsiones de otros artistas destapados que habían pasado piola. Además las críticas de la derecha, siempre dispuesta a remoralizar cualquier desborde de la naciente democracia. La Madonna nunca supo nada, ella estaba lejos del aparataje cultural cosiendo sus encajes minifalderos para deslumbrar a su anónimo transeúnte. Se pasaba las tardes pegando lentejuelas al ruedo vaporoso que arrepollaba sus caderas. Probándose cada blonda en el vaivén de ir a la esquina a comprar un cigarro suelto. Allí en el kiosco de diarios, vio la noticia, y supo de la gira de

Madonna por Latinoamérica. Supo que vendría a Chile con un rebaño de Boeing que cargarían la estruendosa superproducción de la cantante. Desde entonces no habló de otra cosa. Voy a ser su amiga, decía cuando me vea sabrá que nacimos una para la otra. Hasta es posible que hagamos un show juntas, o me elija como su doble para las entrevistas. Y tantas cosas que tiene que hacer cansada la pobrecita. Tantas giras, tanto avión, tanto hombre siguiéndola después de los conciertos. Yo sería como su amiga intima, su secretaria, su confidente que la mandaría a dormir sin pastillas Un baño tibio con eucaliptus, una agüita de toronjil, un masaje en los pies contándole mi vida, y al final terminaríamos roncando juntas en su enorme cama de raso negro.

Quizás si Madonna hubiera conocido tales sueños, si le hubiera llegado al menos una de sus cartas, habría extendido su gira hasta este fin de mundo. Pero los Boeing nunca atravesaron la cordillera, sólo llegaron hasta Buenos Aires, donde el escándalo de la diva sacó roncha en la moral transandina. Por eso los ecos de aquella actuación motivaron la clausura de su show en Chile. Según las autoridades no hubo censura, solamente que «no había auspiciadores para Madonna en este país». Así todos supieron que detrás de esta blanca excusa había operado la mano enguantada de la moral, desviando la comitiva de la diosa sexy de regreso al primer mundo.

La Madonna de San Camilo nunca se repuso del dolor causado por esta frustración, y la sombra del sida se apoderó de sus ojeras enterrándola en un agujero de fracasos. Desde ese momento, su escaso pelo albino fue pelechando en una nevada de plumas que esparcía por la vereda cuando patinaba sin ganas, cuando se paraba en los tacoagujas toda desabrida, a medio pintar, sujetándose con la lengua los dientes sueltos cuando preguntaba en la ventana de un auto: ¿Míster, yu lovrni?

Y así, finalizando su espectáculo, cerró los ojos, como un cortinaje pesado de rímel que cae en el estruendo los aplausos. El último dance queda interrupto. Bruscamente cortada la respiración, el motor del pecho es un auto sport detenido en la costanera francesa. La boca entreabierta, apenas rosada por el plumaje del ocaso, es un beso volando tras el lente que nunca imprimió la última copia de Madonna, la última caricia de su mejilla damasco, apoyada en el hombro salpicado de brillos que estrellan su noche lunar. Desmadejada por dentro, la de cuerpo es tina sombra minifalda como un flaco favor la contextura elástica de la diva. Nadie podría ser pareja de su dancing, girando sola más allá de nuestros ojos, despidiéndose en el aeropuerto quemada por los flashes, divinizada por tanta foto que la descalza en las poses, como muñeca mecano que se reparte múltiple hasta el infinito. Nadie podría alcanzarla, bajando la escalera en retirada al campanazo de la medianoche, esparciendo sus tacoaltos en los peldaños de plata. Fugándose prisionera de la farsa, huérfana de sí misma y huérfana de la Monroe, que irónica en el cartel original, retorna a las dos Madonnas al barrio sucio. Quizás el único lugar donde pudieron encontrarse, compartiendo un chicle, entonando alguna canción, o intercambiando secretos de tinturas para el pelo.

EL ÚLTIMO BESO DE LOBA LAMAR
(Crespones de seda en mi despedida... por favor)

Ingenio de cola y astucia callejera tuvo ella para lucir ese nombre, esa chapa de vodevil portuario que coronaba la pista al ser anunciada por el animador. Al retumbar el mambo número ocho los clarines, el pestañazo sangrado de los focos, y las palmas aplaudiéndola. Esas manos cacheteando su poto flaco de hombre tiritando al son de los tambores.

Quizás se puso Loba Lamar por el cochambre mojado de su piel oscura, por el luche aceituno de su pellejo estrujado por los marineros. Pero Loba Lamar también era otra cosa; una lágrima de lamé negro, un rescoldo pisoteado del África travesti, un brillo opaco entre las luces del puerto, cuando volviendo sobre sus pasos a la pieza de mala muerte tropezaba en las escaleras rodando por los peldaños, entre carcajadas ebrias y un penetrante olor azuceno. Era difícil mantenerse en pie a esa hora, después de haberse mambeado la noche con esos tacoajugas imprescindibles. Después de aguantar el mareo del sida, nublándola, confundiendo el cielo con él mar, que a ratos salpicaba las olas con un vértigo de estrellas. Entones, la Loba creía que todo había terminado así de rápido, así sin dolor, así de pronto la muerte sidada era un paso en falso en medio de la pista, un caminito de chispas sobre el mar Caribe un pasaje al otro mundo. Una luna en el agua, arrastrada por el vaivén tropical y sin retorno de la epidemia. Pero siempre el despertar la encontraba donde mismo, saltando de lucero en lucero, y el paso en falso no era la muerte, más bien, un pálido regreso a su indigencia de loca sin gloria.

La Loba nunca entendió bien lo que era ser portadora, por suerte, si no, el sida se la hubiese llevado más rápido, por un tobogán depresivo. La Lobita no tenía cabeza para relacionar el drama de la enfermedad con el positivo del examen. Ella creía que todo estaba bien, no había cómo convencerla de que ese visto bueno era un desahucio. Y aunque giraba y giraba el papel médico entre los dedos, no le entraba en la cabeza ese ejercicio matemático de invertir el más por el menos. Su cabecita de pájara nunca dejó entrar la aritmética, jamás se ordenó en cuadritos de sumas y restas. Ella siempre fue una loca porra, negada para el estudio y para entender problemas de conjunto en el colegio. Que el más menos da negativo, o el menos más da positivo, a la chucha los números, a la cresta la vida. Y si estoy premiada, este papel no me va a convencer, decía.

A la Lobíta nunca la vimos triste, pero igual una nube turbia le entró en el mate. Por eso guardó el examen y respiró hondo hasta consumir el aire viciado de la pieza. Se tragó de un suspiró todo el mal olor hasta alterar la gravedad de la noticia. Después fue hasta la ventana y la abrió sobre el óxido de los techos marinos. Tomó uno de sus mechones desvaídos de color por la tintura barata y lo arrancó con un sonido de papel rasgado. Lo miró relampaguear cobrizo por un rayo de sol que pegaba en el vidrio, y lo dejó ir, flotando en el aire de plumas que amortiguaba la tarde.

La lobita nunca se dejó estropear por el demacre de la plaga, entre más amarillenta, más colorete, entre más ojeras, más tornasol de ojos. Nunca se dejó estar, ni siquiera los últimos meses, que era un hilo de cuerpo, los cachetes pegados al hueso, el cráneo brillante

con una leve pelusa. Y ahí la veíamos torneada por el sol «aunque es invierno en mi corazón», repetía incansable en su show de doblete, cuando la fatiga no le permitía el baile.

Para nosotras, las locas que compartíamos la pieza, la Loba tenía pacto con Satanás. ¿Cómo va a durar tanto? ¿Cómo se ve bonita a pesar que se deshoja de costras? ¿Cómo, cómo y cómo? Sin AZT, a puro pulso la linda, a puro ánimo la cola resiste tanto. Era el sol, el buen tiempo, el calor. Por qué aguantó como una guinda todo el verano, todo el otoño que fue tibiecito, y al llegar el invierno, al llover la salmuera entumida de la garúa porteña, recién dio síntomas de despedida. Cayó al catre de una vez y para siempre. Y ahí empezó el calvario.

La Lobita, después del examen, nunca quiso que la lleváramos al doctor. Son parientes de los sepultureros, decía. Tampoco soportaba esos centros de ayuda a los enfermos. Parecen campos de concentración para leprosos Como en la película Ben-Hur, la única que había visto en su vida. Y recordaba clarita la parte cuando el joven va buscar a su madre y hermana al leprosario. Y ellas se esconden, no dejan que el joven las vea así, despellejada cayéndosele la carne a pedazos. Porque ellas habían sic preciosas, regias, tan lindas, tan lindas, pero nunca tan como Loba Lamar, deliraba la loca noches enteras contando la misma película. Ardiendo en fiebre, se juraba en galera romana junto a Ben-Hur. Y nos hacía remar a todas encaramadas en el catre que amenazaba hundirse, cuando las olas calientes de la temperatura la hacían gritar: ¡Atención rameras del remo! ¡Adelante maracas del mambo!

Teníamos que turnarnos para cuidarla, para poto como a una guagua. Éramos sus nanas, sus enfermeras sus cocineras, la tropa de esclavas que la linda mandoneaba con sus aires de Cleopatra. Tuvimos tanta paciencia con la Loba, que contábamos hasta veinte, veinte veces para no apretarle el cogote. Para que se callara y nos dejara dormir un poquito. Al menos una hora, en todas esas insomnes noches que duró su larga agonía. Su demencial estado de reina moribunda que no quería estirar la pata, que se le ocurría cada cosa, cada excéntrico antojo. A medianoche, en pleno invierno, lloviendo, quería comer duraznos frescos. Y partíamos las tontas juntando las chauchas, a todo aguacero, mojadas como diucas por las calles desiertas, preguntando, despertando a todos los almaceneros del puerto, subiendo y bajando cerros hasta encontrar un tarro de la fruta. Y cuando llegábamos, estilando como perras, la Loba nos tiraba el tarro por la cabeza porque ya se le había pasado ese deseo. Ahora quería helado de naranjas. ¿De naranjas? ¿No puede ser de otra cosa niña? En Chile no se hacen helados de naranjas, Lobita entiende. Pero ella insistía en que tenía que ser de naranjas, amenazando con morirse ahí mismo si no le llegaba el perfume agridulce de esa fruta en primavera. Y en pleno junio, las locas escarchadas de frío, volvían a salir a la intemperie hasta conseguirle el helado donde un argentino malas pulgas, que después de llorarle el tango de la mamacita agónica, accedía a venderles un barquillo. Y ni aun así la Lobita podía dormir, ahora pensando en la carne rosada del melón veraniego. ¡Ay! suspiraba la marica por el dulzor calameño, como si temiera no llegar viva a enero. Como si no quisiera irse con ese deseo frustrado que le secaba la boca. Porque en el infierno no debe haber duraznos, ni naranjas, ni melones. Y tanto calor debe dar una sed.

¡Ay!, esclavas de Egipto, tráiganme melones, uvas y papayas, deliraba la pobrecita despertando a toda la casa de pensión con sus gritos de embarazada real. Como si la enfermedad en su holocausto se hubiera convertido en preñez de luto, invirtiendo muerte por vida, agonía por gestación. El sida, para la Loba trastornada, se habla transformado en promesa de vida, imaginándose portadora de un bebé incubado en su ano por el semen fatal de ese amor perdido. Ese príncipe de Judea llamado Ben-Hur, que le había plantado la fruta una noche de galera romana, y después, al alba, se habla marchado dejándola preñada de naufragio.

Así, noche tras noche la olamos llamarlo, y tratábamos de complacerla en sus antojos de Loba parturienta. Porque después le dio por preparar el ajuar del príncipe que iba a dar a luz. Nos puso a todas a tejer chales y gorritos y chalequitos y botines para su nene. Nos hacía

cantarle canciones de cuna y mecerla, abanicándola con plumas, como si en verdad fuéramos esclavas de Nefertiti en gestación. En algún minuto, agotadas de cansancio, nos lograba meter su película convenciéndonos tanto, que todas llegamos a creer que se producirla el alumbramiento. Por eso las locas atinaban a levantarse a todo frío, estornudando, escuchándole sus fantasías de siquiátrico, sus últimos devaneos, su vocecita estrangulada por la tos, cada vez más apagada, pero siempre dando alaridos de órdenes. Todavía altanera, abría la boca como un hipopótamo del Nilo y se quedaba muda con su mandato faraónico de par en par. Y nosotras allí sentadas esperando, tapando los espejos para que la Loba no regresara a buscar su imagen. Rogando, pidiendo, suplicando que llegara pronto el avión de ninguna parte. Enjugándole el sudor, rezando avemarías y rosarios colas como música de fondo. Todas allí, más pálidas y temblorosas que la misma Lobita, esperando el minuto, el segundo que partiera la loca y se acabara el suplicio. Toda la santa noche mirándole su cara que en realidad se puso hermosa. Como una azucena negra la piel de seda relampagueó en ese abismo. Como un cisne de oscuro nácar su cuello drapeado se dobló como una cinta. Entonces, por la ventana abierta entró un chiflón como témpano de tumba. La Loba quiso decir algo, llamar a alguien, modular un aullido en el gesto tenso de sus labios. Abrió los ojos desorbitados, tratando de llevarse esa fotopostal del mundo. Todas la vimos aletear con desespero para no ser tragada por la sombra. Todas sentimos ese hielo que nos dejó tiesas sin poder hacer nada, sin poder dejar de mirar a la Lobita que quedó dura, con las fauces tan abiertas sin poder sacar el grito. Nos quedamos como tontas asomadas al zaguán de su boca, tan abierta como un abismo, tan abierta como un pozo negro donde apenas asomaba su lengua parlotera. Su boca sin fondo, su boca paralizada en la «a» gigante de esa ópera silenciosa. Su bella boca descerrajada como un túnel, como una alcantarilla que se había llevado a la Lobita en las aguas cochinas de ese remolino siniestro. Y entonces recién reaccionamos, recién corrimos al borde de esa zanja gritándole para adentro: No te mueras Lobita linda. No nos dejes preciosa.. Sollozábamos asomadas a su garganta, metiendo las manos en esa oscuridad para agarrarla del pelo en su caída. Todas juntas haciendo fuerzas para alcanzarla, para tirarla de regreso a la vida. Tomándole las manos, friccionándole los pies, zamarreándola, abrazándola, cubriéndola de besos los colas lloraban, los colas se reían neuróticos, los colas traían agua, empujándose, sin saber qué hacer, ni cómo atender a esa visita tan inoportuna de la señora muerte.

Y en ese río de llantos vimos partir a nuestra amiga, en el avión del sida que se la llevó al cielo boquiabierta. No puede irse así la pobrecita, dijeron las locas ya más tranquilas. No puede quedar con ese hocico de rana hambrienta, ella tan divina, tan preocupada del gesto y de la pose. Loba Lamar debe permanecer en el recuerdo diva por siempre. Hay que hacer algo rápido. Traigan un pañuelo para cerrarle la boca antes que se agarrote. Un pañuelo bien grande que alcance para subirle el mentón y amarrarlo en la cabeza. Amarillo no tonta porque es desprecio. A lunares tampoco porque parece mosca pop, y la Lobita nunca se lo hubiera puesto. Verde menos porque odiaba a los pacos. Celeste jamás, es de guagua prematura. A ver ese de gasa azulina con hilos dorados, ese mismo que estai escondiendo, maricón cagao con tu amiga muerta. Éste sí le queda regio y alcanza a sujetarle las mandíbulas antes que se ponga tiesa. Anudado en la frente por favor no, que esas puntas se ven como orejas de conejo y parece Bugs Bunny la pobrecita. Tampoco le dejen la rosa en el cuello, como si fuera una campesina rusa o como Heidi. Más bien al costado, cerca de la oreja, como lo usaba la Lola Flores, la Faraona, que a ella le gustaba tanto. Bien apretado el nudo, aunque le cruja la jeta, para dejársela bien cerrada por lo menos una hora, hasta que cuaje y se endurezca. Pero al cabo de una hora, mientras las locas bañaban el cadáver con leche y almidones de reina babilónica. Mientras embetunaban el cuerpo con cera depilatoria hirviendo para dejarlo tan lampiño como teta de monja. Al tiempo que una le hacía la manicure pegándole caracoles y conchitas moluscas como uñas postizas, otra le aserruchaba los juanetes y callos, descamándole el piñén calcáreo de las patas. Porque usted mijita era como Cristo, que caminaba sobre el mar sin tocar el agua. Usted pochocha no era tan negra, era floja la cochinilla que le hacía asco al jabón y sólo sabía pintarse y se perfumaba encima de la mugre, decían las locas escobillando con cloro a la Lobita, que se fue poniendo rígida a medida que le

depilaban las cejas y le encrespaban las pestañas con una cuchara caliente. Entonces, le sacaron la amarra de la cara para maquillarla, y felices se dieron cuenta que la presión del pañuelo en la barbilla le había cerrado la boca tan hermética como una cripta. Pero al tensarse el músculo facial, los labios apretados de la Loba comenzaron a dibujar la macabra risa post mortem. Ay no, gritó una de las locas, mi amiga no puede quedar así, con esa mueca de vampiro. Hay que hacer algo. Traigan toallas calientes para ablandarla. Casi hirviendo, total la pobrecita ya no siente. Pero al calor de los trapos el nervio maxilar se encrespó como un resorte y los labios de la Loba se entreabrieron en una carcajada siniestra. Parece que lo hace a propósito la chistosa, refunfuñó la Tora, una loca maciza que había sido luchador en su juventud. Déjenmela a mí. Y todas nos quedamos mudas porque cuando la Tora se enojaba era cosa seria. Sólo atinamos a sugerirle que lo hiciera con cariño. Fíjate niña que la Lobita es tan enclenque. No se preocupen, dijo la Tora bufando, a mí no me la va a ganar. Entonces la vimos desaparecer y volvió enfundada en su traje de lucha libre, con la capa escarlata y la máscara de diablo que le había valido el título de «Luzbel, la llama invencible». Luego la Tora dio unos cuantos saltos, hizo un par de tiburones y nos pidió que la aplaudiéramos. Y en medio de esa algarabía de plaza andaluza, la Tora se puso seria, cortó los gritos con un shit de silencio para concentrarse. No volaba una mosca cuando se arrodilló a los pies de la cama y se persignó ritualmente como lo hacía antes de iniciar el combate. Y de un brinco se encaramó sobre el cadáver agarrándolo a charchazos. Paf, paf, sonaban los bofetones de la Tora hasta dejarle la cara como puré de papas. Entonces, levantó su manaza, y con el pulgar y el índice le apretó fuerte los cachetes a la Loba hasta ponerle la boquita como un rosón silbando. Chúpese de muelas mijita, chúpese de muelas como la Marilyn Monroe le decía, dejándola con ese gesto por mucho rato.

Casi una hora le tuvo los pómulos apretados con esa tenaza. Hasta que la carne volvió a tomar su fúnebre rigidez. Sólo entonces la soltó, y todas pudimos ver el maravilloso resultado de esa artesanía necrófila. Nos quedamos con el corazón en la mano, todas emocionadas mirando a la Loba con su trompita chupona tirándonos un beso. Habrá que taparle los moretones, dijo alguna sacando su polvera Angel Face. ¿Y para qué? Si el rosa pálido combina bien con el lila cerezo.

«Llovía y nevaba fuera y dentro de mí»

NALGAS LYCRA, SODOMA DISCO

Al borde de la Alameda, casi topándose con la iglesia colonial de San Francisco, la disco gay luce su ala meada en el neón fucsia que chispea el pecado festivo. La invitación a bajar los peldaños y sumergirse en el horno multicolor de la fiebre-music que gotea la pista. Allí la maricada desciende la amplia escalera de medio lado, como diosas de un Olimpo Mapuche. Altaneras, en la quebrada del paso que parece no tocar la hilachenta alfombra. Soberbias, en el gesto displicente de acomodarse las pinzas del pantalón recién planchado. Casi reinas, si no fuera por esos hilvanes rojos de la basta apurada. Casi estrellas, de no ser por la marca falsa del jeans tatuada a media nalga.

Algunas casi jóvenes, en la ropa sport clara y las zapatillas Adidas, envueltas en la primavera color pastel y ese rubor prestado del colorete. Casi chiquillas, a no ser por la cara plisada y esas ojeras de espanto. Apuradamente felices, llegan cotorreando cada noche a la catedral dancing, instalada en un subterráneo que ocupaba un cine de Santiago, donde quedaron los frisos etruscos en dorado y negro, las columnas helénicas y ese tufo a felpa mojada que pega fuerte cuando se cruza la puerta donde un hombrón controla el ingreso. En ese lugar, los cafiches revolotean en torno a los gays para que les paguen la entrada. «Adentro nos arreglamos», susurran en las orejas con aritos. Pero los gays saben que una vez adentro, «si te he visto, no me acuerdo», porque el taxi-boy se va de hacha al bar, donde las abuelas exhiben su alcancía tintineando en el hielo del whisky importado.

La barra de una disco gay es el lugar de los encuentros, el sitio más iluminado para reconocer a la bruja que se creía bajo tierra, como raíz de un filodendro sidoso. La misma que se lloró con lágrimas de zafiro, perdonándole todas sus malas artes, los escupos en el trago, los condones rotos, los exámenes AIDS falsificados de positivos, que llevaron al suicidio a varias depre-sidas. Sus artimañas para contagiar A medio Santiago porque no quería irse sola. «Es que tengo tantas amigas», decía. La misma perversa de regreso, más viva que nunca, riéndose luciférica con el trago en la mano.

Aquí corren los gin tónica, los pisco soda, los pisco sida, las piscolas o locas pisco entonando, el «Desesperada», de Martita Sánchez, que enloquece a las nenas disco. Las chicas short, que llegan al bar sofocadas pidiendo agua con hielo, empujando al oficinista de corbata que, preocupado, mira la entrada por si aparece un compañero de trabajo.

El bar de la disco es para cruzar miradas y exhibir la oferta erótica en las marcas de la ropa preferida. Las pintas de segunda, mano que ofrece la ropa americana. Así, el bordado Levis asegura una cola de lujo, un par de nalgas vaqueras infladas por la moda-, fibrosas en el gesto tenso.de apoyar los cachetes en la barra. Casi masculinas, si no fuera por la costura del jeans hundida en el tajo azulado. De no ser por el planchado y ese olor soft a detergente. A demasiada limpieza, como dando disculpas por ser así, explicando la homosexualidad en el borlado aroma que enmarca los gestos. Si no fuera por esa, nube densa del perfume coliza; la adicción por el Paloma Picasso, el Obsession for men de Calvin Klein, el Orfeo Rosa de Paco Colibrí. Si no fuera por todos esos nombres que emanan del aeróbico sopor, pasarían por hombres heterosexuales demasiado amigos, por machitos borrachos baboseando al compadre. Si no fuera por ese «Ay niña yo te dije», «Ay Chela te lo merecías por bruja», «Ay si sí», «Ay

sí no». Si no fuera por el «Ay» que encabeza y decapita cada frase, podrían verse sumados a la masa social de cualquier discothéque, que viste mezclilla y polera blanca con el caimancito mordiendo la tetilla.

Quizás, aunque la disco gay existe en Chile desde los setenta, y solamente en los ochenta se Institucionaliza como escenario de la causa gay que reproduce el modelo Travolta sólo para hombres. Así, los templos homo-dance reúnen el gueto con más éxito que la militancia política, imponiendo estilos de vida y una filosofía de camuflaje viril que va uniformando, a través de la moda, la diversidad de las homosexualidades locales. Si no fuera que aún sobrevive un folclor mariposón que decora la cultura horno, delirios de faraonas que aletean en los espejos de la disco. Ese Last Dance que estrella los últimos suspiros de una loca sombreada por el sida. Si no fuera por eso, por esa brasa de la fiesta cola que el mercado gay consume con su negocio de músculos transpirados. Acaso sólo esa chispa ese humor, ese argot, sean una distancia politizable. Un leve pétalo huacho olvidado en medio de la pista, cuando el alba apaga la música, y las risas se confunden con el tráfico de la Alameda, en el pálido regreso a la rutina ciudadanal.

CARTA A LIZ TAYLOR
(o esmeraldas egipcias para AZT)

Así, querida Liz, sin saber si esta carta irá a ser leída por el calipso de tus ojos. Y más aún, conociendo tu apretada agenda, me permito sumarme a la gran cantidad de sidosos que te escriben para solicitarte algo. Tal vez un rizo de tu pelo, un autógrafo, una blonda de tu enagua. No sé, cualquier cosa que permita morir sabiendo que tú recibiste el mensaje. El caso es que yo no quiero morir, ni recibir un autógrafo impreso, ni siquiera una foto tuya con Montgomery Cliff en El árbol de la vida. Nada de eso, solamente una esmeralda de tu corona de Cleopatra, que usaste en el film, que según supe eran verdaderas. Tan auténticas, que una sola podría alargarme la vida por unos años más, a puro AZT

No quiero presionarte con Lágrimas de maricocódrilo moribundo, tampoco despojarte de algo tan querido. Quizás, liberarte de esas gemas que cargan la maldición faraónica, y a la larga traen mala suerte, incitan a los ladrones a saquear tu casa. Y no es broma, tú recuerdas lo de Sharon Tate, no fue nada de gracioso. Además los pelambres del ambiente, las víboras diciendo que las joyas se te pierden en las arrugas. Que ya no te queda cuello con tanta zarandaja. Que una reina debe ser sobria, que a tu edad el esplendor de los rubíes compite con la celulitis. En fin, habiendo tanto hambriento tú te paseas de alhaja en alhaja. Que Julio Iglesias quedó turnio con tanto brillo. Que los cheques para la causa AIDS, que tú regalas con tanta devoción, se quedan enredados en los dedos que trafican la plaga. Y dicen que fíjate tú, esa piedad es pura pantalla, nada más que promoción, fíjate, como el símbolo para la campaña. Esa cintita roja que los maricas pobres la usan de plástico, seguro que fabricadas en Taiwan. Y las ricas de oro con rubíes, que más parece una horca, el lacito ese. Un detector para saber quién tiene el premio, tú sabes, la gente es tan peladora. Hasta han dicho que tú estás contagiada, por eso la baja de peso. Basta mirar las fotos de hace algunos años, no había modelito que te entrara. Y ahora tanto amor con los homosexuales sidosos. Tanto cariño por ese Jackson, el Cristo pop que canta: «Dejad que los niños vengan a mí.» Mira tú, de dónde tanta adhesión. Tanto amor con los maricas, como la Liza Minelli, la Barbara Streisand y la María Félix. Todas esas estrellas que amamantan a las locas como perritos regalones. Como sí los maricas fueran adornos de uso coqueto. Como si fueran la joya del Nilo o el último fulgor de una Atlántida sumergida. Mira tú, y sin embargo, con las lesbianas ni pío. Cuando debiera ser al revés, dicen ellas. Primero la solidaridad por casa, y luego las locas. Hasta les tienen un apodo en New York a las ricas y famosas que andan para arriba y para abajo con sus modistos y peluqueros.

Yo creo Liz que es pura pica, nada más que envidia. Además, los colas tenemos corazón de estrella y alma de platino, por eso la cercanía. Por eso la confianza que tengo contigo para pedirte este favor. Si es que tú quieres, sí no te importa mucho. Te estaré eternamente agrade-sida. Acuérdate, una esmeralda chiquitita, de pocos kilates, que no se note mucho cuando la saquen de la corona. Total, tú tienes esas turquesas para mirar que opacan cualquier resplandor. Yo soy de Chile, mándamela a la dirección del remitente. Tú no conoces este país, dicen que, hay mucha plata, pero no se ve por ningún lado.

Tu admirador, for ever

LOS MIL NOMBRES DE MARÍA CAMALEÓN

Como nubes nacaradas de gestos, desprecios y sonrojos, el zoológico gay pareciera fugarse continuamente de la identidad. No tener un solo nombre ni una geografía precisa donde enmarcar su deseo, su pasión, su clandestina errancia por el calendario callejero donde se encuentran casualmente; donde saludan siempre inventando chapas y sobrenombres que relatan pequeñas crueldades, caricaturas zoomorfas y chistosas ocurrencias. Una colección de apodos que ocultan el rostro bautismal; esa marca indeleble del padre que lo sacramentó con su macha descendencia, con ese Luis junior de por vida. Sin preguntar, sin entender, sin saber si ese Alberto, Arturo o Pedro le quedaría bien al hijo mariposón que debe cargar con esa próstata de nombre hasta la tumba. Por eso odia tanto ese tatuaje paterno, ese llamado, ese Luchito, ese Hernancito chico y minusválido que a los homosexuales sólo les sirve para el desprecio y la burla.

Así, el asunto de los nombres no se arregla solamente con el femenino de Carlos; existe una gran alegoría barroca que empluma, enfiesta, traviste, disfraza, teatraliza o castiga la identidad a través del sobrenombre. Toda una narrativa popular del loquerío que elige seudónimos en el firmamento estelar del cine. Las amadas heroínas, las idolatradas divas, las púberes doncellas, pero también las malvadas madrastras y las lagartas hechiceras. Nombres adjetivos y sustantivos que se rebautizan continuamente de acuerdo al estado de ánimo, la apariencia, la simpatía, la bronca o el aburrimiento del clan sodomita siempre dispuesto a reprogramar la fiesta, a especular con la semiótica del nombre hasta el cansancio.

De esto nadie escapa, menos las hermanas sidadas que también se catalogan en un listado paralelo que requiere triple inventiva para mantener el antídoto del humor, el eterno buen ánimo, la talla sobre la marcha que no permite al virus opacar su siempre viva sonrisa. De esta forma, el fichaje del nombre no alcanza a tatuar el rostro moribundo, porque existen mil nombres para escamotear la piedad de la ficha clínica. Existen mil formas de hacer reír a la amiga cero positiva expuesta a la baja de defensas si cae en depresión. Existen mil ocurrencias para conseguir que se ría de sí misma, que se burle de su drama. Empezando por el nombre.

La poética del sobrenombre gay generalmente excede la identificación, desfigura el nombre, desborda los, rasgos anotados en el registro civil. No abarca una sola forma de ser, más bien simula un parecer que incluye momentáneamente a muchos, a cientos que pasan alguna vez por el mismo apodo.

Quizás el listado de chapas que se usan para renombrarse incluya un denso humor, un ácido acercamiento a esos «detalles y anomalías» que el cuerpo debe sobrellevar resignado. A veces cojeras, hemiplejías o «sutiles fallas» que tanto cuesta disimular, que tanto molestan y avergüenzan como agregados de la falla mayor. En este caso el apodo alivia el peso, subrayando de luminaria un defecto que más duele al tratar de esconderse. El apodo hace de ese lunar con pelos una duna de felpa. De esa jodida joroba, un Sahara de odalisca. De esos ojos miopes, un sueño de geisha. De ese enanismo petiso, un Liliput mini y recatado. De esa nariz de hacha, un ventisquero de alientos. De esa obesa calamidad, una nube blanca y rosada a lo Rubens. De esa calva simulada por la partidura casi en la oreja, un brillo de cráneo para la buena suerte. De esas elefánticas orejas, un par de abanicos flamencos. De esa boca de buzón,

un beso empapado de tormenta. En fin, para todo existe una metáfora que ridiculiza embelleciendo la falla, la hace propia, única. Así la sobreexposición de esa negrura que se grita y llama y se nombra incansable, ese apodo que al comienzo duele, pero después hace reír hasta a la afectada, a la larga se mimetiza con el verdadero nombre en un rebautismo de gueto. Una reconversión que hace de la caricatura una relación de afecto.

Hay muchas y variadas formas de nombrarse; está el típico femenino del nombre que agrega una «a» en la cola de Mario y resulta «Simplemente Maria». También esos familiares cercanos por su complicidad materna; las mamitas, las tías las madrinas, las primas, las nonas, las hermanas, etc. Además de otros personajes semicampestres, algo inocentes, que se extraen del folclor como las Carmelas, las Chelas, las Rosas, las Maigas, etc. Para las más sofisticadas se usa el remember hollywoodense de la Garbo, la Dietrich, la Monroe, la West. Pero para Latinoamérica hay nombres de vírgenes consagradas por la memoria del celuloide más cercanas: la Sara Montiel, la María Félix, la Lola Flores, la Carmen Miranda. Nadie sabe por qué las locas aman tanto a estas señoras doñas tan lejanas en el tiempo, y a veces casi extraviadas por el sepia de sus fotos. Nadie lo sabe, pero esos nombres se han homosexualizado a través de los miles de travestis que hacen su copia. A través de la mímesis de sus gestos y miradas matadoras. Toda marica tiene dentro una Félix, como una Montiel, y la saca por supuesto, cuando se encienden los focos, cuando la luna se descuera entre las nubes.

El listado se alarga a medida que la moda impone estrellas con algo del gusto y el affaire coliza, a medida que se hace más útil un stock de nombres para camuflar la rotulación paterna, a medida que se requiere más humor para sobrellevar la carga sidosa. Aquí van algunos, sólo y exclusivamente de muestra, rescatados de las densas aguas de la cultura mariposa.

La Desesperada
La Cuando No
La Cuando Nunca
La Siempre en Domingo
La María Silicona
La Cortavientos
La Puente Cortado
La Maricombo
La Maripepa
La Faraona
La Lola Flores
La Sara Montiel
La Carmen Sevilla
La Carmen Miranda
La María Félix
La Fabiola de Luján
La Loca de la Cartera
La Loca del Pino
La Loca del Piano
La Loca del Moño
La Cola del Rincón
La Multiuso
La Palanca
La Moderna
La Freno de Mano
La Patas Negras
La Patas Verdes
La Cola del Barrio
La Inca Cola
La Coca Cola
La Pinche
La Lola
La Rose
La Denise
La Susi
La Pupi
La Mimi
La Bambi
La Teté
La Totó
La Nené
La Lulú
La Tacones Lejanos
La Saca Corchos
La Chupadora Oficial
La Chupa Millonaria
La Licuadora
La Multimatic
La Fácil de Amar
La Krugger
La Burger Inn
La Prosit
La Ninja
La Karate Kid

La Yuyito
La Pata Pelá
La Pelá
La Pituca
La Putifrunci
La Frunci
La Chumilou
La Trolebús
La Claudia Escándalo
La Ilusión Marina
La Lola Puñales
La Yo No
La Compra Almas
La Pide Fiado
La No Se Fía
La Perestroika
La Poto Aguja
La Siete Potos
La Poto de Palo
La Poto Ronco
La Abeja Maya
La Wendy
La Ahí Va
La Ahí Viene
La Esperanza Rosa
La Bim Bam Bum
La Si me Llaman Voy
La Doctora
La Diente de Leche
La Poto Asesino
La Llave de Cachete
La María Misterio
La María Sombra
La María Riesgo
La María Acetaté
La María Sarcoma
La Mosca Sida
La Frun-Sida
La María Lui-Sida
La Lúsida
La Bien Paga
La Nomeolvides
La Ven-Seremos
La Zoila-Sida
La Zoila Kaposí
La Sida Frappé
La Sida On The Rock
La Sui-Sida
La Insecti-Sida
La Depre-Sida
La Ven-Sida
...

«ATADA A UN GRANITO DE ARENA»

Apenas una toalla, unas gafas, un bronceador barato y un libro para pasar por culta. Para mirar sobre las páginas ese zoológico playero, esa colección de músculos desnutridos que nos ofrece el horizonte de nuestros balnearios populares. Pero aun así, los Apolos proletas nos deleitan con sus shorcitos y blue jeans cortados. Mostrándonos su cuerada mapuche, su pellejo morocho, casi al alcance de la mano, cuando saltan, juegan y brincan zangoloteando el racimo en nuestras narices. Como si no supieran que la loca está expuesta al infarto cardíaco ante tanta maravilla.

Más bien lo saben, y acentúan esos movimientos de pelvis al chutear la pelota. Se rascan y rascan las bolas sacudiéndose la arena, diciendo: Cómo te gustaría ser ese granito de arena enredado en la pendejada juvenil. Cómo te gustaría ser la gotita de mar que brilla suspendida en ese pelo del pubis. A punto de caer, a punto de resbalar ombligo abajo, vientre abajo, en busca de la anguila que duerme en los pliegues del traje de baño.

A veces sólo basta ofrecer un cigarro, una cerveza para refrescar la brasa solar. Preguntar: ¿Qué andaí haciendo? ¿No tenís donde quedarte? Entonces todo se hace fácil al saber que el péndex anda de vago por el litoral central. Que salió con lo puesto a carretearse la aventura del verano. Y sólo quiere que le paguen el vacilón de sus favores erectos. Así, el verano resplandece para la loca que venía solamente a vitrinear, y de pronto, casi sin quererlo, se encuentra con esta liquidación de temporada, tan barata, tan económica en las miles de acrobacias que le pide al chiquillo para complacer su lujuria, su delirio de sirena caliente que le da huasca al cabro toda la noche.

El verano coliza es para eso, sobre todo en Cartagena, donde se junta la manga de adolescentes vagabundos que buscan en las vacaciones una aventura peluda que contar. Un desvío gay para matar el hambre (dicen ellos). Una semana a cuerpo de rey, corriéndosele al cola cuando se pone cargante (insisten en mentir). Cuando le da por agarrarle las piernas quemadas y tirarle los cuentos (ellos le sacan la mano, dicen). Pero la verdad, es difícil detener la mano lagarta del billete. Esa mano peluda que paga las cuentas, las Coca-Colas en la arena, la de pisco en la noche, y las fichas de flipper y tata-taca en la terraza. Es difícil chantar esa mano hambrienta deslizándose bajo el blue jeans. Sobre todo al alba, cuando hace frío y el pendex está cansado de dormir en la arena mojada, con los pacos que andan como perros deteniendo a los mochileros. Cuando la pieza está calientita y todavía queda media botella de pisco para tomársela en la cama, justo antes que empiece la función. Para hacerse el leso, el curado que no sabe dónde lo mete. Pero el chico sabe y le gusta horadar ésa caverna submarina. Y en el fragor de esa tormenta, rodando entre las sábanas de vuelta y vuelta, ni sabe cómo en el descuido un mástil lo atraviesa de proa a popa, y a pesar del dolor, él se queda quietito gozando esa dureza (eso nunca lo va a contar).

Ya en la mañana, desrajado por angas y por mangas, el chico pide plata para el pasaje de regreso. Dice que está agotado de tanto experimentar. Que quiere volver a Santiago a ver a su familia, a juntarse con sus amigos de la esquina para contarles las peripecias de su filudo verano. También le da las gracias a la loca y le toca la mano cuando agarra la plata. Y la loca, con algo de culpa, lo ve marcharse tristemente desde la ventana, Lo mira caminar arqueado y

con dificultad entre las lonas de colores que avivan la playa. Lo observa desaparecer sin mirar atrás, sin ni siquiera volver la cabeza. Como si deseara huir lejos y olvidarse de la noche anterior, cuando la esperma en olas de ese mar sodomita le arrebató de cuajo su secreto.

69

CRÓNICAS DE NUEVA YORK
(El Bar Stonewall)

Que si a uno lo invitan a Nueva York con todos los gastos pagados a participar del evento Stonewall, a veinte años del apaleo policial protagonizado por las chicas gay que en 1964 se tomaron un bar en el barrio del Village. Que si a uno le cuentan el cuento y se siente obligado a persignarse en el lugar del suceso. Un barcito oscuro, santuario de la causa homosexual donde viene la sodomía turística a depositar sus ofrendas florales. Porque ahí, en la vitrina, se exhiben las fotos desteñidas de las veteranas hipientas que resistieron no sé cuántos días el acoso de la ley, la agresión policíaca que pretendió desalojarlas sin éxito. Entonces cómo no derramar una lágrima en esta gruta de Lourdes Gay, que es como un altar sagrado para los miles de visitantes que se sacan la visera Calvin Klein y oran respetuosamente unos segundos cuando desfilan frente al boliche. Cómo no fingir al menos una pena si eres visita en Nueva York y te están matando el hambre y pagándote todo estas gringas militantes tan beatas y comerciantes con su historia política. Cómo no simular educadamente que sueltas la emoción por esas caras de las fotos en blanco y negro, que podrían ser de una película antigua que nunca vimos. Esas fotos de los próceres gays como sacados de Woodstock, coronados de rosas y cintitas de colores en la ventana del Bar Stonewall, lo mismo que en toda la cuadra, lo mismo que en todo el barrio del Village, decorado como una torta con los atuendos de la moda coliza. Porque cuando te bajas del metro en Cristopher Strect, te encuentras de sopetón con una tonelada de músculos y físicoculturistas, en minishort, peladas y con aritos, las parejas de hombres en patines pasan de la mano sopladas por tu lado como si no te vieran. Y cómo te van a ver si uno es tan re fea y arrastra por el mundo su desnutrición de loca tercermundista. Cómo te van a dar pelota si uno lleva esta cara chilena asombrada frente a este Olimpo de homosexuales potentes y bien comidos que te miran con asco, como diciéndote: Te hacemos el favor de traerte, indiecita, a la catedral del orgullo gay. Y uno anda tan despistada en estos escenarios del Gran Mundo, mirando las tiendas llenas de fetiches sadomasoquistas, de clavos, alfileres de gancho y tornillos y pinches y, cuanta porquería metálica para torturarse el cutis. ¡Ay qué dolor! Qué susto ver en la esquina ese grupo Leader's con sus moros, bigotes, cueros, bototos y esa brutalidad fascista que te recuerdan las pandillas de machos que en Chile uno les hacia el quite, cruzaba la calle y caminaba tiesa fingiendo mirar a otro lado. Pero aquí en el Village, en la placita frente al Bar Stonewall, abunda esa potencia masculina que da pánico, que te empequeñece como una mosquita latina parada en este barrio del sexo rubio. En este sector de Manhattan, la zona rosa de Nueva York donde las cosas valen un ojo de la cara, el epicentro del tour comercial para los homosexuales con dólares que visitan la ciudad. Sobre todo en esta fiesta mundial en que la isla de Manhattan luce embanderada con todos los colores del arco-iris gay. Que más bien es uno solo, el blanco. Porque tal vez lo gay es blanco. Basta entrar en el Bar Stonewall, que siempre está de noche, para darse cuenta que la concurrencia es mayoritariamente clara, rubia y viril, como en esas cantinas de las películas de vaqueros. Y si por casualidad hay algún negro y alguna loca latina, es para que no digan que son antidemocráticos.

Por eso no me quedé mucho rato en el histórico barcito, una rápida ojeada y uno se da cuenta que no tiene nada que hacer allí que no pertenece al oro postal de la clásica estética musculada, que la ciudad de Nueva York tiene otros recovecos donde no sentirse tan extraño, otros bares más contaminados donde el alma latina salsea su canción territorial.

Y AHORA LAS LUCES
(Spot: Ponteló-ponseló. Ponte-ponte-ponseló)

La propaganda de prevención dirigida a los homosexuales pareciera estar resuelta en el abanico publicitario que multiplica la enfermedad a través de sus diferentes versiones. Así el sida se espejea entre los productos del mercado, travestido como un fetiche más en el tráfico gitano de la plaga.

El sida vende y se consume en la oferta de la chapita, el póster, el desfile de modas a beneficio, la adhesión de las estrellas, los números de la rifa, y el superconcert de homenaje post mortem, donde el rockero se viste por un rato de niño bueno, luciendo la polerita estampada con el logo fatal

El tema da para instalar un supermall, donde las producciones sidáticas se vendan como pan caliente. Los miles de libros (incluyendo éste), las biografías, teleseries, fotonovelas y cómics de las stars muertas, incluyendo sus cartas, sus ropajes, sus condones usados: musicales, de piel de lagarto, de gusano de seda, a lunares pop, extra large, circuncidados con la estrella judía con el triángulo rosanazi, con el símbolo de la paz, con la hoz separada del martillo, verdes, vegetarianos y macrobióticos para complementar la dieta vegetal de la cocina sidosa.

En un stand especial, a todo neón, el negocio SIDARTE de Benetton; donde no se sabe si el gringo previene asustando con el famoso póster de la Pietá cadavérica, o carnavaliza el uso del condón, que inflado en el obelisco de París, exagera la medida fantasiosa de su contenido. También enmarcada en este mismo glamour necrófilo, toda la cinemateca que ha usado el tema como taquilla. Sobre todo la superproducción hollywoodense que multicopia la postal gay de *Filadelfia* enmarcada de amapolas venenosas. (Allí no se sabe quién merece el Oscar, si Tom Hanks que gana el juicio como portador segregado' 0 Mister AIDS que «ríe último y ríe mejor» al llevarse igual al protagonista, ante la mirada colonizada del novio latino, Antonio Banderas.)

Quizás este supermarket acentúa su perversa prevención cuando está dirigido a los homosexuales. Pareciera incentivar la enfermedad con su pornografía visual, con sus folletos, cartillas y afiches que lucen fotografías de cuerpos sublimes que hipnotizan con su «bella publicidad». Nadie se fija entonces en la precaución escrita. Ninguna loca se detiene a leer esas minúsculas letras, su ojo vaselina hurga los pliegues de la foto y chupa ese resplandor muscular. Entonces el placer calentón de estas imágenes funciona como detonante sexual. M igual que ciertas instrucciones de cómo usar el preservativo; cómo ponerlo, cómo resbalarlo con los labios por el tronco, cómo moverse para que no se salga, cómo hacer cálida su piel látex, cómo olvidarse de la funda plástica. En Fin, son verdaderas clases porno que se usan para hacer más atractiva la prevención, pero terminan invirtiendo el objetivo. «Si me encuentro en la calle con este dios que aparece en la foto, ni me pregunten por el condón.».

Así como existe la garra comercial del mercado AIDS, también sobreviven pequeños esfuerzos, cadenas de solidaridad y colectas chaucha a chaucha que algunos grupos de homosexuales organizan para paliar el flagelo. Podría decirse que estos precarios gestos brillan con luz propia. Se traducen en un mano a mano que hermana, que ayuda a parchar con nuestras propias hilachas la rajadura del dolor.

«LOS DIAMANTES SON ETERNOS»
(Frívolas, cadavéricas y ambulantes)

En el gueto homosexual siempre se sabe quién es VIH positivo, los rumores corren rápido, las carteras que se abren de improviso, los papeles y remedios tirados por el suelo. Y no falta la intrusa que ayuda a recoger preguntando: ¿Y este certificado médico? ¿Y tanto remedio y pastillas? ¿Y estas jeringas niña? No me digas que eres adicta.

En estos lugares, donde anida fugaz la juerga coliza: organizaciones para la prevención, movimientos políticos reivindicativos, eventos culturales, desfiles de modas, peluquerías y discothéques, nunca falta la indirecta, la talla, el conchazo que vocea alaraco la palidez repentina de la amiga que viene entrando. ¡Te queda regio el sarcoma linda! Así, los enfermos se confunden con los sanos y el estigma sidático pasa por una cotidianeidad de club, por una familiaridad compinche que frivoliza el drama. Y esta forma de enfrentar la epidemia pareciera ser el mejor antídoto para la depresión y la soledad, que en última instancia es lo que termina por destruir al infectado.

En uno de estos lugares, al calor delirante de la farra marucha, es fácil encontrar una loca positiva que acceda a contestar algunas preguntas sobre el tema, sin la mascarada cristiana de la entrevista televisiva, sin ese tono masculino que adoptan los enfermos frente a las cámaras, para no ser segregados doblemente. Más bien jugando un poco con el aura star de la epidemia, así, revertir el testimonio, el indigno interrogatorio que siempre coloca en el banquillo de los acusados al homosexual portador.
-¿Por qué portador?
-Tiene que ver con puerta.
-¿Cómo es eso?
-La mía es una reja, pero no de cárcel ni de encierro. Es una reja de jardín llena de florcitas y pájaros.
-¿Barroca?
-No sé lo que es eso, puede ser, una verja llena de cardenales.
-¿Y adónde conduce?
-Al jardín del amor.
-¿Se abre?
-Siempre está abierta de par en par.
-¿Y qué hay en el jardín?
-Un asiento también de fierro, igual que la reja llena de...
-Pájaros y florcitas.
-Y también corazones.
-¿Partidos?
-Bueno un poquito, alguna trizadura por aquí, otra por acá, pero sin flechas. Eso del angelito cupido es cuento hétero, en vez de flechas, jeringas.
-¡Uy qué heavy!
-¿Qué tanto? Si los pinchazos ahora me excitan.
-Bueno, estábamos en el amor. El jardín portador del amor. ¿No crees que te corres del tema?
-Siempre, nunca tienen que saber lo que estás pensando.
-¿En qué estás pensando?
-Yo no pienso, soy una muñeca parlante. Como esas Barbys que dicen 1 love you.

-¿Hablas inglés?
-El sida habla inglés.
-¿Cómo es eso?
-Tú dices Darling, I must die, y no lo sientes, no sientes lo que dices, no te duele, repites la propaganda gringa. A ellos les duele.
-¿Y a ti?
-Casi nada, hay muchas cosas por las que vivir. El mismo sida es una razón para vivir. Yo tengo sida y eso es una razón para amar la vida. La gente sana no tiene por qué amar la vida, y cada minuto se les escapa como una cañería rota.
-¿Es un privilegio?
-Completamente, me hace especial, seductoramente especial. Además tengo todas las garantías.
-¿Cómo así?
-Mira, como portador, tengo médico, sicólogo, dentista, gratis. Estudio gratis. A quien le cuento el drama se compadece y me dice al tiro que sí a lo que pido.
-Menos al amor.
-Bueno, a la gente le gusta que tú te mueras, se sienten más vivos, más seguros. Pero los portadores estamos más allá del amor. Sabemos más de la vida, pero por descuentos. Este mismo minuto yo soy más feliz porque no habrá otro.
-Nunca hay otro para nadie.
-Pero no es lo mismo; tú verás nevar alguna vez si vas a Farellones o a otra parte donde van los ricos. Pero yo nunca, porque puede que ya no esté. Y esa nieve se derrite siempre antes que yo llegue. Es un sueño que siempre tengo. Pongo la mano para recibir un copo y me cae agua. ¿Te fijas? Algo siempre está partiendo.
-¿Cómo una carrera contra el tiempo?
-Se me evapora el alma antes de llegar.
-¿Cómo la canción?
-Claro, pero sin música. Los deseos, las ganas. Ahí estamos tratando de agarrarlos.
-¿Y ser viejo?
-Bueno, ahí tienes otra garantía. Nunca seré vieja, como las estrellas. Me recordarán siempre joven.
-¿Y si encuentran el remedio?
-Me muero igual, porque de aquí a que llegue a Latinoamérica, y a qué precio. ¿Te imaginas lo que va a costar? Como siempre, se salvan las ricas primero.
-Como el AZT
-Sí, pero para mí, el AZT es como la silicona, te alarga, te agranda, te engorda, te pone unos tiempos más de duración. Hay travestis que se lo inyectan ellos solos.
-¿El AZT?
-No, la silicona. En la Sota de Talca, un travesti me dijo que estaba esperando la bencina para el avión. Y yo pensé que era el AZT. No niña, me dijo, es para las pechugas. ¿Y cómo lo haces? En una clínica supongo. Nada que ver, no tengo plata para eso. Me compro dos botellas de pisco, me tomo una, cuando estoy raja de curá con un gillete me corto aquí. Mira, abajo del pezón. Ahí no hay muchas venas y no sangra tanto. ¿Y? Cachay que la silicona es como jalea. Como esas lágrimas de mar que hay en la playa. Bueno, te la metes por el tajo y después con una aguja con hilo te hacís la costura. ¿Y la otra botella de pisco? Te la echaí en la herida y te tomaí el resto. Quedaí muerta de cocida, después el peso de la silicona cae y te tapa la cicatriz, no se nota. ¿Veí?
-Eso era en Talca. ¿Hay mucho sida por allá?
-Igual que en todas partes. Ahí supe que los travestis le dicen la sombra.
-¿Cómo?
-Se pegó la sombra dicen. Es bonito fija té. Es como la sombra de los ojos. ¿Te Fijas que todos los que tenemos sida, tenemos una mirada matadora?
-Sin regreso...
-¿Te fijas que algo se va cuando dejas de mirarme? Algo se rompe. Mírame

-Te estoy mirando.
-No, no me estás mirando a mí, estás mirando mi muerte. La muerte tomó vacaciones en mis ojos.
-¿Por qué tanta poesía? ¿Te ablanda el drama? ¿Es más soportable?
-Mira, yo no hablo de poesía, más bien de poseída.
-¿Y escribes?
-A veces, en esos días abochornados cuando está a punto de llover. Me gustaría que estuviera lloviendo cuando... Cuando me llegue la hora pues, las flores duran más tiempo con el agua.

ESAS LARGAS PESTAÑAS DEL SIDA LOCAL

Los funerales de una loca contagiada por el sida se han transformado en un evento social. Una exhibición de, modelos Calvin AIDS, recién estrenados, primorosamente escogidos, para despedir a la amiga como se lo merece, como nunca lo soñó en el dorado aeropuerto de «Nunca jamás».

El estigma de la plaga, que en los ochenta hacía huir como ratas a las amigas, negando mil veces haber conocido a la occisa, Esa virulencia homofóbica que entonces mostraba cortejos de cuatro pelagatos acompañando un ataúd huacho. Un pobre cajón rodeado de familiares tolerantes y de alguna loca camuflada de temor bajo el anonimato de las gafas. Ahora es otra cosa mariposa. En los noventa, es el acontecimiento que concentra la atención de un público atento, esperando paciente el deceso para ponerse el modelito guardado especialmente para la premier luctuosa.

Ahora la muerte sidada tiene clase y categoría. Cualquiera no se despide del mundo con ese glamour hollywoodense que se llevó a Hudson, Perkins, Nureyev y Fassbinder. Cualquiera no ostenta ese look de manchas leopardas, ese tatuaje sidado que no se destiñe, fíjate. Por eso el adiós-AIDS es inolvidable en su fulgor momentáneo. Es un encuentro de pestañas quebradas y risitas tu-tú contenidas por la emoción. Es el esperado momento de homenajear a la finada luciendo esa faz pálida, como neogótica. Con mucha ojera violácea, haciendo juego con el discreto pañuelito que va a enjugar la única lágrima, en el único momento de tirar la única rosa, no, mejor el único pétalo, sobre el terso ataúd.

De esta forma, las locas engalanadas con el drama han hecho de su muerte un tablao flamenco, una pasarela de la moda que se burla del sórdido ritual funerario. Más bien, revierten la compasión que pesa como un juicio pecaminoso sobre el sida homosexual, lo transforman en alegoría. Con sus destellos coligüillos, amortiguan el duelo, lo colorean, lo refulgen, lo descargan de esa fetidez piadosa. Lo relucen con la ópera comediante le su llanto. Y nadie sabe si esa lágrima de diamante que rueda por su mejilla es auténtica. Nadie pondría en duda esa amarga gota escenográfica, que brilla lentejuela en el ojo de la última escena. Esas manos apenas temblorosas, que van midiendo cada pésame, cada condolencia, como si tomaran las medidas de un traje de noche. Como si cada gesto de pena fuera hilvanado en una basta de contención, en pliegues de dolor, que se ajustan al teatro mortuorio con los alfileres de la complicidad maricueca.

El sepelio de una loca sidada es para filmarlo. Acuden al evento las amigas revoltosas que tratan de amarrarse las trenzas con cintas de nerviosa seriedad. Un poco preocupadas, miran el reloj, pensando que la lista corre rápido. «Hoy por ti, mañana por mí», es el responso. Nadie sabe quién tiene pasaje de ida en el Boeing Z.A.Z, vuelo siete cero positivo. Ninguna puede reírse tanto. Menos esa flaca cabello de ángel que hizo el teatro del desmayo en el cementerio, y sus quejidos de perra asmática partían el alma.

Menos ella, que antes de sellar el cajón, como al descuido, le echó adentro cigarros y fósforos porque su amiga no podía dormir sin fumar.

SU RONCA RISA LOCA
(El dulce engaño del travestismo prostibular)

Como un milagro de medianoche, el travestismo callejero es un brillo concheperla que relumbra en el zaguán del prostíbulo urbano. Apenas un pestañazo, un guiño colifrunci, un desnudo de siliconas al aire, al rojo vivo de los semáforos que sangran la esquina donde se taconea el laburo filudo del alma ramera.

A toda lluvia, tiritonas de frío, calentando la espera con un cigarro barato; la noche milonga del travesti es un visaje rápido, un guiño fortuito que confunde, que a simple vista convence al transeúnte que pasa, que se queda boquiabierto, adherido al tornasol del escote que patina la sobrevivencia del engaño sexual. Pero la atracción de esta mascarada ambulante nunca es tan inocente, porque la mayoría de los hombres, seducidos por este juego, siempre saben, siempre sospechan que esa bomba plateada nunca es tan mujer. Algo en ese montaje exagerado excede el molde. Algo la desborda en su ronca risa loca. Sobrepasa el femenino con su metro ochenta, más tacoaltos. La sobreactúa con su boquita de corazón pidiendo un pucho desde la sombra.

El futuro cliente conoce el teatro japonés de ese maquillaje enyesado, pero igual se deja succionar por su propio engaño, igual engancha su deseo en las alas nylón de esas mariposas patipeladas que circundan las rotondas.

Esas pájaras garzas de larguísimas piernas, que van más allá de la Coco Chanel y su minifalda recatada. El futuro amante embelesado prefiere no pensar que bajo ese trapo hay una sorpresa, una cirugía artesanal del amarre, donde la transexualidad es otra ley de tránsito que desvía el rutinario destino del marido camino al hogar. El oficinista estresado en el autito a crédito, que no quiere llegar a su casa a ver «Cuánto vale el show», que odia volver temprano y tener que escuchar la secuencia de quejas, gastos y pesares que le tiene su mujer en bandeja doméstica. Por eso detiene el auto para echar arriba ese fantasma de glamour a la deriva, ese insecto pegado al espejo retrovisor que de un salto se acomoda en la felpa del asiento. Y luego de regateos comerciales, por acrobacias y piruetas extravagantes, llegan a un acuerdo, y sellan el trato abaratando el costo al trasladar el motel al asiento reclinable del Toyota.

Después el travesti regresa a su «vereda tropical», contando el dinero ganado con su terapia fugaz. Los escasos billetes sustraídos al presupuesto de la familia chilena, que aún no le alcanzan para pagar el arriendo, menos para comprarse esos zapatos de Cenicienta que vio en el centro. Tampoco para mantener a su mamá y los hermanos chicos, que salen más caros que hobby de la Claudia Schiffer. Su pobre mamita, la única que la comprende, que le arregla la peluca y le echa condones en la cartera diciéndole que se cuide, que los hombres son malos, que nunca se suba a un auto con más de uno, que les tome la patente por si acaso, por si la dejan desnuda y toda quemada con cigarros como le pasó a la Wendy la semana pasada. Que no duerme pensando, rezándole a la virgen para que la acompañe en los peligros de la noche. Pero ella le contesta que su trabajo es así, nunca se sabe si mañana, en algún rincón de Santiago, su aleteo trashumante va a terminar en un charco. Nunca se sabe si una bala perdida o un estampido policial le va a cortar el resuello de cigüeña moribunda. Acaso esta misma madrugada de viernes, cuando hay tanta clientela, cuando los niños del barrio alto se entretienen tirándoles botellas desde los autos en marcha. Cuando se le quebró el taco

corriendo tras el Lada amarillo, y le ganó la Susy, más joven, más atinada. Puede ser ésta la última vez que vea la ciudad emerger entre los algodones rosados del alba. Así tan sola, tan entumida, tan gorriona preñada de sueños, expuesta a la moral del día, que se asoma tajeando su dulce engaño laboral.

HOMOERÓTICAS URBANAS
(o apuntes prófugos de un pétalo coliflor)

De escrituras urbanas y grafías corpóreas que en su agitado desplazamiento discurren su manuscrito. La ciudad testifica estos recorridos en el apunte peatonal que altera las rutas con la pulsión dionisiaca del desvío. La ciudad redobla su imaginario civil en el culebreo alocado que hurga en los rincones el deseo proscrito. La ciudad estática se duplica móvil en la voltereta cola del rito paseante que al homosexual aventurero convoca. La calle sudaca y sus relumbros arribistas de neón neoyorquino se hermana en la fiebre homoerótica que en su zigzagueo voluptuoso te plantea el destino de su continuo güeviar. La maricada gitanea la vereda y deviene gesto, deviene beso, deviene ave, aletear de pestaña, ojeada nerviosa por el causeo de cuerpos masculinos, expuestos, marmoleados por la rigidez del sexo en la mezclilla que contiene sus presas. La ciudad, si no existe, la inventa el bambolear homosexuado que en el flirteo del amor erecto amapola su vicio. El plano de la city puede ser su página, su bitácora ardiente que en el callejear acezante se hace texto, testimonio documental, apunte iletrado que el tráfago consume. Más bien lo plagia, y lo despide, en el disparate coliza de ir quebrando mundos como huevos, en el plateado asfalto del entumido anochecer.

Acaso, tal despliegue de energía no se place sólo en el amancebado culeo M pretérito encuentro. La, flama busquilla de la marica relampaguea siempre en presente y equivoca su captura en el espejo cambiante de su sombra. La ciudad se lo perdona, la ciudad se lo permite, la ciudad la resbala en el taconeo suelto que pifia la identidad con la errancia de su crónica rosa. Una escritura vivencial del cuerpo deseante, que en su oleaje temperado palpa, roza y esquiva los gestos sedentarios en los ríos de la urbe ^que no van a ningún mar. Un carreteo violáceo del patinaje, la mirada, el vitrineo o el cambiarse de local en cada vuelta de esquina, y este despiste, esta mariguancia teatrera, es el viso tornasol que dificulta su fichaje, su cosmética prófuga siempre dispuesta a traicionar el empadronamiento oficial que pestañea al compás de los semáforos dirigiendo el control ciudad-ano.

La vida en la city moderna traiciona el avatar sorpresivo del instante con las sendas planificadas' por su calendarizado tedio. Para la loca, el mañana es un cuento demasiado literario que la sumerge en un bostezo aburrido. El minuto futuro que hace correr al oficinista para ver el noticiario, es un aguachento después que ella sabe, conoce su olor reiterado que la detiene a pensar-se, a darse cuenta de lo que es, a sentar la cabeza como le decía su padre. Una depre que estanca su intensidad movediza y la fija al territorio de la ideología sujetándola a la cínica civilidad, como un insecto pegado a un papel matamoscas. Quizás, la ideología tenga que ver con la búsqueda de la piedra filosofal, la joya auténtica, o ese fulgor de lucidez por el que los hombres venden hasta la madre. Pero a estas alturas del siglo, «los diamantes ya no son eternos» y el príncipe no era tan valiente, era pura pantalla su lucha utópica con el dragón de la injusticia, era puro bluf su cuento defendiendo al débil, y al final terminó enredado en las sábanas del «gigante egoísta». Al final, la princesa tuvo que apechugar con las causas perdidas. Y de perdida en perdida, siguió machacando sola la ruindad burguesa que enmugrece las calles. Huérfana de norte y sueños sureños, la loca desprecia la brújula. Su destino engalana el deseo y lo hierve acalorado en las púas del eriazo. La marica, allí cree que lo encuentra y lo mama, lo atraca y lo deja partir apenas archivado en su abanico manoteado de abrazos.

El despiste arrebata su huella del mapa vigilante, la desaparece el rápido volaje del «casi ni me acuerdo» que repite apurada. El mismo casi recién de esa escena olvidada en el chupeteo glande llenándole la boca. Esa boca loca del placer lenguado que sorbe pero no traga. Esa boca nómade que garabatea las vocales de un sexo urbano con la baba de la beba sodomita. Así, de falo en falo, la acrobacia de la loca salta de trapecio en trapecio. Apenas cebado un hombre, lo suelta para repetirse incansable: «No al amor, sí al casi ni me acuerdo.»

La memoria maricola es tan frágil en el cristal de su copa vacía, su vaga historia salpica la ciudad y se evapora en la lujuria cancionera de su pentagrama transeúnte.

«El mismo el mismo loco afán»

(Uf, y ahora los discursos)

MANIFIESTO
(Hablo por mi diferencia)

No soy Pasolini pidiendo explicaciones
No soy Ginsberg expulsado de Cuba
No soy un marica disfrazado de poeta
No necesito disfraz
Aquí está mi cara
Hablo por mi diferencia
Defiendo lo que soy
Y no soy tan raro
Me apesta la injusticia
Y sospecho de esta cueca democrática
Pero no me hable del proletariado
Porque ser pobre y maricón es peor
Hay que ser ácido para soportarlo
Es darle un rodeo a los machitos de la esquina
Es un padre que te odia
Porque al hijo se le dobla la patita
Es tener una madre de manos tajeadas por el cloro
Envejecidas de limpieza
Acunándote de enfermo
Por malas costumbres
Por mala suerte
Como la dictadura
Peor que la dictadura
Porque la dictadura pasa
Y viene la democracia
Y detrasito el socialismo
¿Y entonces?
¿Qué harán con nosotros compañero?
¿Nos amarrarán de las trenzas en fardos
con destino a un sidario cubano?
Nos meterán en algún tren de ninguna parte
Como en el barco del general Ibáñez
Donde aprendimos a nadar
Pero ninguno llegó a la costa
Por eso Valparaíso apagó sus luces rojas
Por eso las casas de caramba
Le brindaron una lágrima negra
A los colizas comidos por las jaibas
Ese año que la Comisión de Derechos Humanos
no recuerda
Por eso compañero le pregunto
¿Existe aún el tren siberiano
de la propaganda reaccionaria?
Ese tren que pasa por sus pupilas

Cuando mi voz se pone demasiado dulce
¿Y usted?
¿Qué hará con ese recuerdo de niños
Pajeándonos y otras cosas
En las vacaciones de Cartagena?
¿El futuro será en blanco y negro?
¿El tiempo en noche y día laboral
sin ambigüedades?
¿No habrá un maricón en alguna esquina
desequilibrando el futuro de su hombre nuevo?
¿Van a dejarnos bordar de pájaros
las banderas de la patria libre?
El fusil se lo dejo a usted
Que tiene la sangre fría
Y no es miedo
El miedo se me fue pasando
De atajar cuchillos
En los sótanos sexuales donde anduve
Y no se sienta agredido
Si le hablo de estas cosas
Y le miro el bulto
No soy hipócrita
¿Acaso las tetas de una mujer
no lo hacen bajar la vista?
¿No cree usted
que solos en la sierra
algo se nos iba a ocurrir?
Aunque después me odie
Por corromper su moral revolucionaria
¿Tiene miedo que se homosexualice la vida?
Y no hablo de meterlo y sacarlo
Y sacarlo y meterlo solamente
Hablo de ternura compañero
Usted no sabe
Cómo cuesta encontrar el amor
En estas condiciones
Usted no sabe
Qué es cargar con esta lepra
La gente guarda las distancias
La gente comprende y dice:
Es marica pero escribe bien
Es marica pero es buen amigo
Súper-buena-onda
Yo no soy buena onda
Yo acepto al mundo
Sin pedirle esa buena onda
Pero igual se ríen
Tengo cicatrices de risas en la espalda
Usted cree que pienso con el poto
Y que al primer parrillazo de la CNI
Lo iba a soltar todo
No sabe que la hombría
Nunca la aprendí en los cuarteles
Mi hombría me la enseñó la noche

Detrás de un poste
Esa hombría de la que usted se jacta
Se la metieron en el regimiento
Un milico asesino
De esos que aún están en el poder
Mi hombría no la recibí del partido
Porque me rechazaron con risitas
Muchas veces
Mi hombría la aprendí participando
En la dura de esos años
Y se rieron de mi voz amariconada
Gritando: Y va a caer, y va a caer
Y aunque usted grita como hombre
No ha conseguido que se vaya
Mi hombría fue la mordaza
No fue ir al estadio
Y agarrarme a combos por el Colo Colo
El fútbol es otra homosexualidad tapada
Como el box, la política y el vino
Mi hombría fue morderme las burlas
Comer rabia para no matar a todo el mundo
Mi hombría es aceptarme diferente
Ser cobarde es mucho más duro
Yo no pongo la otra mejilla
Pongo el culo compañero
Y ésa es mi venganza
Mi hombría espera paciente
Que los machos se hagan viejos
Porque a esta altura del partido
La izquierda tranza su culo lacio
En el parlamento
Mi hombría fue difícil
Por eso a este tren no me subo
Sin saber dónde va
Yo no voy a cambiar por el marxismo
Que me rechazó tantas veces
No necesito cambiar
Soy más subversivo que usted
No voy a cambiar solamente
Porque los pobres y los ricos
A otro perro con ese hueso
Tampoco porque el capitalismo es injusto
En Nueva York los maricas se besan en la calle
Pero esa parte se la dejo a usted
Que tanto le interesa
Que la revolución no se pudra del todo
A usted le doy este mensaje
Y no es por mí
Yo estoy viejo
Y su utopía es para las generaciones futuras
Hay tantos niños que van a nacer
Con una alíta rota
Y yo quiero que vuelen compañero
Que su revolución

Les dé un pedazo de cielo rojo
Para que puedan volar.

NOTA:

Este texto fue leído como intervención en un acto político de la izquierda en septiembre de 1986, en Santiago de Chile.

EL PROYECTO NOMBRES
(Un mapa sentimental)

El Proyecto Nombres o Quilt (paño o tejido) es una empresa que como muchas otras, se inscribe en las ondas enlutadas que se expanden por las víctimas del sida. Familiares, parejas o amigos, testimonian a modo de cartas artesanales, la memoria en punto de cruz sobre la ropa del fallecido. Tales marcaciones de nombres en la ropa remiten a cierto cuidado de manos maternas que bordan los uniformes de colegio, los pañuelos, los guardapolvos, las camisas. Para que no se extravíen, para que no se confundan en el largo viaje que emprende el deudo sidado.

Una trama que se inició en 1987, en Estados Unidos, cuando el primer pariente se propuso confeccionar la arpillera del epitafio con las prendas del recuerdo, con las babas hiladas de la supuración.

Los Quilts se van multiplicando casi paralelamente con la epidemia, hasta conformar un gran mapa de sudarios que fue expuesto en Washington, frente a la Casa Blanca, como enorme pista de despegue al otro mundo. Un aeropuerto alfombrado de prendas personales, que en su último aliento, se transforman en objetos de exhibición rasgados por la ausencia.

Este tapiz monumental, autografiado por Elizabeth Taylor, viaja por el mundo desplegando en sus dobleces la última noche fileteada por el contagio. La última sexualidad despreocupada, libertina en el desahogo sin condón. Fechas y nombres se desposan en esta sábana de azahares amargos. Nombres caligrafiados en blondas y cintas. Nombres cosidos a la mezclilla que no alcanza a inflar los muslos, tantas veces acariciados, tantas veces estrujados, y que se fueron adelgazando en la comprensión de la enfermedad.

Marcaciones de letras que se funden en etnias y culturas diversas. Cruces transculturales que se encuentran en el roce de lija que une estos ajuares. Nombres rutilantes en hilos de oro como Foucault, Hudson, Liberace, Nureyev, se saludan con el anónimo «LOUIS, ANOCHE NO PARECÍA QUE IBA A LLOVER», «MICHAEL, NO ALCANCÉ A DECÏRTELO», «CARLOS, EL TIEMPO FUE, FUE UN TIEMPO». Pequeños recados, susurros en pasamanería, postdatas en cursiva alargan el eco del llamado. Nombres sordos, rehilados, redichos, mascados, repetidos mil veces antes del enjuague espumoso que se traga al recibir la noticia.

Nombres que se invocan sin referente, nombres que el recuerdo reinventa, pega o cose meticuloso para arrancarlo de la desfunción. Nombres deshilachados en la sumatoria de Kaposi. Nombres como números sin cuerpo, que el estigma almacena en este calendario de fin de siglo.

La moda marchita

Al igual que banderas de naufragio, los Quilts van parchando el corazón con los restos indumentarios que alguna vez erotizaron el cuerpo del castigo.

Así fuera un gran supermarket, un vestuario post mortem de telas y ropas con poco uso, recicladas como evidencia de la plaga permeada a través de la moda. Una colección de pilchas marchitas por el desinfectante flamean como estandartes luctuosos, como banderas de pérdida, de géneros descoloridos por el sudor bajo la axila. Pañuelos derrotados, moteados de lunares al goteo de pústulas y sueros. Paños desvaídos, donde el color perdió su brillo con el roce clínico.

Pareciera que un aura rosa reflotara estos despojos. Un vapor revenido se desprendiera de la' camisa a rayas, empalideciendo en los barrotes de las líneas, al liberar el pulso vital. Así como el short de lycra, fetiche de la moda, acariciado, lamido y expuesto en este manoseo trágico para su contemplación, en ausencia del relleno. Ropa de noche, recamada en lentejuelas, que no se pudo lucir por el peso de las costras doradas. Un buzo deportivo ocupado en una corta carrera, una acezante gimnasia que terminó en desmayo. La bata de seda china para levantarse, que desfallece sobre la cama sin poder levantarse. El cuello almidonado, rígido, casi nuevo de la camisa tropical que llegó de regalo, que la trajeron con tanto cariño para reavivar la palidez, para alegrar un poco la facha con palmeras y frutas; pero fue arruinada por el vómito de sangre. El terno Óscar de la Renta que le compró la familia para que el enfermo muriera uniformado, para que en el último adiós pareciera hombre, ahorcado por la corbata italiana. Tal como lo soñara el padre, cuando hacía planes de abogado para el hijo que le salió raro. Ese terno como uniforme de colegio, que a la hora del funeral le quedó al cadáver como abrigo. El pijama de raso rojo que a la pareja gay le gustaba tanto, que siempre se lo ponía después de... cuando tomaban el desayuno mirándose a los ojos, compartiendo el café y las tostadas del apocalipsis.

En fin, un vértigo de pasarelas donde caen las pieles sidadas de la moda. Un derrumbe de algodones y terciopelos, que en su rebaja de luto se convierten en el look agónico, en el look de un postrero desfile, donde se traviste la falta con los fragmentos que encintaron la vida.

Un excedente de ropa que después del sepelio aparece por todos lados como si tomara vida propia. Ropas fantasmas, escondiéndose, flotando, jugando a camuflarse en el closet con la ropa de los vivos. Y al menor descuido, cuando la puerta del ropero queda entreabierta, aparece una manga o puño en su manca fantasmagoría. Aparece el traje de domingo listo para salir, contradiciendo su antiguo contenido. Que ya no está, que por fin se olvidó, que a pesar del cariño su recuerdo comenzó a esfumarse, después de tantas noches y noches en desvelo. Después de tantas lágrimas, aún se empeña en reaparecer en la arqueología trapera de sus vestigios.

Necrópolis de pieles

Cuadros de telas, lanas y bordados, como patchwork de cirugías, como pedazos de injertos, arman este mosaico que reitera en su composición las lozas mortuorias. Pero que invierte el frío de la lápida por el sutil broderie, que amortigua la caligrafía del nombre.

Estos trabajos parecieran un cementerio naif que rescata en su cromatismo estridente los momentos felices, los cumpleaños, los aniversarios, las navidades, la última fiesta sepiada en la foto donde aparece el muerto, ya muerto, adelantadamente muerto por el chispazo del flash.

Un vasto museo del sida se descompone en restos de pelo y uñas encorvadas que florecen en estos tapices, como nuevas necrópolis que adornan las grietas de la modernidad. Pareciera que en ese país (Estados Unidos), donde todo es seriado, ésta fuera la única

artesanía sentimental donde estampar los fluidos de la tragedia. La única gasa, el único tul o brocado que la pasión echó por tierra en el estruendo taquillero de la epidemia.

Algo de colorear la muerte une estas cartas con las animitas de Latinoamérica. Un intento barroco de adornar la fatalidad con el festejo colorido pinta triste las flores plásticas, las fotos quemadas de sol, los juguetes y cintas de cumpleaños que palidecen en los nichos de la periferia. Algo en todo esto no permite la intrusión de una ojeada. Algo retorna la visión casi con desagrado. Algo en todo esto encandila los ojos como si vieran un carnaval pagano. Como si este «mal gusto», en definitiva, fuera la defensa de cierta intimidad latigada, de cierto territorio vulnerado que se protege con una montonera de recuerdos y fetiches y florcitas y corazones, como homenajes pobres para cubrir el dolor.

En Chile el C.E.P.S.S. una entidad de Concepción que trabaja por la prevención del sida, ha impulsado estos trabajos con los familiares de los muertos. Pero acá los materiales son diferentes, tampoco tienen la espectacularidad del primer mundo y nunca los autografiará Liz Taylor.

En uno de estos tapices, de un metro de ancho por cincuenta centímetros de largo, se lee «Víctor por siempre», bordado en lana roja, sobre saco de arpillera. Sin duda la primera lectura de este tapiz lo relaciona con Víctor Jara y su memoria de mártir en dictadura. Otras connotaciones proclaman estas expresiones locales, un cruce político inevitable las succiona en una marca de nombres sidados o desaparecidos, que deletrean sin ecos el mismo desamparo. Las manos que tejen son parecidas, pero una doble sombra semianalfabeta perfila su huella en el tizne de la ortografía. Un dígito de retazos que ponen en acción las morenas extremidades de América Latina para rearmar la pena con los hilos negros de su preñez.

«BIBLIA ROSA Y SIN ESTRELLAS»
(La balada del rock homosexual)

Seguramente la relación rock y homosexualidad es evidente cuando vemos los videoclips donde Freddy Mercury aparece-a todo gas, a toda voz cantando «We are the champions». Lástima que sólo es una canción, una balada hermosa que intenta configurar un espacio gay en el pesado y agreste mundo rockero. Entonces a Freddy ya se le notaba cierta aureola de fracaso, ya nunca sería campeón, porque la cinta de su voz estaba cortada a medio show, a medio concert la noticia de la estrella sidada remeció los estadios donde la banda gorgoreaba su espectáculo. Había que reconocer entonces que rock, homosexualidad y sida se daban la mano. De allí en adelante el grupo Queen pasaría a la enciclopedia rockerá, manchando sus páginas con la saliva amarga de la epidemia. No era el primero, tampoco el último, pero su famosa muerte abriría la cortina sodomita del rock concert.

Cuando Ney Mattogrosso, la loca más fulgurante del gay carioca, inauguró el primer Rock in Río, pareció establecerse un precedente. La homosexualidad tenía un lugar en la estridencia musical, sobre todo aquí en América Latina, en el primer evento mundial de la música rockera después de Woodstock. Pero, al correr el espectáculo, las alas de murciélago en las orejas de Ney parecían no escuchar las pifias y gritos de desagrado de los heavy-metal, asqueados por la operática flauta de la bicha. Más de cabaret travesti que de rock concert. Más de Dama de las Camelias que de Jimmy Hendrix.

Seguramente, Brasil equivocó su carta de presentación al poner su mejilla gay, la pluma dorada de los turistas, a competir con los cueros negros y llamaradas de azufre de los machos rockeros. Aun así, la garganta plateada de Ney quebró la cartelera de estrellas previsible, y años más tarde se duplicó, cuando Nína Hagen entró al escenario de Barra de Tijuca enarbolando la marcha triunfal de *Aída*. Para la histriónica nórdica no hubo pifias, los pesados sudacas se tragaron la performance sublimados por la walkiría. Los mismos que antes escupieron la saudade nostálgica de Ney

Dos décadas atrás Andy Warhol, impulsando el delirio-music, creyó delinear cierta poética homosexual en el experimento Velvet Underground. Un sello musical en el escalofrío púrpura de los sesenta. Su figura central, el enigmático Lou Reed y su fantasmagórica corte.

Lou había nacido en 1944 en los pantanos de Long Island, y desde allí, bordeando la espesa niebla neoyorquina, imaginó su lunática travesía por el metro de terciopelo. El nombre lo recogió de una novela pornográfica de gran éxito en el circuito underground. Una historia de días felices y bacanales de LSD al interior del esfínter subterráneo de Nueva York. Eran los inicios del gay power, las proclamas reivindicativas de Stonewall, las marchas políticas y las revoluciones sexuales. Todo ese polen hippie flotando en el aire, todas esas emancipadas causas que más tarde serían abortadas por el pistilo violáceo de la flor de Mayo. Pétalos y estambres que el mismo repudiado sistema pondría en su tumba.

Desde entonces los cultores del gay rock y del glam rock, como Lou Reed, su amigo David Bowie, Marc Bolan y otros, pasaron a la iconografía nostálgica del espectáculo. Sin

poder demarcar una poética homosexual subversiva al interior del código macho rockero. Dejando solamente para el recuerdo la sombra andrógina de aquella escena.

Un imaginario intersexual que al ser estallado por el mercado se convirtió en receta de éxito, en seducción de marketing para los millones de fanáticos que descargan los voltios a través de la contorsión calentona del ídolo. Una forma de anular esos primeros trazos de homosexualidad en el rock fue la masificación de su montaje. El plagio retocado de una diferencia minoritaria, la articulación de un travestismo macho a través del maquillaje. Pura pintura, puro make-up de reventa que explotó el grupo Kiss, con sus besos de rouge violados por la penetración del clavijero. Puro amariconamiento teatral para llenar el deseo estruendoso de los fans. Pura pose sodomita de Mick Jagger, succionando el micrófono como un pene. Sólo electricidad a pilas para un Robert Plant agotado de subir «La escalera al cielo», con la culebra arrugada bajo el jeans. Puras lenguas fálicas en el desborde del argot rockero que puso a la venta el mercado. Como si la música fuera la excusa para escenificar una erótica bisexual para todo consumidor. Una erótica del videoclip que suplantó los acordes, la técnica acústica que sepultó el sonido con el agotamiento infinito de posibilidades.

Entonces sólo queda la imagen, la propulsión de cuerpo mecánico musicalizado por el temblor de la retina. Un cuerpo homosexualizado por la transacción de la demanda. Un Michael Jackson que se las juega al Peter Pan. Todo el mundo sabe que se le quiebra la coliza en su dance acrobático, pero él no lo admite y se casa con la hija de Presley para seguir el engaño transexual de la farándula. También el dulce Boy George, jugándose la geisha inglesa en su mejor apropiamiento del código posmoderno, para después retomar el terno y la corbata.

Mucho gesto, mucha caricatura, mucho desgaste del módulo andrógino en la superventa de su staff. Y al final, poco y nada de homosexual como discurso infractor en la música popular Apenas chismes, cotorreos de farándulas, que se dice que, se habla de, se le vio en esa disco gay, aparece con un tipo raro en esa foto de la revista Caras. Mucho de propaganda, utilizando la máscara de la bisexualidad. Esa vieja, vieja trampa del mundo estelar también es un clisé, una apuesta de marketing, más allá que esta doble militancia sea verdadera.

Así, el rastro marcado difusamente en los años sesenta se pierde en la pérdida, se diluye en la parodia homosexual utilizada por el mercado rockero que asfixia el deseo con su catarsis de éxtasis colectivos. Quizás nunca hubo rastro, más bien algunos tics que sucumbieron bajo las cadenas y metales de la institución rockera ligada a lo masculino. Más bien, bajo la erección de la guitarra eléctrica como un pene musical penetrando los oídos. Desplazamiento de la guitarra española, curvilínea y mujer, más sensual, menos agresiva que la guitarra eléctrica. Una estilización en vértices agudos del instrumento original, más activa, más punzante como discurso de rebeldía Casi un arma, una metralla musiquera, como desacato frente al sistema disciplinario con que el poder anulaba la fiebre juvenil. Una estrategia fallida de enfrentar al poder con sus mismos signos, con los mismos cuadros de choque que en el rock se llaman «bandas», donde se excluye á- mujeres y homosexuales, desde una historia de billares y clanes motorizados que surgieron en el cincuenta. Grupos de esquina y patotas que rivalizaban a tajos la posesión del territorio. Bandas y grupos, patillas y cueros negros, que trazaron una poética del descontento, pero en su metamorfosis juvenil privilegiaron lo masculino como hegemonía de fuerza y violencia.

En el mundo homosexual no existen las «bandas», tampoco sus agrupamíentos casuales tienen esa complicidad de machos, ese compradrazgo que los une al calor de las bolas. Los homosexuales no arman «bandas», sus desplazamientos son más furtivos, más nómadas, por la misma errancia sexual que los desune. A lo más, en los sesenta, se formaron algunos grupos de pantalla-disco como Village People. Una camionada de músculos, cadenas, bigotes y bototos, que llevaron al extremo la masculinización de lo gay fabricado en

yanquilandia. Uniformes de marineros y policías eyaculaban al compás de «In the Navy». Difícilmente su puesta en escena musical inspirada en los dibujos de Tom de Finland podía diferenciarse del look agresivo de los machos rockeros. Es más, cuando estuvieron en el Festival de Viña, por los ochenta, nadie supo que estos superhombres eran las estrellas del Gay Power. Ni siquiera los homosexuales chilenos, que escuchaban su «Macho, macho man» sin adherir especialmente con esta música. Muchas locas nacionales preferían el look Travolta del trajecito y los vuelos, y bailaban el disco dance de los Bee-Gees por el amariconamiento de las voces. Adoraban a Gloria Gaynor y su «Qué alta está la luna» o «Sobreviviré». Pero su delirio, su verdadera diva musical, era Donna Summer, sobre todo cuando cantaba «Last Dance». Quizás, una complicidad latinoamericana, no infló mucho al Village People. «Demasiado brutales con sus uniformes de milicos, parece que le rinden tributo al régimen imperante», dijo una loca separándose las pestañas.

Para América Latina, la bella durmiente de las utopías, un vistazo desde lejos tiñe de rosa su fotocopia de hit-parade. Más aún para los homosexuales, que aún no arman un movimiento continental. Aun así, en Brasil, varias voces irrumpieron en el ranking popular con una balada semidefinida, más jazzista, más bossa nova que rockeros. Tal vez, más consecuentes con los ritmos folclóricos y las tradiciones afro que nutren la sangre melódica de ese país. Un set de voces lésbicas y homosexuales que incidieron en la vanguardia musical, verdaderos ídolos de la masa brasileíra que conoce a todo gas su preferencia sexual. Y pareciera que este condimento, esta saudade, aumentara el gusto por figuras como Gal Costa, Gilberto Gil, la inolvidable Simonne, llorada por todo Brasil, Caetano Veloso y su hermana María Bethania, gusto de oficinistas para algunos, pero popular con su lesbianismo a toda carátula, Ney Mattogrosso, la bicha tornasol de Ipanema, Cashuza, caído en los ramajes del sida como otros que ya se rumorea, ya se dice que Ney está tan triste y tan flaco. ¿No será que?

De toda Latinoamérica, el país que tiene más tradición rockera es Argentina. Debe ser por su cosmopolitismo y su poca contaminación con la indiada local. El fenómeno rockero prendió bien en este país que se jacta de tener balcón a Europa. Así, entre los contoneos de Charly García que se dice y desdice, que puede ser porque viva la modernidad y abajo las tradiciones. Entre los surrealismos de Fito Páez que interroga al «Amor después del amor», tal vez, pudiera ser, capaz que lo era y yo no lo sabía che. Entre toda esta Babilonía del rock porteño, donde el tango macho es un señero para cualquier manifestación musical, surgen en la década setenta-ochenta dos grupos rock marcadamente gays por la parada colíza de sus vocalistas: los Abuelos de la Nada, con Miguel Abuelo en malla de seda, y Virus, con Federico Moura más gótico y new wave. Ciertamente todo Buenos Aires vaciló la fusión pop de estos grupos, sin darle mayor importancia a la evidencia marica de Miguel y Federico. Tampoco sus letras eran suficientemente homosexuales, más la interpretación, ciertos vientos latinos que adosaron al timbre eléctrico de los temas, cierto vacilón reggae, cierta cadencia trola al poner la voz, al cantar «En taxi-boy Hotel Savoy y bailamos.» Casi ambiguos, nunca tan locas. Aunque Miguel Abuelo era un- espectáculo aparte meneando la cola al aullido de sus fans. Parecía que el Estadio Obras iba a quedar sin techo al sonar las trompetas de sus «Mil horas». Parecía un pibe la loca treintona cantando «La otra noche te esperé bajo la lluvia dos horas, mil horas, como un perro». Después pasaba la piba triste con «Luego tú llegaste me miraste y me dijiste loca, estás mojada, ya no te quiero». Para Federico Moura, en cambio, el estilo cult le quedaba mejor a su loca más controlada, más estetizada por el rigor negro del pop inglés. Ambos eran parte de la familia rockera argentina, y también sus hermanos entraban en la ola rosa que emanaba de las bandas. Se hablaba de los hermanos Abuelo y los hermanos Moura, cuando la visibilidad de Virus y Abuelos se debía a la pose marica de sus vocalistas. Debe ser por la costumbre medio siciliana de los che que hasta en la vanguardia arman familia.

Pocos años duraron estas semirreinas del pop argentino. Las «Mil horas» de Miguel se desgranaron rápido con las campanadas del sida. Sus algodones negros le asfixiaron la voz y nunca más el Estadio Obras tembló «Bajo la lluvia dos horas». Fue el primero en desaparecer bajo el estigma de Kaposi. Luego le tocó a Federico que se mantuvo en el escenario casi hasta último minuto. A Chile vino poco antes de morir, y fue casi teatral su montaje HOMOSIDA-ROCK que se vio en la pantalla. Delgado y lineal como un espíritu que parte, apenas balanceado, como una flama que zigzaguea antes de apagarse. Parecía la escenificación de un chiste cruel, una balada de réquiem para el rock homosexual. Y el nombre «Virus» del grupo se lo llevó Federico como marca registrada.

Pero todavía quedan otros y otras que la enfermedad quizás no ha tocado, como Fernando Noy, más teatrera del under rock que cantante, la princesa de las cloacas porteñas. La amiga de Batato Barea, la loca más señora y puta de Buenos Aires. La que impuso esa representación doméstica del travesti que después la copió Pourcel para su programa. Batato o la señora Batata, que invirtió el glamour de los tacos y las plumas por las chancletas y los tubos en el pelo. La parodia travesti de la típica ama de casa, la mujer popular que barre la vereda para chismear con la vecina. Un personaje cálido de la barriada porteña, un homenaje a esa anónima dueña de casa, un tributo tal vez a su madre le rindió Batato con su travesti sin brillos. Su travesti semicantante, semiactor, semi de todo. Tan versátil que no pudo resistirse a la última función homosexual del siglo, la última patinada por Santa Fe y Callao, la última vez de ver el último Buenos Aires, antes de caer en cama trizado por la sombra.

Pero siguen quedando otras, en este caso la pareja lésbica de Celeste Carvallo y Sandra Mihanovich que pegaron un tremendo batatazo con su amor prohibido. Todo Argentina algo sabía, se rumoreaba que las vieron en la marcha gay, tomadas de la mano. Es que son muy amigas. Pero tan amigas que se besan en la boca cuando cantan juntas «Soy lo que soy». Entonces vino el escándalo, y las declaraciones de amor de Celeste por Sandra y todo Buenos Aires se enteró que la rockera y la baladista dormían juntas. Hasta la mamá de Sandra apareció en televisión diciendo: Es que a las dos les gusta la misma música. Las chicas se quieren tanto che. Así, esta tortilla rock que remeció el ambiente cultural porteño puso un acento en la biblia rockera que privilegia tanto al sexo «fuerte». Tal vez, Sandra Mihanovich antes de conocer a Celeste pasaba por una femme baladista de la canción popular. En cambio la Carvallo, la amiga de todo el hippierio under, la Janis Joplin argentina, la blusera archirreconocida por su guitarreo sicodélico. La reina del rock rioplatense que enloquecía a la barra de péndex que le gritaban: Celeste Joplin, no te mueras nunca, seguí cantando con ese punch, seguí ensuciándote la voz con ese entrabamiento de laringe enmohecida que le puso el rock macho a la finada de Woodstock. Ese permiso para que la mujer entrara en el rock, ese desgarro de garganta que tenía la Janis, esa violencia de la mina diciendo «Para cantar rock, hay que cantar con los puños embarrados»... Ni tanto querida.

Quizás para América Latina el rock homosexual tome otro nombre que no suene a roca, demasiado áspero para nuestra garganta desnutrida. Otro nombre que corrompa la patriarcal estructura de rebeldía que nos dejaron los próceres de los tímpanos sangrantes. Al fin y al cabo estamos naciendo en este lunático fin de siglo, con apenas un murmullo, un roce de pasiones ocultas, el gemido de la seda como acompañamiento de nuestra indigente balada homosexual.

EL ROJO AMANECER DE WILLY ODDO
(o el rasguño letal de la doncella travesti)

Sobre todo a esa hora de tanto tráfico, el cortejo fúnebre recorrió las calles del centro venteando el púrpura de las banderas. Como un paréntesis de historia, pasó entre los comerciantes ambulantes, las bocinas de las micros y los gritos estrangulados de las Juventudes Comunistas que no dejaron de corear La Internacional a todo tarro. Sin ton ni son, sin precisar dónde poner la emoción, en qué frase, en qué verso combativo de aquella gloriosa marcha. Más bien desconcertados, sin saber dónde acentuar la rabia, dónde apuntar al asesino del Willy, muerto a manos de la noche cafiola y travesti.

El funeral no tenía la espectacularidad de otros cortejos de izquierda en la pasada dictadura. Apenas media cuadra de caras famosas y destempladas por el asombro. Algún político, algún figurín de teleserie y la murga bulliciosa de máscaras, zancos y saltimbanquis de teatro callejero, conocidos de Willy Oddo, uno de los integrantes de QUILAPAYÚN, el grupo musical pionero del neofolclor revolucionario, recién retornado al Chile democrático, recién instalado en Santiago, cuando aún al Willy le costaba relacionar esta puta ciudad moderna con el pueblucho que dejó al partir como refugiado político, cuando tenía tantos planes y proyectos como agente cultural de la Municipalidad. Y se lo pasaba recorriendo las calles en su autito, conversando con la gente, recogiendo antecedentes de todo lo ocurrido en el país de su ausencia, Porque la verdad, éste era un Chile desconocido para el Willy tantos años lejos, cantando las mismas canciones, la misma «Plegaria del labrador» para gringos solidarios. La misma cantata del «Pueblo unido jamás será vencido», que tanto emocionaba a los italianos chupando pastas con tuco. El mismo «Potito embarrado» del niño Luchín para la elegancia francesa. Las mismas huijas dolorosas de la Violeta Parra, reestrenadas mil veces para la piedad europea. El mismo avión, los mismos estadios y peñas de exiliados entonando la cueca del regreso, comiendo la empanada sintética y la humita de choclo congelado. Era mucho revolotear por el mundo, como la paloma roja expulsada del arca que nunca encontraba su islita. Y luego, después del diluvio, recién regresado, después de tanto cantar la protesta del martirio chileno, venir a encontrarse con esta muerte de tango de página amarilla, de riña callejera. Esta muerte sin ideología, de otra partitura musical, bolereada por el alcohol y la euforia del trasnoche. Porque el Willy nunca imaginó que ese sábado la ciudad llevaba un aguijón en el escote.

El Willy ya nunca sería tan feliz como en esa última fiesta. Nunca más se vería tan buen mozo, con ese atractivo madurón de los soñadores que musicaron la gesta. Con tanto amigo, tanto reencuentro, tanta gente cultural y artistas raros que tornaban y tomaban brindando por el Santiago postnoventa. Por eso cuando se acabó el alcohol, y todos se fueron a un lugar underground a seguir la fiesta, el Willy aún necesitaba estrechar su abrazo de retorno con la calle patipelá y lujuriosa. Aún le faltaba conversar cara a cara con la urbe pringada por el deseo ambulante.

Sobre todo al hundir el acelerador y llegar a la ganada Plaza Italia, la diva de los mítines, la estrella del NO, el epicentro de todas las marchas, donde flameó la primera bandera del plebiscito. Donde el bar Prosit repleto, aún humeaba del maraqueo sodomita y las cervezas. Y allí justamente bajo el neón azuloso, la pendejuela patín ofreciendo sus diecisiete

veranos de encanto travesti. Tan joven, que de lejos pasaba por mujer. Tan lampiña, que hasta de hombre, en la penumbra, pasaba por mina la diabla, tan niñita y ya laburando esos trotes.

Y quizás si el Wílly no la hubiera visto, si no hubiera chispeado el taco coliza en esa acera, llamándolo, frenando el auto para echarla arriba. Como quien se rapta un maniquí o una esquina de la ciudad para alargar la farra del «Nunca amanezca». Y si sólo hubiera sido eso, una canción de Serrat, una metáfora que pasa de largo, un deseo perlado en un rostro que esfuma el tráfico. Si no hubiera estado el semáforo en rojo, más encima en rojo. Tal vez, si la mocosa hubiera sabido quién era el Willy, si hubiera escuchado por casualidad al QUILAPAYÚN en el retumbar de su cultura disco. Si por lo menos no hubieran hablado de tarifas enfriando la comedia sentimental. Si no se hubiera atravesado el precio de la carne, musicalizado por «Todos los pobres del mundo». Esa tensión del tanto por cuánto, el forcejeo, el tira y afloja, el me pagaí o me bajo. Porque la pendeja no tenía sueños románticos que alteraran su tranza prostibular. Había una familia que mantener y por eso estaba trabajando. No tenía tiempo para conversar del ayer, y menos para escuchar canciones de protesta. Se lo dijo:

Y él pareció no escucharla,
Y ella amurrada, tragó saliva
Y él miraba afuera como si lloviera,
Y ella insistió con lo de la plata,
Y él se rió, pensando que no era por eso,
Y ella quiso bajarse del auto,
Y él la sujetó del hombro,
Y ella apretó algo en su cartera,
Y él sólo quería abrazarla,
Y ella no entendió el gesto,
Y él estiró el brazo,
Y ella hundió el puñal en la axila del Willy.

Porque nunca quise matarlo, dijo en la tele temblorosa la pendeja. Solamente darle un pinchazo para que se asustara. Y por eso salió huyendo, sin saber que la insignificante cortaplumas había roto esa arteria del sobaco que desangra el cuerpo en cinco minutos. «La vida no era eterna», como decía la canción de Víctor Jara. Y la mala sangre con la mala leche son hermanas de la misma suerte. Ella con sus cortos años ya lo sabía. Por eso enfrentó la prensa a cara lavada. Más bien, prisionera de su fatal adolescencia, cautiva de la noche pelleja y, su ingrato porvenir. Cantó su vida como si doblara una canción. Lo dijo todo, no omitió ningún detalle, cargando analfabeta la responsabilidad de asesinar un mito. Posó mansa, sumisa y nerviosa para el golpe eléctrico de los flashes. Cruzó, casi transparente, por el odio de la izquierda como si desfilara bajo un aluvión rosado de copihues. Dijo a todo que no, como diciendo sí. Pero fue enfática al aclarar que no era un crimen político.

Y por esa función televisiva le dieron varios años de condena. Largas vacaciones en la penitenciaría, en el siniestro patio que congrega a las locas convictas. Allí no tuvo problemas, al reencontrarse con viejas amigas del patín mohosas tras los barrotes. Tampoco le fue difícil ganarse un novio con su juventud, en esa jungla de machos templados por el encierro. As¡ mismo, con tanta facilidad como quien pisa un chicle, se pegó la sombra, que en el sidario penitencial crece como musgo venenoso por las paredes. Las desgracias nunca vienen solas, la colegiala travesti lo sabía desde chiquitita. Por eso no le pareció tan terrible esa catacumba terminal Ni siquiera los alaridos a media noche, ni esos brochazos de sangre que decoraban las celdas continuamente.

Quizás la pendeja, después de escuchar al QUILAPAYÚN en los cassettes que le prestaron los presos políticos. Luego de oír por horas «En esa carta me dicen que cayó preso

mi hermano... ». Tal vez, se encontró con un Willy que hubiera deseado conocer en otro momento. A lo mejor, por eso asumió el sida como una doble condena privada y sentimental, pensando que la vida era sabia, pero a veces tan injusta, por donde pecas pagas al degollar un gorrión con la caricia de un filo.

116

CARROZAS CHANTILLÍ EN LA PLAZA DE ARMAS

Parece revivir desde el pasado,
el fuego que ardió bajo cenizas,
el tiempo y la distancia
no lograron apagar...

LUCHO BARRIOS

En España, a los homosexuales mayores les dicen carrozas; así fueran arrugados carruajes que sentados en la plaza de armas esperan pacientes levantar algún cochero. Algún taxiboy que por unos pesos les engrase el vaivén de las caderas acolchado por la celulitis.

Acá en Chile, pueden ser los tíos o padrinos jubilados a los que nunca se les conoció una novia. Y envejecieron contestando la pregunta odiosa del casamiento con un reiterado: Para qué, si soltero se pasa tan bien. Y aunque la familia siempre tuvo la certeza, insisten con la mascarada social que repite: El tío es tan mañoso, qué mujer lo va a soportar.

De esta forma, el rótulo de tío solterón es la sutileza que enmarca en blondas de castidad a la vieja loca, archivada como magnolia seca en el desván familiar. Casi confundida con fotos de abuelas y actrices del cine mudo. Como un extra de película doméstica que nunca alcanzó el protagonismo de los azahares, que se fue ajando en la aparente vida de eunuco decorador de tortas. La esquina frágil de la familia, reforzada por clichés que hablan de la solitaria alma artística del tío, su exquisito buen gusto, su especial rococó para poner la mesa. engalanando a la sobrina que se casa, poniéndole tules y merengues con sus manos de cigüeña vieja.

Las tías carrozas por lo general hablan remontándose a una nostalgia imaginada. Escenografían su anónimo pasar con leyendas empolvadas que encuentran en el cine añejo su simulacro perfecto. Ellas son las únicas que recuerdan los chismes dorados de esa perdida actriz: La que te dije, la que le decían, aquella la del lunar. ¿Te acuerdas? Esa que nunca fue elegida para el papel, eterna postulante, pretérita incansable, la otra.

Para ellas no existe la historia real, a través del relato fílmico reinventan las verdades del pasado. Con su narrativa deliriosa iluminan las ruinas, sobreponiendo el esplendor Metro Goldwyn Mayer y Columbia Pictures al testimonio verificable. Así, para las tías colas, la entrada de Elizabeth Taylor en Roma dejó a la verdadera Cleopatra como reina de colegio pobre. Esa reina hollywoodense es la única que reconocen, agregando en su defensa que todas sus joyas, diamantes, zafiros, esmeraldas y rubíes eran de verdad, así como los cientos de extras que arrastraban el trono; musculosos, bronceados, bien comidos, bien pagados con dólares. No como los cuatro pelagatos esclavos, tan flacos, desmayándose con los latigazos que les daba la vieja egipcia del cuento.

Y para qué hablar de la biblia escrita, ese libro ahumado de tanto cordero en sacrificio, pecados y castigos. Tanto misterio indescifrable en ese latín de puras equis, arameos, ititas, parábolas y refraneos simbólicos que cuesta un mundo entender con su jerigonza divina. No hay mejor traducción que la cinematográfica. En technicolor, entretenida, supercorta, con ese Charlton Heston como Moisés de regias piernas con su minifalda dorada. Y esos centuriones

romanos con pollera de cuero y botitas Barbarella, y los, gladiadores esclavos del músculo. Bien, comidos, bien potentes con su cuerada aceituna a todo sol en la arena del circo. Con su pequeñísimo taparrabos, a punto que el zarpazo del león lo deje en bolas. A punto que se corte la tirita de la zunga, y entonces el felino debe lidiar con esa anaconda -liberada de la esclavitud. Porque el cine sugiere ese claroscuro erógeno de la memoria religiosa, privilegia el oropúrpura de la imagen pagana, muestra lo que el libro oculta y reprime con su manuscrito moral. La versión cinéfila de la historia frivoliza sus personajes, reemplaza la gesta heroica por el montaje decorativo, que lleva como emblema el contrato lucrativo de las estrellas.

El cine antiguo es la biblia biográfica de las tías carrozas, y su fanatismo de oropel nubla las autenticidades arqueológicas con el fulgor del montaje, deja para el recuerdo el guión por la historia, la foto por el real, y su perfil de loca fantasiosa por el frontis de la cara trizada, que delata el The End sin campanas de su propia película. La mentira technicolor de un destino gris, que se desvela en el bostezo aburrido de los sobrinos.

Pero las tías homosexuales no se conforman sólo con el mito, traicionan su relato de vírgenes cautivas cuando giran en la Plaza de Armas bajo el toldo de sus sombreros. Van y vienen entre la gente, con sus eternos abrigos de tweed y bufanda en boa de cuello. Esas heladas tardes de abril, cuando los abuelos se enroscan en las frazadas buscando tibieza para huir de la gripe; ellas desafían la vejez rengueando por los jardines escarchados de la plaza. Patinan la tarde, ofreciendo su arrugado corazón a los jóvenes sureños que llegan a conocer la urbe. Huasos despistados, que son fáciles de deslumbrar con la invitación al hot dog y la cerveza. Después, la educación provinciana paga el consumo en la pieza del abuelo.

Los carrozas se quedaron pegados al patinaje tránsfuga de una ciudad remozada por el modernismo. Todo cambia; se levantan torres de espejo y caracoles comerciales donde revolotean los líceanos. Se remueven las estatuas, se cambian placas de acuerdo al gobierno de turno. Los alcaldes corretean a los comerciantes ambulantes. Los obispos pasean sus vírgenes al vaivén de los inciensarios que humean. Se te quema la cartera niña bromea alguna. No seas hereje, le contesta otra, y todo sigue girando en la centrífuga paseante de los carrozas pastoreando la plaza, cateando al joven cafiche proletario con quien compartir la jubilación a cambio de sus favores erectos. «La vida es eterna», para su obsesión de loca megateria, siempre al aguaite, siempre dispuesta a capturar esa mirada del taxi boy, ese visaje puto que contempla tarifa y pieza arrendada con los escasos pesos de la beneficencia estatal. Un sueldo mísero para los anos que tuvo que soportar en esa oficina pública donde le decían Alfredito, con ese tono empequeñecedor disfrazado de afecto. Cuando él sabía, que en su ausencia, el chistoso de la oficina lo imitaba, contoneándose, acentuando sus modales rifirí para servir el café. Y todos se reían, hasta esa secretaria solterona que le juraba amistad. Él siempre supo que en cualquier error suyo de papeleos dejaba de ser Alfredito y pasaba al maricón Alfredo, a secas. Por eso, la pobre mesada de la jubilación es un pálido subsidio para tanto mal rato. Una limosna que apenas le alcanza para pagar el arriendo, teñirse el pelo, de caoba, comprarse los remedios, y libar leche con plátano una vez a la semana. Nada más, porque el amor está lejos del verso que le recitan los cafiches cuando lo confunden por millonario.

Aunque a veces, tal vez a Alfredo le gusta que lo confundan por maricón rico, porque son más cariñosos, le doran la píldora, le dicen que ni se le nota la edad, que está superbién, que se ve re-joven, y hasta le hablan de irse a vivir juntos, a rematar los últimos latidos cardíacos a pura cacha mentolada. Pero cuando entran en el pórtico desnutrido del conventillo donde vive, al empujar la puerta de la pieza, al encontrar la cama revuelta y el cepillo de dientes en un vaso. Al mirar con asco la bacinica saltada y una taza con restos de café, se ponen groseros y les aflora el lumpen que apurado reclama las monedas. Y se van casi huyendo, después de una chupada lacia y la recomendación del: No lo mordaí po vieja.

Los carrozas de la plaza fingen eternidad, estacionados en el mismo banco cuando llega la primavera. Entonces cambian de piel, y felices de haber pasado agosto, reciben el calorcillo vistiendo guayabera y zapatos blancos. Casi pololas, aligeran el trote al compás del orfeón que retumba en la pérgola azulada de nomeolvides. Casi tímidas ocultan la mirada lujuriosa tras las gafas oscuras. Perfumadas, oliendo a jabones y polvos de ciruela, se pasean tomando un helado de barquillo. Tratando de seducir chicos con el lengüeteo baboso que sorbe el ice-cream. ¿Un heladito chiquillos? Preguntan a los estudiantes, que enrojecen imaginando la felatio nevada de esa trompa hirviendo.

Pareciera que las tías protegidas por sus refajos de lana fueran inmunes a la sombra sidática. Sus cuerpos fofos de nalgas colgantes, sus piernas flacas, agarrotadas de várices morados; están lejos de ser un atractivo para los jóvenes que sueñan coitear con sus pares de muslos duros y cola prominente. Quizás ese reflejo narciso las salva. La negación del cuerpo senecto para el consumo sexual, que promueve la empresa Peter Pan, las aísla del riesgo, las hace conformarse con la felatio de cinco mil pesos, más barata, más segura, y quitándose la placa de dientes, la hacen su mamante especialidad. Como si en la libación se fugaran costras de tiempo, rejuvenecieran de regreso a la cuna, hambrientas y lactantes para reflorar sus encías huecas con el dulce néctar de la juventud. El peligro es mínimo, y la pasión succionante adormece al joven que disuelve su ocio en ese absorber.

Las tías longevas se ríen de los condones de colores, ellas no practican la penetración, no porque les desagrade. Argumentan que es una lata desnudarse con este frío, y mostrar su escultural cuerpo que se negó al ojo de Visconti, que es tan delicado como una lágrima de hielo que al mirarlo se derrite.

Pero hay veces que también las tías se dejan desnudar por un guante tarifado. Cuando el taxi-boy tiene un filamento de lengua Mastroniani, cuando le hace creer que la sucia pileta de la plaza es la Fontana de Trevi, y Anita Eckberg está muy gorda para repetir la zambullida de *La dolce vita*. Entonces, las manos del péndex, sedientas de monedas, le arrancan el corpiño, le sacan el refajo, la descueran de camisetas y calzoncillos de franela, la dejan a contraluz, en pose de venus sujetándose la charcha. Y así se acerca, macizo y dispuesto a destemplarla. Pero ella sin deshacer la esfinge, precavida como la experiencia le enseñó, detiene el submarino a la entrada de la cueva. Ataja el torpedo en su máxima latencia, y saca un condón tejido a crochet, plastificando la dureza peligrosa. Ahora sí, dice campante, las reliquias se tocan con guante.

El condón, para las madrinas de ayer, es como una servilleta bordada que se guarda en alcanfor, que se usa en ocasiones especiales para servirse alguna delicatessen, un postre de abuelas que se come rara vez. Así fuera un presente de cumpleaños, envuelto y encintado por el rito carífioso de la precaución. Después, pasado el festín retirado el preservativo, lo lavan y lo tienden a secar junto a su ropa interior pasada de moda. Lo perfuman y lo guardan para una próxima vez que se repita el film en su imaginaria Cinecittá, cuando falte la estrella tetona afectada por una rara jaqueca. Y Antonioni, desesperado, se fije por primera vez en ella, una eterna postulante. Y Michelangelo, tan lindo él, descubra su especial forma de mirar, la textura sedienta de sus ojos. Entonces la llame para el papel haciéndole una seña. Y ella, confundida y mirando en derredor, se pregunte con la mano en el pecho: ¿Será a mí? Y junto a ese galán, morenazo y cafiolo, haga la escena de amor gorgoreando suspiros cacheros, encaramada en la carroza que rumbea el amanecer, una tibia noche de plaza romana.

LOCO AFÁN

Vadeando los géneros binarios, escurriéndose de la postal sepia de la familia y sobre todo escamoteando la vigilancia del discurso; más bien aprovechando sus intervalos y silencios; entremedio y a medias, reciclando una oralidad del detritus como alquimia excretora que demarca en el goce esfinteral su crónica rosa. Me atengo a la perturbación de este aroma para comparecer con mi diferencia. Digo minoritariamente que un me-ollo o ranura se grafia en su micropolitica costreñida. Estítica por estética, desmontable en su mariconaje strip-teasero, remontable en su desmariconaje oblicuo, politizante para maricomprenderse.

Desde un imaginario ligoso expulso estos materiales excedentes para maquillar el deseo político en-opresión. Devengo coleóptero que teje su miel negra, devengo mujer como cualquier minoría. Me complicito en su matriz de ultraje, hago alianzas con la madre indolatina y «aprendo la lengua patriarcal para maldecirla».

Parodiando su verticalismo, oblicuándome una vez más desde las peluquerías y barriales de la hermandad travesti. Sacudiéndonos las plumas del derrumbe ideológico que jamás nos contuvo. Más bien para que el viento de la fuga utópica no nos alcance con su depresión. Porque nunca participamos de esas causas liberacionistas, doblemente lejanos del Mayo 68, demasiado sumergidos en la multiplicidad de segregaciones. Porque la revolución sexual hoy reenmarcada al estatus conservador fue eyaculación precoz en estos callejones del tercer mundo y la paranoia sidática echó por tierra los avances de la emancipación homosexual. Ese loco afán por reivindicarse en el movimiento político que nunca fue, quedó atrapado entre las gasas de la precaución y la economía de gestos dedicados a los enfermos.

Poco o nada que hacer con este hospital de naufragio varado en nuestra deshilachada costa. Un movimiento gay del que no participamos y sin embargo nos llega su resaca contagiosa. Una causa del mundo desarrollado que ojeamos a la distancia, demasiado anal-fabetos para articular un discurso. Demasiadas trenzas sueltas coqueteándole al poder, demasiados penes cesantes para preocuparse de otra cosa.

Enclaustrados en la sordidez del gueto cosiendo la pilcha para la discoteca clandestina o echándole el guante a un poblador en el terciopelo raído de un rotativo. Mientras en Valparaíso los travestis eran arreados a culatazos a los barcos de la marina, para nuestra memoria la película de Ibáñez y su crucero del horror.

Pero entonces nadie creía que eso era cierto, y por último; esos cuerpos escarchados de moretones eran desechos ordinarios de la homosexualidad criolla que ojeaba en las revistas de moda las imágenes importadas del gay parade internacional. Soñándose en California o juntando las chauchas para participar de esa euforia. Tan distante de esta realidad ilegal de crímenes impunes, del goteo de maricas charqueados por la tinta roja de algún diario, expuestos en su palidez de castigo como reiteración de las puñaladas en el borde plateado de costilla apátrida.

Cadáveres sobre cadáveres tejen nuestra historia en punto cruz lacre. Un cordón de costras borda el estandarte de raso revenido en aureolas de humo que desordenaron las letras. Separando en estratificacíones de clase a locas, maricas y travestis de los acomodados gays en su pequeño arribismo traidor.

Doble marginación para un deseo común, como si fueran pocas las patadas del sistema, los arañazos de la burla cotidiana o la indiferencia absoluta de los partidos políticos y de las reivindicaciones del poder homosexual que vimos empequeñecido por la lejanía.

Aterrados por el escándalo, sin entender mucho la sigla gay con nuestra cabeza indígena. Acaso no quisimos entender y le hicimos el quite a tiempo. Demasiados clubes sociales y agrupaciones de machos serios. Acaso estuvimos locas siempre; locas como estigmatizan a las mujeres.

Acaso nunca nos dejamos precolonizar por ese discurso importado. Demasiado lineal para -nuestra loca geografía. Demasiada militancia rubia y musculatura dorada que sucumbió en el crisol pavoroso del VIH

Entonces, ¿cómo hacernos cargo hoy de dicho proyecto? Cómo levantar una causa ajena transformándonos en satélites exóticos de esas agrupaciones formadas por mayorías blancas a las que les dan alergia nuestras plumas; que hacen sus macrocongresos en inglés y por lo tanto nuestra lengua indoamericana no tiene opinión influyente en el diseño de sus políticas. Asistimos como hermanos menores, desde nuestro tartamudeo indigenista, Decimos si sin entender, acomplejados por el relámpago pulcro de las capitales europeas. Nos pagan pasaje y estadía nos muestran su mundo civilizado, nos anexan a su pedagogía dominante, y cuando nos vamos, barren nuestras huellas embarradas de sus alfombras sintéticas.

Cómo reconocernos en la estética gas, azulada N, torturante en los pezones atravesados por alfileres de ancho. Cómo complicitarnos con esos signos masculinos falopizados en cuero, cadenas y todos sus fetiches sadomasoquistas. Cómo negar el mestizaje materno con estas representaciones de fuerza que hoy se remasculinizan en paralelismos misóginos adheridos al poder.

Lo gay se suma al poder, no lo confronta, no lo transgrede. Propone la categoría homosexual como regresión al género. Lo gay acuña su emancipación a la sombra del «capitalismo victorioso». Apenas respira en la horca de su corbata pero asiente y acomoda su trasero lacio en los espacios coquetos que le acomoda el sistema. Un circuito hipócrita que se desclasa para configurar otra órbita más en torno al poder.

Quizás América Latina travestida de traspasos. reconquistas y parches culturales -que por superposición de injertos sepulta la luna morena de su identidad- aflore en un mariconaje guerrero que se enmascara en la cosmética tribal de su periferia. Una militancia corpórea que enfatiza desde el borde de la voz un discurso propio y fragmentado, cuyo nivel más desprotegido por su falta de retórica N, orfandad política sea el travestismo homosexual que se acumula lumpen en los pliegues más oscuros de las capitales latinoamericanas.

Tal vez lo único que decir como pretensión escritural desde un cuerpo políticamente no inaugurado en nuestro continente sea el balbuceo de signos y cicatrices comunes. Quizás el zapato de cristal perdido esté fermentando en la vastedad de este campo en ruinas, de estrellas y martillos semienterrados en el cuero indoamericano. Quizás este deseo político pueda zigzaguear rasante estos escampados.

Quizás éste sea el momento en que el punto corrido de la modernidad sea la falla o el flanco que dejan los grandes discursos para avizorar a través de su tejido roto una vigencia suramericana en la condición homosexual revertida del vasallaje.*

*Texto leído como intervención en el encuentro de Félix Guattari con alumnos de la Universidad Arcis, el 22 de mayo de 1991.

«Besos Brujos»

(Cancionero)

EL BESO A JOAN MANUEL
(Tu boca me sabe a hierba»)

Sin saber qué iba a pasar esa tarde cuando Serrat se reunió con los estudiantes de la Universidad Arcis. Cuando se ha guardado un beso de fuego para el trovador desde hace veinte años, y se tiene la oportunidad de estamparle la boca coliza en su boca que sabe a hierba. Su boca histórica que cantó por la revolución, por los obreros, los piratas Y tanto mal amor perdido. Pero nunca nos dedicó ninguna estrofa, ningún estribillo, como si los maricones no existieramos, nos exilió del universo poético de su canto.

Como si ninguna loca hubiera nadado en el Mediterráneo de su corazón azul. Ninguna mereció levantar el vuelo, gorriona marica en su cielo pardo. Nunca supo entonces del pájaro Lorquiano de Federico, destripado por las púas del franquismo. Acaso no hubo un mariposón español que pintara el aire de rojo al llegar el socialismo. Y Madrid se llenó de gritos, banderas y consignas, al igual que ahora en el Arcis los estudiantes acalorados chillaron al verlo aparecer saludando. Como si fuera entonces cuando lo vi por primera vez, tan bello, tan joven, tan esbelto, vestido de terciopelo negro en el Festival de Viña en los años setenta, en plena Unidad Popular. Pero ahora la vida me lo traía de vuelta, más viejo, con algunos kilos de más, casi un caballero nervioso respondiendo las preguntas,, tratando de quedar bien con esa juventud de izquierda que cantó sus canciones acompañados por la balacera. El mito de Joan Manuel tan cerca, a sólo unos pasos, vestido casi de yuppie; con chaqueta de tweed y pantalón beige. Y yo, de terciopelo negro, Penélope esperando en el andén. Con aquel beso guardado, que envejeció arrugándose como mi cara y la suya. Un beso ajado en la carta ideológica que no encontró destino. Un beso pálido que sobrevivió a la dictadura y besó el NO del plebiscito. Un beso como una marca, o una firma estampada imaginariamente en su canto.

Por eso cuando terminó el acto, después de cantar «Vuela esta canción para ti, Lucía»; yo era su Lucía de terciopelo negro, yo era «Lo más bello que él nunca ha tenido», tratando de acercarme, empujando, deslizándome entre los cuerpos apretados de los jóvenes que le pedían autógrafos. Logrando meterme bajo la cadena de brazos, que formaron un pasillo de seguridad para protegerlo, me lo encuentro de espaldas despidiéndose, y al darse vuelta se topa con mi cara a boca de jarro, a sólo unos centímetros. Entonces se detuvo el tiempo y un gran silencio congeló ese instante. «Veinte años no es nada», me dijo, y mi boca se despegó de mí como un pájaro sediento que se posó en sus labios. Sólo un momento la homosexualidad lo tocó con la sed carmesí de una boca chupona. Un instante que lo llevó a su primer beso adolescente, y turbado de emoción lo sentí temblar en la tibieza de esa primera vez, cuando otra boca extraña le arrancó de cuajo su inocencia. «Veinte años no es nada», me dije, dejándolo ir llevado por la multitud que se lo tragó entre los insultos y agresiones que me gritaban los estudiantes del Arcis, por haberles roto su mito macho y cancionero. «Veinte años no es nada», le contesté medio sonámbulo a una fans que quería arañarme por lo que le había hecho a su ídolo.

«Veinte años no es nada», mi catalán, seguí pensando mientras salía de ese lugar empujado por los estudiantes. Sabiendo que ésa era la primera y última vez que lo tuve en mis brazos. Sabiendo que nunca más olvidaría esta visita a Chile, y cada vez que cante Lucía, mi beso cantará en SU boca como una flor extraña que sentirá enredarse en palabras. Mi beso será un recuerdo prohibido, como una luna sodomita que arañó su mar.

Universidad ARCIS, Santiago,
28 de octubre de 1994

GONZALO
(El rubor maquillado de la memoria)

Como si nadie se acordara de su elefántica silueta maquillando la cara de la dictadura, tapando esa grieta, ese pliegue, esa mugre en la comisura del tirano, cuando ironizaba por televisión sobre el número exacto de desaparecidos. Ahí, en plena emergencia de apagones y bandos oficiales, su regordeta mano derecha alargaba las sombras, espolvoreaba de luz y coloreaba de hipocresía la cara de la represión. Porque Gonzalo, el amanerado estilista amante de los bototos, tenia salvoconducto para entrar y salir de la casa del comandante en jefe. Poseía carta blanca como peluquero, modisto y maquillador del alto mando. Y pobre del milico de guardia que le tirara un beso, o hiciera comentarios sobre las bufandas de seda que flotaban en los humos de la pólvora. Pobre del pelado que imitara su andar, esa gelatina colizona de sus caderas, ese bamboleo fachoso que confundía desfile de modas con parada militar. Cuando altivo cruzaba bajo los sables, rindiéndole honores a la patria con los aleteos de su estuche cosmético.

Mí, Gonzalo o Gonza, como le decía la Primera Dama preocupada antes de salir por cadena nacional de televisión. ¿No crees tú que este traje Chanel color carne es muy violento para aparecer hablando sobre el hambre?

¿No crees Gonza, que el rubor es demasiado rojo? Ay Gonza, arréglame el sombrero caído al ojo que tengo miope. Ay no Gonza, no me eches tanto azul que parezco la bataclana de Eva Perón. Entonces el afirulado estilista iba y venía con su acuarela Princeton, pintando de tornasol los discursos oficiales, retocando las púas del alambrado paisaje nacional, eligiendo el tono manzana yuppy para acentuar la prosperidad del régimen, irradiando de fresas estivales el crudo invierno dictatorial, que en la periferia arrumbaba cadáveres sin maquillaje.

Con la llegada de la democracia, nadie pudo imaginar a este mismo personaje embetunando el reverso de la moneda. Nadie pareció notar la levedad cetácea de su desplazamiento político. Aunque el gran vacío dejado por su gordura provocó tristezas en las filas militares. Estos raros son todos traicioneros, decía la ex Primera Dama pintándose sola. Enrabiada por el enredo de menjunjes y coloretes, que inútilmente trataba de combinar para recomponer la derrota. Era, un cínico, yo lo sabia; diciéndome señora Lucy y por aquí, señora Lucy por acá. Que el sombrero marrón le queda regio, porque usted tiene esa finura, ese charme, esa prestancia, ese estilo de reina que nació con sombrero,

Nadie supo cómo Gonzalo aprovechando la amnesia local y los festejos por el triunfo de la Concertación, se cambió de fila o se agarró a la cola de la bienvenida democracia. En el tumulto de muchos que vieron aguarse los privilegios del aura castrense, pasó colado agregándose rosa al arco iris de Aylwin.

Así apareció de nuevo desbordando la pantalla, dando consejos naturistas y recomendaciones estéticas para los nuevos tiempos. Su lejano amor por las botas pareció esfumarse en el timbre frágil de su voz declarando amistad personal con el presidente Frei. Diciendo que la derecha le había propuesto ser candidato por Colina, pero había rechazado el ofrecimiento. Aclarando que estuvo en la Escuela Militar exclusivamente como cadete y a su

paso de cisne la estrella de la bandera enrojecía de, envidia. Pero eso era antes del golpe, entonces estaba tan joven y espigado que sirvió de mástil para la bandera y permaneció una semana tieso, plantado en el patio. Sólo por patriota. Además reiteraba y dejaba tan claro como la nieve de Los Andes que no era homosexual. Más bien asexuado, por eso no tenía problemas para adaptarse a los cambios políticos.

Pareciera que la metamorfosis de Gonzalo no resiste juicio, aunque su esponja estética es la misma que rejuvenece la doble cara de los discursos oficiales. La máscara mueca que transmite al país su mensaje positivista. El acartonado rostro sin rostro, que los dedos plásticos de Gonza decoran con similar receta. Aunque han pasado los años, y la moda cosmética renovó su nacarado camaleón. Y del opaco recato de grises, azules y verdes, que uniformaron los párpados de la memoria; el neoliberalismo agrega su antifaz plata y oro, que traviste de carnaval las cicatrices.

136

RAPHAEL
(o la pose amanerada del canto)

Casi una fumarola del cantar popular, que ha resistido por décadas el ventarrón de chismes y caricaturas que acentúan las mariguancias del ídolo. La estrella española más imitada pos los humoristas, la burla hecha canción, la superventa de la parodia que sobrepasa la copia de discos y compacts. Si hasta los cabros chicos saben el chiste y dicen: Ay Rafadel miéchica, cuando quieren reírse de un amiguito más delicado.

Raphael Martos, que apareció tan sencillo y provinciano por allí en los sesenta, cuando la balada pop era favorita en la, madrepatria de Franco, y los cantautores de protesta pasaban de contrabando en la nueva ola de minifaldas a lunares y canciones del corazón. En esa España franquista, su romancero marucho venía bien, era un analgésico apolítico frente a Serrat, Paco Ibáñez y todos esos chascones de izquierda que querían cambiar el mundo. Al¡¡ hizo su estreno Raphael, arrancando suspiros a las niñas con su imagen de joven demasiado sentimental cantando: «Cierro mis ojos, para que tú puedas hacer lo que quieras conmigo.» Pero esas letras inflamadas de deseo eran de Manuel Alejandro, un compositor que junto a Rafa hicieron la dupla triunfadora, la pareja que sonaba en los pelambres del cotorreo discográfico. Como si compositor y cantante se entrelazaran en los surcos del long play. Como si música y voz, verso e interpretación, bailaran juntos, girando apretados en ese: «Cierro mis ojos, para que tus dedos corran por mi piel.»

Entonces er niño filmaba películas de galán, repletando estadios con esas fans molestosas que no le dejaban tranquilo, que todo el día se lo pasaban detrás de sus pasos y hasta en el baño encontraba a alguna sapeando por la ventana que cerraba de sopetón en sus narices. Pero ellas igual seguían encandiladas con «Aquel que cada noche te persigue». Pasando de conquistador con su macho aflautado, movía las fibras maternales de las mujeres encantadas con su cortejo ambiguo, con su especial desafío al cantar «Digan lo que digan». Pero dijeran lo que dijeran, y frente al futuro de su carrera, igual tuvo que casarse con una bella de la nobleza cofia, tapándole la boca a todos esos mal pensados que tragaron saliva al ver la foto de Rafa con mujer y rodeado de hijos, con tanta tradición católica como segunda familia real.

Con la franquicia de su boda, se acallaron por un tiempo las malas lenguas, y el astro pudo desplegar tranquilo las trenzas emancipadas de su actuación. Incorporó el baile y otros géneros de la música popular, como el folclor latinoamericano, frágil izando su tradición política con los zés, zis, zás de su afectada vocalización. En Chile, ante la mirada preocupada de la izquierda, hizo una interpretación de Violeta Parra, amariconando el «Gracias a la vida» de la finada, con el joteo Terezo de sus zetas.

Sin duda que a pesar de la homofobia de sus detractores, la sobreactuación y el delicado timbre vocal de Raphael se han impuesto como un estilo que logró incrustarse en el corazón del cancionero popular. Sin cambiar ni una nota, ni transar con la caricatura viril que la moral del mercado discográfico le imponía Rafa ha usado esa presión para diferenciar su personaje de los Iglesias y Rodríguez. Raphael ha hecho una producción de su propio chiste, devolviendo la burla, revirtiendo la mofa de sus imitadores al acentuar los pestañazos de su canto, al enfatizar las guaripolas aladas de su baile, al refinar el plumereo irónico de su

gestualidad. Porque al fin y al cabo, él mismo se mimetiza en la pirueta colifrunci de su actuación, él mismo es su mejor y más paródica copia, que deja a los humoristas que lo remedan como tontos de segunda fila.

Er niño, ya canoso y entrado en años, se ríe de las risas. Y esa estrategia es un elogio para las tres décadas que se ha mantenido en el top musical a toda resistencia. Es un tributo que le rindieron en Venezuela por cadena de televisión. Y cuando le pidieron que firmara el libro de las estrellas, Rafa puso su firma y después se sentó en el libro, estampando sus nalgas ajadas a lo Hollywood, para toda Hispanoamérica. Hace unos años, en la elección presidencial española, Raphael le dio su apoyo a Aznar de la derecha, y dijo que por fin se le hacía justicia al general Franco. Pero estas opiniones políticas y reaccionarias de Rafa nadie las toma en serio, menos las mujeres, que lo siguen adorando como a un niño senil y travieso. El resto... «Qué sabe nadie lo que a Rafa le gusta o no le gusta en el amor».

ROCK HUDSON
(o la exagerada pose del astro viril)

Algo había de teatro en esa tremenda hombría que desplegaba Rock Hudson en la pantalla. Demasiado cuadrado en sus gestos y besos de chupasangre que alardeaba en esas películas donde él era un bombonazo que derretía a las mujeres, sus admiradoras de los años sesenta que lo soñaban como el marido ideal, el hombre pulcro y educado, típico gringo de oficina católico y conservador. Siempre de terno y pelo corto, siempre afeitado y de camisa planchada, siempre enfatizando con su facha de Clark Kent al superhombre, el invulnerable Mister Mormón.

Pero el bello Rock Hudson personificó la gran mentira del galán hollywoodense que vendió la empresa del cine. Con su sonrisa de dientes blancos y sanos, enamoró a todas las jovencitas de aquella época, las muchachas que nacían al pie del altar creyéndose sus novias, creciendo apuradas para ser Doris Day, la esposa cinematográfica, la rubia y divertida pecosa, pareja del tapado Rock.

Algo nunca encajó en el acartonado papel que se inventó el astro para que no le supieran el secreto. El exceso de virilidad siempre es sospechoso cuando se traduce en un culto a sí mismo, en un idilio pajero con la imagen narcisa que devuelve el espejo. Y Rock era demasiado adorno con su pelito a la gomina y su figura de niño modelo flechando colegialas con su mirada matadora y mentirosa. Y entonces quién iba a pensar que al Superman del cine yanqui se le quemaba el arroz y también las ensaladas. Porque a la larga, se hace insoportable el peso del teatro masculino y los besos de la pantalla son huevos sin sal que el amado Rock tuvo que padecer en su larga y exitosa carrera de novio enamorado. Sobre todo, que en la mayoría de sus películas, las escenas de amor, romance, abrazos, atraques y besos, lo dejaban agotado, más bien queriendo huir de esa fama de semental potente.

El cine inventó estereotipos de machos recios y mujeres frágiles que nunca coincidieron con la diversidad compleja de esas muchedumbres que llenaban los cines. Un público sentimental, múltiple en su embeleso quinceañero de pintar el deseo en cada relámpago technicolor de la pantalla. Una ronda de ojos entornados, mayoritariamente de chiquillas jóvenes, las mismas que hoy son madres, tías o abuelas, las mismas que recibieron la noticia de la homosexualidad de Rock como una agridulce puñalada. Tal vez como primer síntoma de la decadencia de esos moldes perfectos que ellas amaron silenciosamente en aquellas lejanas tardes de matiné. Lo terrible no fue sólo enterarse de su doble vida, antes ya habían sufrido la decepción de Valentino y Errol Flynn, ahora en 1985 la noticia de la muerte de Rock Hudson venía iluminada con el glamour trágico del sida

Y así fue que Latinoamérica recibió la plaga como una premier cinematográfica, porque hasta ese, momento el sida era para los grupos de riesgo, como catalogaban a negros, drogadictos, chicanos y homosexuales que morían en manos de la epidemia. Entonces, cuando cayó el telón granate y oro de la última escena para Rock Hudson, recién nos enteramos que la enfermedad también mataba ídolos. También echaba por tierra los mitos dorados de pasadas juventudes. Recién supimos que el bicho, el misterio, la polla gol, la lotería o la sombra, como le llama al sida la homosexualidad local, podía tocarle a cualquiera. Si era capaz de derribar a un dios de la pantalla. Al más guapo, al más seductor, al inolvidable Rock

Hudson, que se fue deteriorando tan flaco, tan huesudo, tan pálido, tan cadavérico, tan ceroso, como la vieja foto de un amor adolescente esfumada bajo un podrido sol.

«AQUELLOS OJOS VERDES»
(A ese corazón fugitivo de Chiapas)

Tal vez, porque supe de tu saludo al Frente Homosexual de Cataluña, donde una loca amiga recortó tu mirada de pasamontañas para pegarla en el telón blanco de su amor revolucionario. Quizás fue por eso, porque nunca tuvimos un Che Guevara propio, ni estrellas rojas en el amanecer nublado en Cuba. Y la montaña sandinista nos resultó demasiado empinada para el delicado aguante mariposa. Quizás, porque los héroes del marxismo macho «nunca nos tuvieron paciencia», y prefirieron bailar solos, ideológicamente solos, la ranchera baleada de su despedida.

Por eso, querido Marcos, en esta esquina de la modernidad, donde casi no quedan estatuas que apunten al cielo con su puño cerrado. En este vértice del siglo, donde se venden las causas minoritarias en un revoltijo de plumas, condones y sostenes feministas. Ahora que tu México indio y pobre llega a Chile con peluca rubia de cambalache. Como si fuera una piñata Nafta que trafica Televisa repartiendo imágenes de Acapulcos coloridos y mariachis tecno. La postal cuate, donde la vida se empaqueta en teleseríes gritonas y festivales de bikinis. La Mexicomanía que consume el neoliberalismo chilensis hartándose de tacos y enchiladas. Los mismos siúticos que ayer odiaban el chulerío picante de tu marimba azteca. La nueva clase pirula que saca pasajes para tostarse en Cancún, buscando un México light sin problemas sociales ni revueltas del pasado. Menos esas guerrillas que ahuyentan la inversión extranjera, ni esos pequeños sueños de justicia que la modernidad etiqueta de nostalgia. Porque el tercer mundo se totaliza capital, y su luz metálica apenas eclipsa el fuego verde de tus ojos.

Entonces, subcomandante, empuñas la treinta treinta y se levanta contigo el indiaje zapatista. Así fuera ayer la rebelión tizna de pólvora la pantalla del noticiarlo, y la foresta de Chiapas es el nuevo pulso que despierta en un alboroto de pájaros. Sólo que no es ayer, y los pájaros son helicópteros que zumban fatídicos por tu cabeza. No es ayer, lo repiten los ultimátums oficiales. Porque los Villas y Zapatas yacen pegados a los murales que fotografían los turistas. Pero igual sigues desafiando corajudo al Nuevo Orden. Igual sigues inventándole personajes a tu perseguido anonimato. Por ahí declaras que fuiste travesti en Barcelona, traficante en Times Square y pirata aéreo en El Cairo. Que nunca nadie dio con tu verdadero rostro, porque la revolución no debe tener un rostro. Es un imaginario posible, un paisaje que se completa con el rostro amado, soñaba Gilles Deleuze.

Sólo conocemos vestigios de selva que enmarcan tu mirada, sólo eso dejas ver. Y ese color turquesa entre las pupilas azabaches, lo tildan de intruso agitador. Pero tú ríes diciendo que son lentes de contacto. Más bien tus ojos se burlan del ojo mayor, tratando de identificarte en su- rompecabezas de fichaje. Tus ojos se mofan de la vigilancia y su stock de narices, orejas y bocas que tratan de encajar en la calavera prófuga en la calavera camuflada que requiere un rostro para el castigo. Porque el poder necesita un rostro para clavetear tu foto-recompensa. El poder te viste de caras para proclamar tu ansiada captura.

Por eso el empadronamiento mexicano improvisa una máscara y la reparte al mundo por Televisa, tranquilizando a los socios del Nafta. Enfatizando que la rebelión está controlada y ese tal Marcos está plenamente identificado. Y tú, escondido quién sabe dónde, contestas que no eres tan feo, que se guarden ese Frankenstein para sus pesadillas.

Pareciera que el corazón de Chiapas pende de un hilo, acorralado por el blindaje. Mientras tanto, mi amiga loca de Barcelona retrasa su reloj, suspende la hora del noticiario, porque no quiere conocer tus ojos sin pasamontañas. No quiere ver la pendiente suave de tu mejilla, ni la lija de tu barba a medio crecer por los días y días acosado por los perros del ejército mexicano. Escondido, cansado, travestido de india o caminante que no duerme, que no puede pegar el sueño y sueña despierto. Y los bellos ojos irritados por el polvo aún chispean esmeraldas en los humos del emplumado amanecer.

NOTA: Marcos recibió este texto en Chiapas, y le gustó mucho. Pero solamente un detalle le causó gracia; él dijo que no tenía los ojos verdes.

LUCHO GATICA
(El terciopelo ajado del bolero)

Alguna vez le gritaron «canta como hombre», y Lucho tuvo que tornarse un Aliviol para pasar el mal rato. Y aunque trataba de enronquecer la felpa de su garganta, el «Quizás seria mejor que no volvieras» igual le salía amaríconado, aunque intentaba ensuciar el raso opaco de su -laringe, el «Quizás sería mejor que me olvidaras» provocaba molestias entre los machos tangómanos, que por esos años, imponían el acento marcial del ritmo porteño. Y era que el Lucho o Pitico, como le decían, era demasiado romántico y su corazón se había inclinado por el bolero, que contrastaba con el tan tan de la virilidad argentina.

Decían que el Pitico era medio raro, con ese terciopelo de voz que arrebataba el alma a las mujeres peinadas a lo Rita Hayworth, las niñas que no dejaban de suspirar cuando él les susurraba: «Sólo una vez platicamos tú y yo y enamorados quedamos.»

Era un bálsamo terso para suavizar las desgracias y el hambre de sus admiradoras populares, que encontraban en la concha, acústica de su canto una razón para vivir. Por eso compraban los discos y las revistas Ecran y Mi Vida donde aparecían noticias suyas. Juntaban tapitas de Papaya Brodways o envolturas de cigarrillos Ideal para canjear su foto. Pero en realidad, Lucho nunca fue imagen, porque era un chileno de pelo liso con cara escolar de escuela pública. Solamente su voz lo reconstruía para las mujeres y colizas que lo soñaban a media luz, en la penumbra de sus piezas de cité, en ese Santiago provinciano que dormía siesta con la radio prendida.

Lucho habla llegado de Rancagua, y arrastraba la provincia en la demanda asmática de su acento. Como si en la «Enorme distancia» alargara las vocales en un aliento de carretera que no llegaba nunca a la capital. Pero llegó un día a esa urbe de los cincuenta. Un Santiago cruzado por el carro 36, que corría sobre esos rieles que aún quedan en el asfalto, como partituras oxidadas de la ciudad. Trazos metálicos que fugan un pasado Bilz, acostumbrado a tomar té en los bajos del café Waldorf. Ahí la batería, el piano, y el Lucho aflautado en su terno con humita, dándole a ese «Cómo me falta tu querer». Mientras el dúo Sonia y Miriam esperaban nerviosas en el camarín que la gente se aburriera de su asfixia melódica, para salir a cantar ellas. Pero los aplausos seguían y el maestro Roberto Inglés renovaba los compases del bolero y al final toda la gente se iba con el «Sabor a mí» en la garganta.

Ya en los cincuenta arrasaba en los shows de radio que precedieron a los recitales televisivos. El locutor, Ricardo García, calmaba a las fans, que se arremolinaban en el auditorio esperando la aparición de Lucho. Y entre el revoltijo de plisados y trajes sastre, más de alguna loca, parada al fondo de la platea de Radio Minería, se hacía la lesa apoyándose en algo duro que la mecía bolereada, «Como si fuera esta noche la última vez». Y en verdad ésa era una última vez, porque Lucho se fue susurrando esas frases cargadas de pasión. Se marchó de Chile a México para no regresar. Allá se radicó y contrajo matrimonio con Mapita Cortez, una belleza de ojos tapatíos que le dio varios hijos. Así pudo contentar a muchos que en Chile aún dudaban de su sedosa masculinidad.

Decían que el Pitico estaba feliz en el país azteca, que tanto sabe de «esas cosas del corazón». Y fue México quien le abrió las puertas al mercado internacional. Se hizo tan

famoso, que hasta la mirada turquesa de Ava Gardner pidió silencio al público, porque quería escuchar al señor Gatica, en un lujoso club de Acapulco, donde las stars de Hollywood iban a dorar sus esplendores.

Por años representó a Chile con su plática silabeante. Era un embajador que hizo creer a todo el mundo que los chilenos hablamos así. Y no estaban muy equivocados al pensar que acá se hablaba en esa media voz, en ese tonito apequenado por 1a timidez, que algunos le atribuyen al bastión cordillerano.

Así, Lucho se fue por el mundo, y por mucho tiempo lo único que sabíamos de él eran sus triunfos como cantante nacional que habla logrado atravesar la frontera, llevando nuestra frágil conversa por los escenarios internacionales.

Después llegó la avalancha de motos y casacas de cuero del sesenta, y las fans de Lucho engordaron, se hicieron tías, mamás y abuelas de las nuevas generaciones rockeras que odiaron los ecos del «Sabor a mÍ». Los discos se fueron quebrando, y Pitico desapareció tragado por los sones vibrantes de la tecnología electrónica. Su melódica queja sucumbió con el alto voltaje, que por contraste, apago susurro de Lucho. Al parecer, el canto se estranguló a si mismo, y mientras más intentaba sacar el sonido, las cuerdas vocales se negaban a vibrar con el pétalo dulce que carraspeaba «Tanto tiempo disfrutamos nuestro amor», y sólo le salía un ahogado ronquido que se apagó definitivamente junto a la nostalgia.

Alguna vez que volvió a Chile, fue un desastre, la decepción de la memoria. Invitado al Festival de la Canción de Viña, Lucho ya había perdido el guante de su voz. Y fue desesperante verlo por televisión, como una Dama de las Camelias agónica, tratando de impostar la seda de sus notas musicales. La gente tuvo mucho respeto, y aplaudió más el recuerdo que la interpretación del «Bésame mucho». Y él se fue, llevándose una gaviota lastimera como homenaje bajo el brazo.

Cuando llegaron a Chile las películas del director español Pedro Almodóvar, que sacudieron el ambiente con su filmografía homosexual, la voz de Lucho venía coloreando las violentas escenas sexuales de La ley del deseo. El bolero «Lo dudo» ponía punto final al feroz coito efectuado por un director de cine y un chico que lo amaba, y «Le hizo comprender todo el bien y todo el mal».

También en la película Entre tinieblas, donde la madre superiora de un convento se enamora de una prostituta, la voz de Lucho es doblada por la monja que le canta muda a su amada: «Cariño como el nuestro es un castigo.» Pero esto nada dice, es sólo un pretexto para recortar el perfume de su flauta en las imágenes de Almodóvar que lo traen de contrabando a Chile. Algo de este cine sucio emparenta el deseo suplicante de Lucho por hacerse oír, cuando el remake lo retorna amplificado en la banda de sonido. Un maquillaje para la cuerda floja de su voz, como alarido náufrago que rebota en el pasado, llamándolo: «Pero no tardes Lucho, por favor, que la vida es de minutos nada más, y la esperanza de los dos es la sinceridad ... »

LAS NOCHES ESCOTADAS DE LA TIA CARLINA

Como si fuera un trapo prostibular, un pecado del ayer que se repone para calentar los pies de la modernidad y su moralina cartucha, un empresario rescató el mito dorado de la tía Carlina, montando un espectáculo cómico y un video desabrido como caricatura comercial del puterío latino. Pero este teatro de la cabrona pintarrajeada nada tiene que ver con la difunta mami, la señora Carlina Morales y sus niños, como ella les decía cariñosamente a los travestis, chícoteándoles los escotes con la huasca que sujetaba en su pulsera. Porque no había nadie tan recta como la señora, nadie tan preocupada como ella de la apariencia de los niños; revisando sus trucos, sus amarres de testículos, sus rellenos de busto, cuando no existía la silicona, sus moños de nido y esos largos vestidos de lame, arremangados en el rock de Bill Haley, porque a ella no le gustaba la minifalda. Era muy recatada en esas cosas, porque el salón siempre estaba lleno de gente fina, intelectuales y turistas. Y más de algún diputado había pagado caro por ver, un cuadro plástico, un porno real en la pieza vip, el reservado secreto donde la india Paty ensartaba locas a vista y paciencia de los políticos que empinaban el vaso de cubalibre para resistir el impacto.

Entonces, el entonces tenia otro sabor para los viejos políticos que hoy recuerdan esas chimbas. Como si en la añoranza se permitieran el desate que actualmente censuran. Entonces, el parlamento de calle Bandera era privilegiado en esas pistas. «Del puente a la Carlina» era un solo paso de mambo, un brindis extra con la chicha de la Piojera para seguir la farra donde la tía, que les reservaba un cómodo lugar para ver el famoso baile de la Susuki, la odalisca pehuenche, o el cascanueces de la Katty, que junto a sus compañeras de oficio formaron el Blue Ballet. Y casi se murió el club deportivo de la Universidad de Chile por el alcance de nombre. El Ballet Azul, tan popular como la revolución de Fidel. La danza coliza burlesca y festiva, haciéndole coro a los cambios sociales en el tablado del espectáculo nacional. Si parecen mujeres, decía la señora de un senador poniéndose lentes para encontrar alguna presa, algún indicio de próstata en los apretados muslos. Pero quizás ese «parecer hembras» no dejaba contento al clan marucho que después de los aplausos debía regresar al cuerpo afeitado. Por eso, chaucha a chaucha y escudo con escudo, juntaron las ganancias y volaron a París en busca de una cigüeña quirúrgica que les pariera el milagro.

En Chile, la llegada de las botas apagó la brasa roja de calle Vivaceta, y doña Carlina Morales se retiró a sus cuarteles de invierno. Decían que la doña ya no tenia santos en la corte, y con los milicos no se podía tratar echando abajo la puerta, agarrando a culatazos a los niños, buscando por toda la casa a un diputado comunista, que decían, le habían dado asilo en el burdel. Eran intratables, botando los vasos, quebrando los espejos, llevándose a los niños vestidos de mujer, con ese frío, a pata pelá y sin peluca trotando en la noche negra del toque de queda.

Al llegar la democracia, confundidas con el exilio frufrú que llegó de París, volvieron algunos vestigios del Blue Ballet luciendo su operada metamorfosis. Regresaron a lo Madam Pompadour, y con los dólares ganados en Europa se instalaron en un fino local de nombre francés donde cantan «Je ne regrette rien», sin querer recordar el ayer. Como si la operación que les cortó el pirulín también les hubiera cercenado el pasado. Ahora sólo hablan de sus éxitos en la discotheque La Oz, donde el cuiquerío light aplaude el acento inoperable de su ronca voz. Todo Chile pudo verlas en el Festival de Viña como una hoguera emplumada en la

coreografia del grupo musical La Ley, pero casi nadie se dio cuenta. Solamente sus viejas colegas de Vivaceta, las travestis que todavía patinan la calle con la silicona a medio sujetar, las reconocieron levantando una ceja de envidia.

En fin, «no todas iban a ser reinas», y la modernidad neoliberal eligió las perlas más cursis del collar de la Carlina como adornos de su encorsetado destape. Y esos años dorados, son un borroso recuerdo donde la política, la cultura y el placer, zangoloteaban las cálidas noches de Vivaceta 127, donde aún existe la casa vacía, donde aún se escucha el chicote de la tía y los ecos nacarados de aquellos niños que trataban de tú.

«Yo me enamoré del aire,
del aire yo me enamoré»

LORENZA
(Las alas de la manca)

El año 1989, el artista Mario Soro conoció a Lorenza en la ciudad de Munich, cuando fue invitado a la muestra de arte chileno Cirugía Plástica en Alemania. Ahí supo que su nombre masculino era Ernst Böttner, que había nacido en Punta Arenas producto del casamiento de una alemana y un carabinero chileno, y que su edad aproximada bordeaba los treinta y tres años. Lorenza vestía entonces un ceñido pantalón de cuero azul y tacoaltos que alargaban su figura travesti. El pelo rubio hasta la cintura, sujeto en una cola tirante, achinaba levemente sus ojos claros. Su torso se veía estrecho bajo la capa que lo protegía del frío nórdico. Pero Lorenza era un continuo reír en nubes de vaho que evaporaban su boca pintada. De Chile le quedaba muy poco, solamente cierta sombra en la mirada, al recordar el chispazo trágico de aquella tarde en que perdió los dos brazos.

Hasta los diez años, Ernst Böttner vivía en Punta Arenas como cualquier hijo de inmigrantes. Era un niño rubio y delicado que perseguía los pájaros, tratando de agarrarse al vuelo escarchado de sus alas. Pero las aves eran huidizas y el pequeño Ernst se quedaba con las manos vacías, sin alcanzar las plumas grises que tiznaban el cielo austral.

Un día vio un pájaro en un alambre, tan cerca, que sólo bastaba estirar las manos para cogerlo. Pero Ernst nunca supo que ese alambre era un cable de alta tensión, y la descarga eléctrica revolcó en el suelo su frágil cuerpo. El accidente carbonizó sus brazos, y a medida que fue pasando el tiempo, el guante de la gangrena trepó por sus manos hasta que debieron amputárselas. Y después el antebrazo y luego los codos. Pero la gangrena seguía subiendo y la medicina rural no podía detener el proceso de putrefacción. Entonces la madre decidió vender lo que tenía, y apelando a la doble nacionalidad de¡ niño, lo llevó a Alemania para curarlo.

Instalado allá, Ernst fue sometido a una operación que detuvo la pesadilla y borró las cicatrices de sus hombros, dejándolos tan lisos como un mármol griego. Después, la rehabilitación para discapacitados, que en Alemania es óptima pero muy cara, hizo que su madre tuviera que trabajar haciendo aseo en el mismo hospital para pagar el alto costo de la terapia.

Así, Ernst reemplazó las manos perdidas por sus pies, que desarrollaron todo tipo de habilidades, en especial la pintura y el dibujo. Pero luego fue derivando la plástica hacia una cosmética travesti que hizo crecer las alas calcinadas de su pequeño corazón homosexual.

Estudió arte clásico, posó como modelo e hizo de su propia corporalidad una escultura en movimiento. Un relieve mocho, volado de la ruina urbana. Un desdoblamiento de la arquitectura europea. Una cariátide suelta.

Entonces nació Lorenza Böttner El nombre femenino fue la última pluma que completó su ajuar travestí. Desde entonces, se ha desplazado por diversos géneros de las artes visuales: la fotografía, el cine, la performance, la instalación. Y su nombre al pie de dibujos y pinturas le ha servido para sobrevivir y viajar por el mundo con su madre.

Su sacrificada progenitora que se convirtió en mamanager, y no acepta fotos ni entrevistas, de no mediar un pago por el trabajo de su hijo. «Lorenza tiene copyright», dice ella tapando el lente de los fotógrafos.

Pero más allá de sus dibujos y pinturas, la verdadera obra es su cuerpo, que lo exhibe, minusválido, como una bella intervención en Nueva York, Barcelona o California. A veces, se instala en la calle y tiza con sus pies delicados dibujos, que luego los zapatos de los transeúntes se encargan de borrar. Mientras, a su lado, la madre suple la carencia del hijo estirando la mano que recoge las propinas.

Quizás, su obra más conocida es una performance que realizó en Berlín el año 1982. En un evento de arte corporal, Lorenza se instaló a la entrada del museo pintada de blanco, simulando la Venus de Milo. El público pasó por su lado sin verla, solamente cuando la escultura comenzó a moverse se dieron cuenta del cuerpo sunco mimetizado en la pose clásica.

Ciertamente, este artista se inscribe en una categoría especial del arte gay, pero en Lorenza la homosexualidad es una reapropiación del cuerpo a través de la falla. Como si la evidencia mutilada lo sublimara por ausencia de tacto. Cierto glamour transfigurado amortigua el hachazo de los hombros. La pose coliza suaviza el bisturí revirtiendo la compasión. Se transforma en un fulgor que traviste doblemente esta cirugía helénica.

Lorenza en performance, es una walkiria trunca y orgullosa. Por los brazos que no tiene se inventa un par de alas, como la Victoria de Samotracia posando para Robert Mapplethorpe, el fotógrafo homosexual que un tiempo después murió de sida. Así aparece en catálogos y revistas gays, amputada y puta del Partenón. Algo así como topless en la Acrópolis o tacoaltos en Atenas, invitada de contrabando a la bacanal posmoderna,

El verano del 90 estuvo en Chile, y pasó casi desapercibida en el ambiente cultural. Venía sólo á arreglar un asunto de familia. Pero cuando le pidieron que hiciera un numerito, aceptó, contradiciendo a su madre, que insistía en cuánto le iban a pagar.

La acción de Lorenza en Chile se realizó una calurosa tarde de domingo en la galería Bucci, ante un escaso público y la mirada ociosa de las parejas que salen a vitrinear los días festivos. Alguien preguntó si era parte de la Teletón, y lo hicieron callar mientras la bella manca proyectaba su sombra etrusca en los muros de la galería.

También hizo los dibujos de un hombre y una mujer y se puso en medio. Después, todos se fueron a bailar a una disco gay donde Lorenza batió sus alas hasta la madrugada. A la salida, al pasar por un regimiento, los milicos de guardia le tiraron besos y algo le gritaron. Y ella, sin incomodarse, abrió de par en par su capa y les contesto que bueno, pero de a uno.

Fue elegida símbolo de las Olimpíadas Mundiales de Minusválidos, realizadas en Barcelona. Pero a Chile no quiso volver nunca más, desde ese verano del 90, cuando tomó el avión alejándose por segunda vez en su vida. Y antes de subir las escaleras se detuvo un momento, apenas un segundo que su memoria quiso levantar un guante para despedirse. Pero sólo le temblaba un hombro, cuando desplegando su ortopedia alada, desapareció en el cielo sin mirar atrás.

NOTA: En 1993 llegó la noticia de su muerte en Alemania. La sombra del sida la pilló volando bajo, y calcinó en el aire su aleteo imaginario.

EL FUGADO DE LA HABANA
(o un colibrí que no quería morir a la sombra del sidario)

Ocurrió uno de esos días en que el amor es una boca ardiente respirando su vaho por las veredas de La Habana. Se inauguraba la Sexta Bienal de Arte en Cuba, y como invitado oficial, me calcé los tacoagujas encaminándome a la Plaza de La Catedral por el empedrado disparejo de la ciudad vieja. Ya los chicos jineteros no me pedían dólares, se habían acostumbrado a los continuos paseos de una loca chilena tambaleándose en los adoquines coloniales de esas callejuelas estrechas, donde no cabían autos, pero sí las llenaba el jolgorio fiestero de los mancebos mulatos balanceando sus presas en el cañaveral erótico de la tarde. Princesa dónde va. Reina dónde quiere ir, murmuraba ese tropel de jóvenes refrescándose del calor en la vereda. Con esa forma dulce que usan para piropear los habaneros. Con ese cántico querendón que te arrulla, que te sonroja como una orquídea quinceañera, vas por ahí, vaiveando la calzada al ritmo de sus besos, sus insinuaciones y sus dichos. Y ya no tienes cuarenta años, ni treinta, ni veinte, cuando a lo lejos se escucha un son (siempre se escucha música por alguna ventana abierta, donde una negra borda su melancólico cantar). Siempre hay gente en la calle, sobre todo a esta hora, cuando la banda municipal da el vamos a la Sexta Bienal de Arte en medio de la plaza, en medio de los cabros chicos que corren alborotados por el retumbar de los clarines. Los cabros chicos que miran curiosos mis tacoaltos y aplauden la llegada de las autoridades a este evento. Y fue entonces allí, a todo sol, cuando se me borró todo. Cuando quedó la plaza desierta por el brillar de unos ojos clavados en mi como dardos de templado metal. Unos ojos pestañudos que me hicieron perder el paso con su preguntona insistencia, con su infantil saludo de manos mojadas por el temblor de ese encuentro. Me llamo Adolfo, soy pintor y quería conocerte, me dijo. Y me tuvo que repetir la frase, porque yo había quedado amnésica ante tanta belleza. Tuve que contener el aire para preguntarle: ¿Por qué la tarde olía a azahares frescos? Será que alguna boda o funeral se ha dado cita en esta plaza, me contestó con una furia contenida, mirando con rabia la alegría de aquella fiesta. Todo es mentira, me dijo sin mirarme, como si revelara en blanco y negro el arco iris bullicioso de las murgas y acróbatas pintados que venían llegando para animar la Bienal. ¿Eres artista participante?, me atreví a preguntarle. No, dijo rotundo. Soy un fugado del Hospital del Sida. Me contagió una turista italiana a los diecisiete años y entonces yo no sabía lo que era ese lugar, por eso me presenté voluntariamente. Y cuando se cerró la reja a mis espaldas, supe que había entrado en una cárcel donde pasé dos años sin ver el afuera. Allá todo es hermoso, los prados, los pájaros en sus jaulas, las flores, el paisaje, la comida, la atención, los gays que no me dejaban en paz, la medicina, todo era demasiado hermoso en realidad, por, eso una noche sin luna salté las rejas y no paré de correr y caer y correr, y después de tres días caminando oculto de los caminos y la policía, llegué a La Habana y permanecí encerrado varios años hasta que cambiaron las cosas. Y ahora no vuelvo ni amarrado, porque todavía tengo esa cuenta pendiente. Aunque parece que hoy el sistema del sidario es más libre. Uno puede salir firmando un compromiso de no contagiar a nadie, de no zingar con nadie, de no conocer a nadie. ¿Me entiendes? ¿Y si te enamoras?, le dije cortándole su mirada de plumas violentas. Entonces puso cara de sorprendido. Eso ya no es para mí. ¿Quién podría amar a un sidoso sin pena, con un amor que no esté pintado de compasión? Yo no tengo compasión. Pero recién nos conocemos. ¿Y qué importa?, sólo tienes que amarme. Yo también soy una araña leprosa, le dije. Pero uno no puede enamorarse de pronto. Inténtalo, sólo tienes que atreverte. Además ya es tarde, porque lo pensaste, lo creíste y vamos abrazados por la resaca tibia de tus calles a comprar un ron Habana Club, que es exquisito, de siete años de añejo, dicen. Y serán siete años, me contestó, porque voy

contigo y no aceptaré que te engañen. Y nos perdimos Habana abajo, mercado abajo, barrio chino abajo, donde ya no se veían turistas y el aire olía a cuchillos. Entonces me quise sacar los tacoaltos para no provocar. Y él no me dejó. No te los quites, me dijo casi ordenándome. Yo no tengo problemas, y si alguien los tiene se las verá conmigo. Y me tomó la mano para que yo tocara la punta filuda de su arma que escondía en su malandra corazón.

Sólo habían pasado unas horas desde que nos conocíamos, y ya navegábamos juntos en el mar dorado del amor como apuesta, del amor como desafío a dos soledades impuestas; la mía, como una búsqueda incansable de algo que reafirmara mi estadía en Cuba, algo que me hiciera recordar ese paisaje como un rostro humano, tal vez, unos ojos, una mirada huidiza en el vapor rosado de las nubes que pasaban sobre nuestras cabezas, y la suya, una soledad rabiosa que escupía en las piedras de La Habana, una soledad infantil acunada por el sida y por mi hombro en el abrazo de penuria. que nos llevaba zigzagueando la borrachera mientras caía la noche turbia sobre los techos, mientras el atardecer doraba su perfil amargo pegado a mi cara, sudado en mi cara, baboseado en mi mejilla, mientras hablaba, mientras decía que creyó en la revolución cuando aún él tenía futuro, cuando era militante de las juventudes que seguían al Che y su «querida presencia comandante». Pero después, el encierro en el sidario, la fuga de allí el acoso de sus propios camaradas y amigos diciéndole: Chico tienes que entregarte, tienes que someterte al reglamento de salud pública. Debes volver al hospital y dejar que la revolución se haga cargo de tu vida. No debes dejar que el individualismo te lleve por caminos reaccionarios. La medicina cubana ya encontrará el remedio. No te desesperes, no dejes que la pasión arrebate el progresismo de tu alma.

Todo esto me sonaba al oído con el bambolear tibio de sus palabras. Me sonaba mezclado con la música que venía de la plaza donde los participantes de la Sexta Bienal de Arte se preparaban para seguir la farra en La Cecilia, una playa cercana donde seria la fiesta inaugural. Yo te dejo hasta aquí, me dijo, porque eso es sólo para turistas o cubanos con dólares. Pero aún no son las doce, y todavía no se cumple la apuesta del amor que hicimos, le contesté llenándole su vaso de ron e invitándolo a subir a un taxi modelo Impala del año cincuenta, que más parecía el Batimóvil que la carroza de Cenicienta. No digo que estaba ebrio, o tal vez si lo estaba, por eso recuerdo nítida la sombra de las palmeras y la luna tremenda lagrimeando las olas en el tobogán del Malecón. Digo lo recuerdo, porque en la evocación el arrullo de su boca mojada me amordaza. Digo lo, recuerdo, porque nunca un sueño fue tan cinematográficamente real y tiernamente palpable. íbamos de una isla a otra isla, por el puente de besos que arqueaba sus cejas. Sus negras cejas terciopelas, fragantes y olvidadas en mi regazo.

Ya llegamos, dijo el chófer del taxi despertándonos del letargo. Entre la foresta se escuchaba la música, y las luces iluminaban tenues a las parejas sangoloteando la rumba. Era un resort, una especie de balneario pituco que me recordó La Serena. Debe ser porque el primer trago era gratis y el segundo había que pagarlo. ¿Y con qué?, si el viaje en taxi se había llevado mis últimos dólares. No importa amor, me dijo él, mirándome con sus ojos pungas. De alguna manera nos arreglamos, repitió arrastrándome a la barra donde los mozos servían mojitos y cubalibres a destajo. Cuando ellos estén muy ocupados, cuando no nos vean, tú recibes las botellas que yo te paso por abajo. Mientras tanto abrázame, finge que somos una pareja gay de vacaciones en Cuba. Y no me costó mucho hacerme la orquídea enamorada, y recibir las botellas de ron, del mejor que el chico me pasaba bajo el mesón clandestinamente. No me costó hacer ese tráfico y darle que tomar a todos mis amigos artistas pobres invitados a la Bienal. Y así, ebria como una cinta de raso empapada, no tuve problemas para salir a bailar con él, cuando poctizaron la noche los sones de «Lágrimas negras», no me pude negar. No pude dejarlo con sus manos estiradas, nada más que por el agudo dolor de pies que me causaban los tacoaltos. Pero bailar en esas latitudes del metafórico meneo era complicado, sobre todo porque ellos manejan el cuerpo sin culpa, sin predicciones de pecado. Y ahí estaba yo dando la hora, moviéndome como podía en la altura

de los tacos y en la embriaguez del alcohol. Ahí estaba bailando como su puta del Tropicana, pero sin la gracia que tienen los cubanos, sin esa política de las caderas que libera el cuerpo. Ahí estaba yo, tratando de moverme como chileno azopado y cuidadoso, solamente con la intención del dancing, el resto lo ponía el ángel habanero, y también el ron y la noche bacará que dibujaba su boca dulcemente enrojecida por un beso.

Una noche de fiesta frente al ronronear felino M mar Caribe supone algo de ensueño, algo de película coloreada seguramente por la fantasía gris que tenemos los chilenos de paso por esas ardientes tierras del Trópico. Tal vez sólo fue eso, porque mientras pasa el tiempo desde aquella noche; se van diluyendo lentamente las palabras de amor y los besos de aquel mancebo habanero se me escapan como pájaros mientras escribo esta crónica. Y es imposible retroceder hasta aquella amanecida en esa playa, donde la luz del día me arrebató la sombra de su caricia, cuando desperté en la arena y todos se habían ido, y ya no había música, ni luces, ni ron, ni sus pestañudos ojos gritándome un S.O.S. desde las fauces del sida. Se había esfumado, antes que el sol quemara la declaración de amor que firmamos con desespero, ahí mismo, en la rodada de ternura y sexo de dos cuerpos que .juegan con la muerte por un te quiero. Pero fue él, en el último momento, quien detuvo la mano cadavérica de la epidemia antes de cruzar la zona de riesgo sin preservativo. Fue él quien dijo: No, espera, no tenemos que compartirlo todo, amor, porque no estamos en igualdad de condiciones. Yo tengo sida, y el sexo puede ser una gota amarga que nos una y nos separe para siempre, cariño. Mejor soñar que lo hacemos princesa, mejor acurrúcate en mi pecho y duerme y sueña y déjate llevar por el tumbar de mi corazón que te pertenece, que me ganaste en la apuesta de enamorarnos esta noche.

No supe en qué momento el chico se marchó, dejándome dormido en el recuerdo ausente de sus brazos. Y creo, que fue el mejor adiós que cerró la poesía de esta historia. Lo demás era imposible, era inútil haber imaginado cualquier destino juntos, era romper el mágico desafío amoroso que inició este encuentro. Nunca más volví a saber de él en los pocos días que me quedaban en La Habana. Recorrí mil veces las mismas calles, la plaza de la Catedral y todos los sitios alegres donde estuvimos, y que ahora, parecían solos y deprimentes sin su presencia. Traté de encontrarlo preguntándole a otros pintores si lo conocían, si sabían de él, porque no creo que en Cuba haya muchos pintores que se fuguen de un sidarlo. Y La Habana cultural es como una familia donde todo el mundo se conoce, como en Santiago. Cómo nadie podía conocer a un personaje tan divino, un ser casi legendario por su historia, y por esa sensación de cielo vacío, de mundo vacío y ajeno que, me dejó al partir.

Así, el paisaje habanero ya tiene un rostro que lo hará infinitamente recordable para mí, porque quizás, «todo paisaje lo evoca la sonrisa de un ser amado». Así también la Cuba sentimental que conocí a través del chico del sidario, nunca más será la misma, nunca más torearé al amor y la muerte con tanto desafío, en aquella plaza, en esa florida noche, cuando él me cantó al oído la rabia dulce de su furioso corazón.

LA TRANSFIGURACIÓN DE MIGUEL ÁNGEL
(o «la fe mueve montañas»)

Cada cierto tiempo en Chile, y según el oportunismo noticioso, que levanta o acalla sucesos populares de acuerdo a las políticas de turno, se aparecen vírgenes en las cortezas de los árboles, en la pintura revenida de un muro abandonado, en la ventana rota de una casa de putas, en un gallinero, donde las aves ponen huevos con la cara de Nuestra Señora, en el vidrio del auto de Pinochet, hecho astillas en el atentado, en las tapitas de Coca-Cola, en la bandera desteñida de un club deportivo, en fin, por todas partes, sin previo aviso, la madre de Cristo reitera su performance iluminando al primero que la ve, dejándolo con los ojos blancos, titulado de curador, por ser el elegido que prendió la tele de la santidad.

Tal fue el bullado caso del Miguel Ángel de Villa Alemana. El niño santo, el púber médium que de un día a otro cambió su aporreada vida de orfanato por la fama de milagrero que hablaba con la virgen de tú a tú. Antes de aquella tarde, Miguel Ángel era un deslavado niño chileno, sin ninguna gracia. Y su pueblo no aparecía en las noticias desde el terremoto. Entonces nadie podía imaginar que ese pobre huacho iba a ser el personaje que provocaría tanta conmoción repitiendo yo la vi, yo la vi, ella me dijo. Y se despobló el pueblo con el alcalde, el cura, las profesoras, los bomberos y cuanto curioso corriendo, atropellándose por llegar al cerro donde el cabro decía que la virgen lo estaba esperando. Que ahí mismo, en esos peñascos, en esa lomita, hay una señora de blanco que me está llamando. ¿No la ven? Es tan linda. Fíjense cómo me sonríe. Pero nadie veía más que piedras y espinos. Nadie puede ver a la inmaculada porque ella no quiere, dijo una mujer. Ella sólo se deja ver por niños puros, y en este pueblo la gente es tan mala y peleadora. Solamente al Miguel Ángel le da la pasa para deleitarlo con su fulgor. Y parece que era cierto, porque el Miguel Ángel entraba como en éxtasis cuando llegaba la hora de su cita con la dama del alba. Y a través de su extraviada meditación, por su cara de arcángel volado, la multitud se hizo partícipe del milagro, viéndolo caer al suelo, orando, en trabalenguas y extrañas murmuraciones que las beatas traducían al latín y mapuche.

La gran aglomeración de pueblo que llegaba a Peña Blanca estallaba en llantos y mea culpas cuando al chiquillo le bajaban esos tiritones, esos ataques, esa epilepsia delespíritu revolcándose en las piedras, arañándose la cara, arrancándose el pelo a mechones. No podían sujetarlo, tenía la fuerza de un toro, ni siquiera cinco hombres podían con él. Se dejaba todo machucado, solamente por los pecados del mundo, decían las mujeres. Por tanta cosa terrible que pasa en este país, el pobrecito se convierte en un Cristo niño que paga por nosotros.

Así, la noticia del Bernardito de Villa Alemana sobrepasó las fronteras del chismorreo campestre, sobre todo cuando se supo que un cojo salió corriendo, un ciego, dijo ver la bandera norteamericana en la luna, y un mudo se convirtió en relator deportivo. Entonces, comenzaron las peregrinaciones, las multitudes de enfermos que buscaban la sanación, y los sanos aburridos que deseaban contraer la epidemia de la fe. Por camionadas llegaban paralíticos tullidos y sifilíticos que arrastraban sus hernias, dejando una huella purulenta en el camino. Tratando de alcanzar la luz medicinal de las manos del niño santo, el iluminado Miguel Ángel, la bienaventuranza del pueblo, ahora cómodamente instalado en una regia casa, donde sus secretarias encuestaban, hacían prediagnósticos, repartían números, y a escobazos mantenían a raya al choclón de moribundos que se agarraban a muletazos por

alcanzar una consulta. Y fue tal el suceso, que la conmoción llegó a Santiago. Y corrieron los periodistas acezando con sus grabadoras y libretas tomando notas. Y llegó la televisión con cámaras infrarrojas para revelar la imagen extraterrestre, que decían, bajaba al Chile de Pinochet para conversar con un niño pobre. Tanto despelote preocupó a la curia eclesiástica, siempre suspicaz frente a estos arrebatos de la fe popular. Y después de largas reuniones el obispado resolvió mandar a un viejo sacerdote experto en exorcismo a investigar los sucesos de Peña Blanca.

Así, el enjuto encargado se entrevistó con el cura del pueblo, indagó las vidas de los enfermos sanos, sostuvo largas pláticas con Miguel Ángel, permaneció día y noche mirando el peñasco donde decían aterrizaba la virgen. Meditó, rezó el rosario al revés y al derecho, intentó emocionarse con las piruetas parapléjicas de Miguel Ángel, estuvo tentado a parar las patas y ponerse de cabeza para ver el cielo al revés. Por si acaso, se arrepintió mil veces de haber, sido capellán militar, y haberle dado la comunión quizás a tanto asesino. No comió nada, evitando la tentación olorosa de los anticuchos, empanadas y fritangas con ajo que humeaban en la feria instalada a los pies del improvisado santuario. No dijo nada frente a ese circo que transformó el pueblo en una avalancha de acróbatas, saltimbanquis, prestidigitadores y gitanas que comerciaban con la imagen sacrosanta. Fue tolerante con los pósters a color que sacaron con la foto de María abrazada con el chiquillo. Con las -distintas representaciones de la virgen: de huasa, de punky, de hippie, y hasta con un casco espacial bajando de un ovni. Se hizo el leso frente a tanta ignominia, lo soportó todo solamente para ver algo, para encontrarse cara a cara con la divinidad y preguntarle por qué había elegido a ese chiquillo mugriento que ni siquiera había hecho la primera comunión. Por qué señora, te apareciste a este cabro hereje. Por qué a mí me niegas tu presencia. A mí, que me he pasado la vida en flagelaciones y torturas, sólo para verte aunque sea de reojo. Por qué ni siquiera una lucecita, ni un rayito de esa tormenta eléctrica que deja con los ojos turnios a toda esta gente. Por qué no me has dado ni una seña, en todos estos días que he tenido que aguantar a tanto pecador, a tanto homosexual sidoso rascándose las pústulas a mi lado.

Por qué señora. Yo que he permanecido una semana con los ojos abiertos, con el corazón en paz, con la boca llena de tierra y las tripas secas de ayuno. Tratando de cachar algún destello, intentando aplacar la rabia, para que me llegue al menos alguna chispita de tu gracia. Para no irme como llegué. Y nada, nada, nada. Puro teatro, pura superchería de pobres y charlatanes. Pura falsedad esos milagros del tal Miguel Ángel. Sugestión colectiva, le voy a poner al informe que me encargó el arzobispado. Y si me equivoco, Dios nomás lo sabe.

El diagnóstico que dio la iglesia sobre el caso de Peña Blanca, más que desacreditar los poderes sanativos de Miguel Ángel, los hizo más populares, sumándose a sus fans otra parte de la religiosidad que desconfía de los curas.

Así, su fama traspasó las fronteras, llegando peregrinos de todo el mundo: enfermos incurables, que ya hablan recorrido otros santuarios tan taquilleros como Lourdes, Fátima y Lo Vásquez, gringos sudorosos por el cáncer, leprosos de la India, locas sídosas y desahuciadas que salían enfermas de sanas, agradeciendo a la virgen el milagro, besándole las manos a Miguel Ángel, que inmutable, recibía las donaciones voluntarias por el pago de sus poderes curativos. Regalos y abonos en dólares y cheques viajeros, que fueron juntando una pequeña fortuna. Para levantar un templo a nuestra señora, contestaba Miguel Ángel, cansado de tanta pregunta indiscreta, agotado de tanta entrevista copuchenta y de tanto repetir el rito del sana, sana, potito de rana.

Por eso, y respondiendo a las numerosas invitaciones que le hacían del extranjero, decidió tomarse un descanso. Y un día cerró el boliche argumentando que se iba a un encuentro internacional de iluminados. Y todo el pueblo lo fue a despedir a la carretera con lágrimas en los ojos. El alcalde leyó un largo y conmovedor discurso, y luego, aleteado por

los aplausos, Miguel Ángel se alejó de su tierra repartiendo bendiciones por la ventana del bus, hasta que este fue sólo un puntito azul que se esfumó en la distancia.

Así, con la partida del santo, Peña Blanca retornó a su languidez de anonimato. El viento fue desmantelando los altares y la lluvia del invierno se encargó de desteñir las imágenes arrastradas por la tormenta. El zapatero desarmó su stand de refrescos y volvió a los zapatos, la modista guardó los frasquitos con tierra del monte y regresó a su costura, la profesora no tuvo más clientela traduciendo los mensajes divinos y retornó la tiza y el pizarrón, y los cabros chicos dejaron de ser guías turísticos odiando volver a clases. Y luego y pronto y después, todo volvió a ser tristemente como antes.

Varios, años- pasaron desde entonces, en Santiago la resistencia ocupó las calles a puro bombazo. Y la dictadura vio llegar los nacarados aires de la democracia, refunfuñando. Y Miguel Ángel se borró de la memoria de la gente, ocupada por los esperados cambios políticos

Muy pocos se acordaban del niño santo cuando un periódico anunció su regreso. Dos o tres periodistas fueron al aeropuerto a esperarlo, y luego de ver a tanto exiliado bajar del avión y besar el suelo entre lágrimas y babas con tierra natal. Después de verlos descargar media Europa en sus equipajes, gritando en francés a tanto cabro mapuche que se resistía a bajar del avión. Pog qué. Chile seg feo. Yo quereg volveg a París, alegaban los críos del retorno, arrastrados de las orejas, chillando en un cruce de lenguas. Luego de este espectáculo, cuando no quedaban más pasajeros y los periodistas decepcionados por el fallido aviso se aprontaban a marcharse. En un enjambre de azafatas, como en su primer día de vuelo, se acerca una niña de pelo largo y gafas oscuras diciendo: ¿No me reconocen? Soy Miguel Ángel. La virgen me hizo mujer.

El programa especial de televisión que mostró la transfiguración del niño santo lo vio todo el país. Para armar el recuento biográfico, se desempolvaron imágenes de Peña Blanca, las multitudes, el cerro de la virgen, las fotos en éxtasis del Cristo adolescente, su prístino mirar, su pureza de ninfo celeste de entonces, contrastado con la mina tetona de lacia cabellera negra y labios rojos, en entrevista exclusiva por Canal Nacional. Poco quedaba del Miguel Ángel, ángel de los inválidos. Solamente algo de su voz, ahora enroquecida por la madurez, dándole gracias a la virgen por el relámpago transexual que la cambió el género.

También el programa incluyó testimonios de personas allegadas al personaje. Como la anciana doctora del orfanato, entrevistada y asegurando que Miguel Ángel de niño era hombrecito, tenia pene y testículos bien formados. Yo lo sé, porque me tocaba revisarlo bien seguido, de eso estoy segura. Ahora no sé, estoy confundida con los exámenes médicos que dicen que es una mujer y no presenta rastros de cirugía Él dice, perdón ella dice, que la virgen le ofreció para él un último milagro, porque estaba cansada y quería retirarse. Puede ser, yo no soy creyente pero «la fe mueve montañas». Además, hay cosas que aún la ciencia no comprende.

Después de la pausa comercial, habló un obispo. Dijo que Maria Santísima no hacia este tipo de milagros, menos interferir en la creación divina, porque ella, por muy madre que sea, no tiene poderes para cambiar la voluntad del creador que ha hecho al hombre bien hombre, y a la mujer, bien mujer. La biblia es muy clara en estas cosas, no admite trucos sodomitas ni operaciones sexuales con bisturíes místicos. La virgen no se manda sola, ella está subordínada al altísimo, que es la última palabra.

El controvertido documental reventó el rating televisivo. Por la pantalla se vio al Miguel Ángel peinándose, pintándose las uñas, planchando y cocinando como una sencilla doncella. También lo mostró paseando por el cerro de las apariciones de la mano con su actual

novio. Un flamante macho joven declarando que se casarían lo antes posible, que serían muy felices y los hijos.... bueno, a la virgen siempre le quedan milagros, y «la fe mueve montañas».

Casi todos los protagonistas del suceso comparecieron en el juicio televisivo, menos el anciano encargado episcopal, ya muy viejo, y repitiendo que por fin la virgen le daba una prueba de su gracia, que después de tanta súplica, María conmovida, se le aparecía encarnada en la transfiguración de Miguel Ángel. Que ahora si podía morir tranquilo, después de ver su cara en la tele, en persona, hablando. Tan linda ella, tan joven, tan bella su mirada misericordiosa que apareció en la foto del diario, que él recortó para ponerla en el altar, para engalanarla de flores, reemplazando así la antigua imagen de esa señora tan pasada de moda.

El viejo sacerdote fue de los pocos que se tragaron el milagro, y se despidió del mundo extasiado con los ojos de su virgen travesti. El resto del país a la semana ya habla olvidado la insólita teleserie. Del Miguel Ángel nunca más se supo, nunca más hizo curaciones mágicas que dieran noticia. Seguramente por estar ocupado, cumpliendo labores domésticas.

En el pueblo nadie quiso hablar del asunto, nadie había prendido la tele ni leído el diario ese día. Sobre el .tema se estableció una nube de silencio que borró el nombre Miguel Ángel de la memoria de sus habitantes. Sólo quedó el monte en medio del campo, iluminado a veces por un fulgor lunar que suaviza la erección pétrea con un manto vaporoso. Hasta allí, en medio de la noche, camuflados por las sombras, llegan hoy otro tipo de visitantes; un peregrinaje travesti que sube la cuesta de Peña Blanca con los tacoaltos en la mano. Mariquillas que quieren ser mujer, transexuales indigentes que no tienen plata para operarse, hermafroditas naturistas que exponen la próstata para recibir el hachazo celeste. Son los únicos que aún acuden al santuario, los únicos que riegan de velas el roquerío, los únicos que hacen la manda de quedarse extáticos en pose de diva hasta que retumba el alba. A ver si María desde el cielo los escucha, a ver si la mamita virgen, para callado y a espaldas de Dios, baja a la tierra para repetir el milagro, tan barato, tan suave como un golpe de azucena, sin anestesia y sin dolor.

BERENICE
(La resucitada)

Él nunca pensó llamarse Berenice, y menos ponerse ropa de mujer. Solamente huir lejos, escapar de todos esos huasos molestándolo, diciéndole cochinadas. Porque él era un chiquillo raro, feíto, pero con un cuerpo de ninfa que sauceaba entre los cañaverales. Un cuerpo de venus nativa que aunque trataba de ocultarlo entre las ropas enormes que le dejaba su abuelo, siempre había algún peón espiando su baño egipcio en las ciénagas del estero. Apenas asomaba su pubertad, y ya se le notaba demasiado su vaivén colibrí en el mimbre de esclava nubla perdida entre las pataguas. Por detrás era una verdadera chiquilla, una tentación para tanto gañán temporero que no veía mujer hacía meses. Hileras de inquilinos que pasaban en la tarde gritándole: Mijito tome esta frutita. Mijito cómase esto, cabrito vamos p'a los yuyos. Por eso al cumplir los dieciocho años se fue, cansado que lo jodieran tanto. Se juntó con un grupo de mujeres que iban a la corta de uva y partió entre ellas riéndose y haciendo. chistes. Se despidió de su tía y del abuelo, que eran su única familia, y dijo que se iba con ellas porque no lo molestaban, que cortar uva no era difícil, y con lo que ganara se iba a comprar un pasaje a Santiago.

Así desapareció de esos tierrales, de ese paisaje alborotado por las chiquillas, las cabras vecinas, sus amigas que lo convencieron que se fuera con ellas más allá de los cerros, donde el campo azulado (le viñas congregaba a las temporeras de la zona. Todas esas mujeres de brazos fuertes, señoras de manos verrugosas por el amasijo de tierras y enjundias campestres. Obreras de sol a sol, desmigadas por los surcos de las parras. Hormigas con sombreros de paja, soportando la gota del sopor a las tres de la tarde. Cuando el astro amarillo clava en la frente su espada fogosa. Cuando no, hay ni una sombrita que refresque la brasa laboral, recolectando vides en los parronales enanos. Cuando el sol es el capataz mayor que despelleja la piel con su látigo quemante. Allí solamente una pequeña ilusión es el reparo que amortigua la fatiga. Quizás, un bluyín nuevo para el Luchín que lo tiene hecho pedazos. Tal vez ese mantel colorinche, colgado en la tienda del pueblo, para avivar la mesa. A lo mejor, si alcanza la paga, una blusita, una faldita floreada, un rouge barato, una Crema Lechuga para humedecer los pómulos llagados de amapolas por la irritación solar. Y mucho más, tantas cosas pendientes, tanto milagro de cortinas nuevas y vestiditos para la niña chica. Tanta. ensoñación colgando de unos pocos pesos, del resumen de canastos y canastos que no se alcanzan a llenar en un solo día. Que las cabras más jóvenes lo hacen rápido, corriendo, apresuradas por llenar las javas para juntar la plata y comprarse esa parka de la ropa americana, y esas zapatillas Bata, o las Adidas.

Y entre las muchachas frescas como gajos verdes, casi confundido entre sus ademanes coquetos, el marucho riéndose a toda perla contenta, tirándose agua, alivianando el duro oficio con sus mariguancias de loca, diciéndole a las señoras que no se encorvaran tanto. As¡ no mamita, que va a terminar como un camello. Míreme a mi. Así, sin gibarse, con el espinazo bien derecho. Usted se agacha solamente doblando las rodillas, como si recogiera una flor tirada en el camino. Entonces, las mujeres copiaban sus lecciones muertas de risa, entre aplausos, gritos y besos que se tiraban jilguereando la tarde.

Ese verano de uvas febriles y sudores de mujer le puso el nombre a la Berenice. Ocurrió sin quererlo, sin saber que los treinta y cinco grados de aquel febrero que

achicharraba los sesos, se cobrarían una víctima. Un desahucio entre las trabajadoras que caían desvanecidas sobre las matas. Y luego, después de tomar agua y reponerse un rato, volvían a la agotadora corva de recoger. Pero una de ellas, casi una mocosa de frágil corazón, no despertó. Y aunque trataron de reanimarla tirándole agua y echándole viento con hojas de parra, ella pareció hundirse más en el ahogo. Se quedó tan muerta entre los racimos, tan ovalada y mora su cara desafiando al sol. Casi orgullosa de morir así, amortiguada por los algodones jugosos de aquel colchón, vinagre. Entonces, sus compañeras pararon el trabajo y se quedaron tiesas un minuto resistiendo el impacto. Y luego, el estampido de gritos y carreras y averiguaciones de quién era, quién la conocía, quién avisaba a la familia. Qué dirían los patrones, allá en la oficina tomando agua mineral. Esos explotadores de mierda tenían que hacerse cargo de este crimen. Y partieron todas juntas, enrabiadas, empuñando las tijeras de podar abiertas en el aire. Tú no, le dijeron al coliza, tú no eres mujer. Tú te quedas cuidando a la finada para que no se la coman las hormigas. Y lo dejaron de custodio tembloroso junto a la muerta. Porque él nunca había cuidado a una muerta. Menos a ésta,, que mirándola bien era bonita. Parece una virgen, se dijo, cerrándole los ojos. Pero para ser virgen tiene que tener un nombre, algún papel de identificación. Y comenzó a. hurguetearle los bolsillos del delantal hasta encontrar un carnet agrietado y mohoso. Y en ese momento, al mirar la foto y leer el nombre, nació la Berenice. Se vio reflejado en esa identidad como en un espejo. Y con un poco de imaginación, quizás depilándose las cejas... Podría ser, por qué no. Y no lo pensó dos veces, bautizándose de nuevo con la identidad de la muerta, que agradeció con un-beso en la frente aún tibia del cadáver. El resto fue desaparecer de esos lugares, viajar y viajar hasta encontrarse bajo el cielo ahumado de la capital. Su parecido con la fotocarnet lo complementó dejándose el pelo largo y aindiado; un poco de pintura, relleno para el busto y un susurro de voz. Así, como un clavel injertado con rosa, salió a la vida derramando los candores pirateados de su nueva identidad Berenice, la resucitada.

El tiempo en la ciudad es trapo que se gasta rápido, más aún para el forastero que multiplica su pasar en las volteretas de la sobrevivencia. Así repartido, las mañanas desfilan mirando caras famosas en las revistas de los kioscos, leyendo titulares de prensa donde él nunca será protagonista. Pero éste no fue el caso de la Berenice, que saltó a la fama de loca raptora, al aparecer a toda página en las portadas de los diarios. A toda pantalla en la tele, exhibiendo una maternidad eunuca de Virgen María o Madre del Año. Toda concha o tinaja para acunar el niño que se robó de esa casa de ricos, donde trabajaba como nurse en el único laburo decente que encontró en la capital, después de tantos años de pelar el ajo puteando la calle al rumbeo travesti. Porque ella nunca quiso terminar su vida como las otras maracas de nacimiento. Nunca olvidó el sur, ni su cielo nublado, como la cola de un zorro gris enredándose en sus sueños. Por eso le hizo asco a tanto maquillaje, a tanta pintura que se echaban sus compañeras, a tanto tacoalto y pelucas y pilchas brillosas que inútilmente trataban de encajarle. No había forma de quitarle lo campesina, ni siquiera un, arito, ni una pestaña postiza para alegrarle los ojos secos de tanto cemento. Ni una sombrita, ni un colorete para avivarle su cara lavada de monja mañanera. Por eso no te pescan los buenos clientes, solamente los pacos de civil y esos mapuches que te confunden con empleada doméstica, le decían los otros travestis. Y al parecer, ése era su futuro. Y no le costó pasar por in~ dia trabajadora, de esas que ya no quedan, de esas que nunca piden feriado ni imposiciones para la libreta. De esas que son como brutas para el aseo, que no usan minifalda y no le andan meneando el culo al patrón. Esas indias sanas que se conforman con tan poco, solamente una limosna de sueldo, un cuartucho y la comida. Solamente eso, y todo el tiempo del mundo para amononar a la guagua de la patrona que la Berenice quería tanto. El bebito de rizos dorados que se robó en un arrebato sentimental cuando el crío le dijo mamá. Y ella no lo pudo soportar, no encontró recuerdo donde anidara esa palabrita, y sintió en el estómago una ebullición de ternura, como si la palabra la inflara de capullos que reventaron en rosas por cada uno de sus poros. Ese nombre una vez más le desordenó el mate ya desordenado por tanta mudanza de sexo. Ese mamá le fragilizó al máximo su corazoncito de tenca y no lo pensó dos veces, arrancando con la guagua como si se robara una muñeca de una tienda de

lujo. Sólo por amor, sólo por equivocación de teta el bebé le había balbuceado mamá, a ella que jamás cantó ese bolero. Porque allá en el sur, nunca su tia ni el abuelo le dijeron su procedencia. Solamente podía escuchar en el ayer el «maricón huacho» que le gritaban los demás chiquillos. Por eso agarró una ropita, unos ahorros, y se largó con el niñito diciéndole «Que iban de paseo, pip, pip, pip, en un auto feo, pip, pip, pip, pero no me importa, pip, pip, pip, porque como torta». Que iban a comprar dulces, globos, juguetes y todo lo que quisiera. Que lo iban a pasar muy bien en el bus que tomaron rumbo al sur, lejos de Santiago, lejos de los radios dando la noticia del rapto. Lejos de la policía tomando sus huellas, averiguando que la Berenice era hombre. Lejos de la familia del nene llorando, suplicándole al homosexual que no le hiciera daño. Todo Chile pensando lo peor, las aberraciones sexuales más,, atroces en manos de ese degenerado. Toda la policía buscándolo, repartiendo por fax a todo el país la cara inocente y sin expresión de una Berenice ausente. Más bien, la fotocarnet de una identidad sepultada allá en el sur, tantos años lejos. Ese rostro muerto de la Berenice original, fotocopiada bajo tierra, perseguida más allí de su desaparición en los doblajes del travesti Quizás rescatada de su anónima fosa, exhumada en la versión maricueca que burló la ficha del documento. Tal vez, revivida, reinventada en la noticia amarilla, por el «loco afán» de una maternidad en la aventura urbana.

Así, ese rostro sureño tensó el cotidiano nacional alarmando las buenas costumbres. Fueron horas y horas bombardeadas por la bulla del rapto que cacarearon los noticieros. En tanto la Berenice, doblemente travestido de mamá, jugaba con su niño en una plaza de provincia. Ambos reían corriendo, persiguiéndose, gritando cascabeleados por la agitación del «Corre que te pillo», llenos de remolinos y pajaritos de papel, pegajosos de nubes azucaradas de rosado sentimiento. Se hartaron de golosinas, merengues y confites, gastándose toda la plata en puros embelecos para la dicha. Le compró un sombrerito de huaso, una capa de Batman, una espada de Ultramán y un gran conejo de peluche que le sirvió al mocoso de almohada cuando agotado se quedó dormido. Cuando cayó la tarde sobre ellos, acurrucados en el banco, perseguidos, sin poder ir a un hotel ni pedir alojamiento en la iglesia. Por eso ahí mismo, anidados en el asiento florecido de juguetes, le cantó el arroró y le susurró el arrurú con su ronquera de mami marica. Chocha como una polla, lo envolvió. de arrumacos tarareándole el «Duérmase mi niño porque viene la vaca a comerle el popó». Y como por encanto, el pequeño parque se detuvo en una campana de silencio, para dejarlos seguir soñando juntos el mismo juego. Así, tumbados de cansancio, la penumbra llegó en puntas de-pies y la noche provinciana los arropó con su velo azul en la gran plaza vacía.

Así mismo los encontró la policía, ovillados en la noche del desamparado amor. Apenitas empezado el cuento, apenitas recién cerrados los ojos, cayó el telón para la Berenice apresada en el sobresalto de su captura. Pero casi ni se inmutó, como si despertara a un final de fiesta conocido. Congelada para la foto del diario, entregó al baby como si devolviera un juguete prestado. No hizo teatro, le echó los dulces en los bolsillos, envolviéndole su capa de Batman, su espada de Ultramán y el sombrerito de huaso. No derramó ni una lágrima, le dijo adiós levemente, sin drama. Y solamente se guardó el conejo de trapo, llevándose el olor de su sueño en la piel mojada del peluche.

FIN